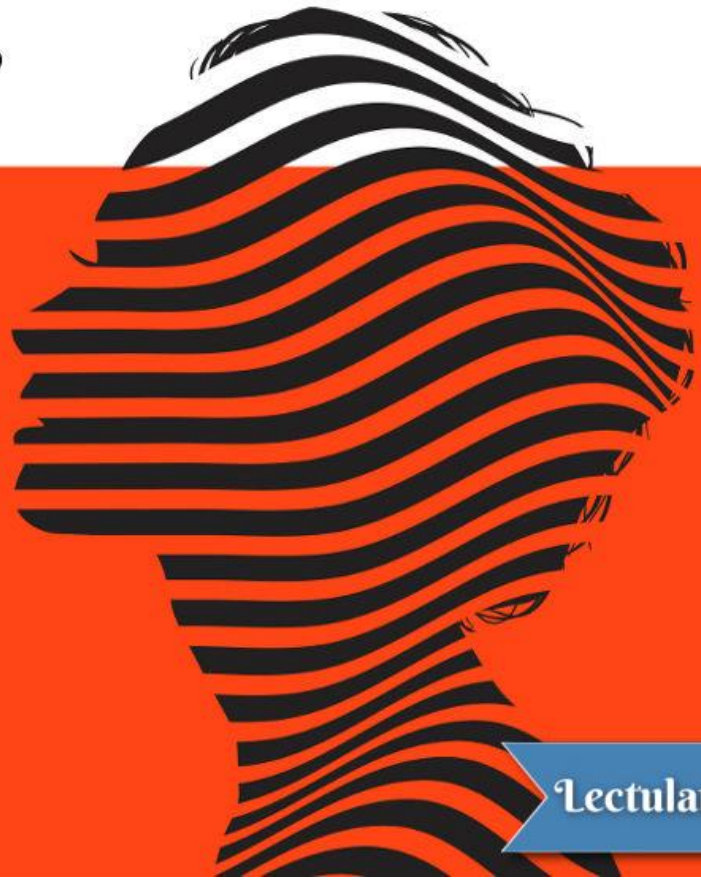
Rachel Cusk

A contraluz

Traducción de Marta Alcaraz



Lectulandia

Una escritora inglesa llega a Atenas en pleno verano para impartir unos cursos de escritura. Durante su estancia en la capital griega, la gente que va encontrándose decide sincerarse con ella y contarle aspectos importantes sobre sus propias vidas.

En el calor sofocante de la ciudad, los diferentes interlocutores confiesan sus amores, sus ambiciones y sus miedos a la narradora, de quien apenas sabemos que está separada y es madre de dos hijos. De este modo, una secuencia de voces ajenas va trazando un complejo tapiz humano que acabará perfilando por contraste la personalidad de la narradora y los sucesos más decisivos de su vida: el sentimiento de pérdida, la búsqueda de un sentido a la vida familiar, la dificultad de establecer lazos de confianza o el misterio de la creatividad. *A contraluz* nos habla de cómo construimos nuestra identidad a partir de nuestra propia vida y de la de los demás.

Lectulandia

Rachel Cusk

A contraluz

ePub r1.0
Titivillus 21.04.2017

Título original: *Outline*
Rachel Cusk, 2014
Traducción: Marta Alcaraz
Diseño de cubierta: Duró

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Antes del vuelo, estaba invitada a almorzar en un club de Londres con un multimillonario que, según me habían prometido, tenía credenciales progresistas. Con el cuello de la camisa desabrochado, se explayaba sobre el nuevo *software* que estaba desarrollando, gracias al cual las empresas iban a poder identificar a los empleados con mayor propensión a robarlas o a traicionarlas en un futuro. Lo que tendríamos que haber estado haciendo era hablar de la revista literaria que él quería publicar, pero, por desgracia, tuve que marcharme antes de que tocáramos el tema. Insistió en pagarme un taxi al aeropuerto, lo que me vino muy bien, porque iba con retraso y llevaba una maleta muy pesada.

El multimillonario había mostrado muchísimo interés en ofrecerme algunas pinceladas de su historia, de inicios poco halagüeños y un final en el que —obviamente— él era ese ricachón que hoy tenía sentado frente a mí al otro lado de la mesa. Me pregunté si, en realidad, lo que ahora querría sería convertirse en escritor y si la revista no sería una excusa para ello. Muchísima gente quiere dedicarse a escribir, y no hay razón alguna para pensar que el dinero no puede abrir puertas. Ese hombre había pagado ya muchas veces para entrar y salir de donde se le antojaba. Mencionó un plan en el que estaba trabajando, un plan para erradicar a los abogados de la vida privada de la gente. También tenía entre manos el proyecto de un parque eólico flotante tan grande que pudiera alojar a toda la comunidad de empleados necesarios para mantenerlo y garantizar su funcionamiento; la gigantesca plataforma podría ubicarse en alta mar, así eliminaría las

antiestéticas turbinas del tramo de costa donde confiaba en poder poner a prueba el proyecto y donde, por cierto, él tenía una casa. Los domingos tocaba la batería en una banda de *rock*; lo hacía para divertirse, nada más. Estaba esperando el hijo que hacía el undécimo; teniendo en cuenta que su mujer y él habían adoptado a unos cuatrillizos de Guatemala, la cosa ya no sonaba tan mal. Me costaba ir asimilando todo lo que me contaba. La camarera no dejaba de traernos cosas: ostras, salsas, vinos extraordinarios. Él se distraía fácilmente, igual que un niño con demasiados regalos de Navidad. Pero cuando me acompañó al taxi y esperó a que yo subiera, me dijo: «Que lo pases muy bien en Atenas», aunque yo no recordaba haberle dicho que era allí adonde me dirigía.

En la pista de Heathrow, un pasaje entero esperaba a que lo llevaran por los aires. La auxiliar de vuelo se paró en mitad del pasillo y se puso a acompañar la grabación con sus gestos y su atrezo. Amarrada a su asiento, la masa de desconocidos guardaba un silencio como el de los feligreses durante la lectura de la liturgia. La azafata nos enseñó el chaleco salvavidas con su tubito, las salidas de emergencia, la máscara de oxígeno que colgaba de un trozo de goma transparente. Nos guio por la posibilidad de muerte y de desastre como el sacerdote guía a los fieles entre los pormenores del cielo y del purgatorio; y nadie saltó para tratar de escapar mientras aún estaba a tiempo. Lo que todos hicimos, en cambio, fue escuchar o escuchar a medias mientras pensábamos en otra cosa, como si esa combinación de ceremonia y hado funesto nos hubiera otorgado una firmeza especial. Cuando la voz grabada llegó a la parte de las máscaras de oxígeno, el silencio no se rompió: nadie protestó ni intervino para discrepar del mandamiento de no ocuparse de los demás hasta que cada uno se hubiera ocupado de sí mismo. Aunque yo no estaba muy segura de que ese mandamiento fuera del todo correcto.

A un lado tenía a un chico moreno que columpiaba las rodillas y cuyos gordos pulgares se movían a toda velocidad por la pantalla de una videoconsola. Al otro se sentaba un hombre bajito y muy moreno, con un traje de lino claro y, cual penacho, un mechón plateado. Afuera, la ampulosa tarde de verano seguía atrapada en la pista de despegue; pequeños vehículos correteaban sueltos por la llana lejanía patinando y girando y describiendo círculos, igual que

juguetes, y más lejos todavía se veía el hilo de plata de la autopista que discurría y centelleaba como un arroyo delimitado por los monótonos campos. El avión empezó a moverse, a avanzar lentamente, y el paisaje, como si cobrara vida de repente, desfiló ante la ventanilla, primero despacio y luego más deprisa, hasta que con mucho trabajo, medio indeciso, el aparato se elevó separándose de la tierra. Hubo un momento durante el cual pareció imposible que aquello pudiera suceder. Pero sucedió.

El hombre que tenía a la derecha se volvió hacia mí y se interesó por el motivo de mi visita a Atenas. Le dije que era un viaje de trabajo.

—Espero que te alojes cerca del mar —me dijo—. En Atenas puede hacer mucho calor.

Me temía que ese no iba a ser mi caso, le contesté, y él enarcó las cejas plateadas, que le crecían de la frente sorpresivamente toscas y desordenadas, como hierbas en terreno rocoso. Fue esa excentricidad lo que me indujo a contestarle. Lo inesperado a veces parece una invitación del destino.

—Este año el calor se ha adelantado —dijo—. Por lo general, no hay que preocuparse hasta mucho más tarde. Si uno no está acostumbrado, puede resultar muy desagradable.

En la temblorosa cabina, las luces parpadeaban a intervalos irregulares; se oían puertas que se abrían y se cerraban de golpe y un ruido tremendo de cosas que entrechocaban, y la gente se revolvía en su asiento, charlaba, se levantaba. Una voz masculina hablaba por el intercomunicador; olía a comida y a café; las azafatas correteaban muy resueltas por el estrecho pasillo enmoquetado, arriba y abajo, y al pasar, sus medias de nailon hacían un ruido áspero.

Mi vecino me dijo que hacía ese viaje una o dos veces al mes. Antes tenía un apartamento en Londres, en Mayfair, «pero últimamente —dijo imprimiéndole a su boca un gesto práctico— prefiero quedarme en el Dorchester».

Hablaba un inglés refinado y formal que no parecía del todo natural, como si, en algún momento, se lo hubieran aplicado muy cuidadosamente con un pincel, como si fuera pintura. Le pregunté qué nacionalidad tenía.

—Me enviaron a un internado inglés a los siete años —respondió

—. Podría decirse que tengo maneras de inglés pero corazón de griego. Por lo que me han comentado, al revés sería mucho peor —añadió.

Sus padres eran griegos, los dos, continuó, pero en un momento dado trasladaron a la familia entera —ellos, sus cuatro hijos, sus padres y una colección de tíos y tías— a Londres, donde adoptaron el comportamiento de la clase alta británica enviando a los cuatro chicos a un internado y creando un hogar que se convirtió en foro de contactos sociales provechosos y bajo cuyo umbral tenía lugar un desfile constante de aristócratas, políticos y máquinas de hacer dinero. Le pregunté cómo habían podido acceder a ese entorno que les era ajeno, y él se encogió de hombros.

—El dinero es un país en sí mismo —respondió—. Mis padres eran armadores; el negocio familiar era una empresa internacional, por mucho que hasta entonces hubiéramos vivido todos en la islita en la que ellos habían nacido, una isla que, sin duda, no le sonará, a pesar de su prolijidad a algunos destinos turísticos muy célebres.

—Proximidad —dije yo—. Me parece que lo que quería decir era proximidad.

—Mis disculpas. Era proximidad, claro.

Pero hacía ya tiempo que sus padres, como todas las gentes acaudaladas, habían dejado atrás sus orígenes para moverse en un ambiente desprovisto de fronteras y habitado por otras personas ricas y distinguidas. Conservaron una mansión en la isla, por supuesto, que mantuvieron como sede doméstica mientras los niños fueron pequeños; pero cuando llegó la hora de enviarlos al colegio, se instalaron en Inglaterra, donde tenían muchos contactos, algunos no demasiado alejados del palacio de Buckingham, explicó con cierto orgullo.

La suya siempre había sido la familia más prominente de la isla: el matrimonio de sus padres había unido dos ramas de la aristocracia del lugar y, sobre todo, dos fortunas navieras. Pero la cultura de la isla tenía la peculiaridad de ser matriarcal. La autoridad no residía en los hombres, sino en las mujeres; la propiedad no se trasmitía de padre a hijo, sino de madre a hija.

Las tensiones familiares resultantes, continuó mi vecino, eran el anverso de las que había encontrado a su llegada a Inglaterra. En el mundo de su infancia, un varón era un chasco; a él mismo, el

último de una larga serie de chascos, lo habían tratado con una ambivalencia especial, pues su madre había querido creer que era una niña. Lo peinaban con largos tirabuzones, le ponían vestidos y lo llamaban por el nombre de niña que sus padres habían escogido con la esperanza de que se les fuera a conceder, por fin, una heredera. Aquella extraña situación, explicó mi vecino, tenía un origen antiquísimo. Desde los albores de su historia, la economía de la isla había girado en torno a la extracción de esponjas del lecho marino, y los jóvenes de la comunidad habían desarrollado la habilidad de bucear en el mar a grandes profundidades. Pero aquella era una ocupación peligrosa, y la esperanza de vida, por tanto, extraordinariamente baja. Así las cosas, como las muertes de los esposos se sucedían, las mujeres habían pasado a controlar la economía de la familia y, lo que es más, habían legado ese control a sus hijas.

—Cuesta mucho imaginar el mundo en la época de mis padres —dijo mi vecino—, tan placentero en algunos sentidos y tan cruel en otros. Mis padres, por ejemplo, tuvieron un quinto hijo, también varón, que sufrió lesiones cerebrales durante el parto, y cuando se mudaron a Londres simplemente lo dejaron en la isla al cuidado de una serie de enfermeras cuyas referencias, me temo, en esa época y a esas distancias, nadie se preocupó en investigar con mucho detenimiento.

Su hermano aún seguía viviendo en la isla, convertido en un hombre mayor con mente de niño e incapaz, por supuesto, de contar su versión de la historia. Mi vecino y sus hermanos, por su parte, se internaron en las gélidas aguas de los colegios privados británicos y aprendieron a hablar como los niños ingleses. A mi vecino, con gran alivio por su parte, le cortaron los tirabuzones, y por primera vez en su vida experimentó la crueldad, que llegó acompañada de nuevas formas de desdicha: la soledad, la nostalgia, la añoranza de su padre y de su madre. Mi vecino rebuscó en el bolsillo de la pechera del traje y sacó una cartera de suave cuero negro de la que extrajo una agrietada fotografía en blanco y negro de sus padres: un hombre de porte rígidamente erguido, con una especie de levita ceñida abotonada hasta la garganta, a quien la intensa negrura del cabello peinado con raya, las cejas rectas y pobladas y un inmenso bigote le daban un aire de extraordinaria

ferocidad; y a su lado, una mujer que no sonreía, de cara tan redonda, dura e inescrutable como la efigie de una moneda. La fotografía era de finales de los años treinta, dijo, de antes de que él hubiera nacido. Aquel, sin embargo, ya era un matrimonio infeliz, y la ferocidad del padre y la intransigencia de la madre no se quedaban en lo superficial. La suya fue una tremenda batalla de egos en la que nadie logró nunca separar a los contendientes; eso solo lo logró, y muy brevemente, la muerte. Pero esa historia, dijo mi vecino con una ligera sonrisa, la dejaremos para otra ocasión.

Entretanto, la auxiliar de vuelo avanzaba lentamente por el pasillo mientras empujaba un carrito metálico del que iba extrayendo bandejas de plástico con comida y bebida. Llegó a nuestra fila: nos pasó las bandejas de plástico blanco y yo le ofrecí una al chico que tenía a mi izquierda, que, sin decir palabra, levantó el videojuego con las dos manos para que yo pudiera dejársela en la mesita que tenía abierta ante sí. El vecino de mi derecha y yo levantamos la tapa de la bandeja y liberamos la taza de plástico blanco que contenía para que la auxiliar de vuelo pudiera servirnos el té. Mi vecino empezó a hacerme preguntas, como si aquel fuera un comportamiento que hubiera aprendido a recordarse a sí mismo, y me asaltó la duda sobre quién le habría enseñado aquella lección, que mucha gente nunca logra aprender. Le dije que vivía en Londres; hacía muy poco que me había mudado de la casa en el campo en la que había vivido sola con mis hijos durante los últimos tres años, y donde, en el transcurso de los siete años anteriores, habíamos vivido todos con su padre. Había sido, en otras palabras, la casa familiar, y allí me había quedado yo, viendo cómo se convertía en la tumba de algo que ya no podía llamar categóricamente ni realidad ni ilusión.

Se hizo un silencio durante el cual nos bebimos el té y nos comimos las galletitas blandas como un bizcocho que lo acompañaban. Por las ventanas se veía una penumbra casi violeta. Los motores emitían un rugido constante. El interior del avión también estaba en penumbra, atravesado por los rayos de las luces de lectura que teníamos sobre la cabeza. Desde el asiento contiguo, me costaba estudiar el rostro de mi vecino, que la oscuridad modulada por la luz había convertido en un paisaje de picos y grietas en cuyo centro, abriendo unos profundos barrancos de

sombra a los lados que casi no me dejaban verle los ojos, se elevaba el extraordinario gancho de su nariz. Tenía los labios finos y la boca grande, con una ligera tendencia a quedar entreabierta; el espacio que mediaba entre la nariz y el labio superior era largo y carnoso, y se lo tocaba a menudo para que, incluso al sonreír, los dientes permanecieran ocultos. Era imposible, dije yo respondiendo a su pregunta, explicar por qué el matrimonio se había roto: el matrimonio es, entre otras cosas, un sistema de creencias, un relato, y aunque se manifiesta en cosas muy reales, sigue un impulso que, en última instancia, es un misterio. Al final, lo real era la pérdida de la casa, que se había convertido en el emplazamiento geográfico de todas las cosas que habían desaparecido y que representaba, suponía yo, la esperanza de que un día esas cosas pudieran regresar. Abandonar esa casa manifestaba, en cierto modo, que habíamos dejado de esperar; ya no podrían encontrarnos en el número de siempre, en la dirección de siempre. Mi hijo pequeño, le conté a mi vecino, tiene la irritante costumbre de marcharse al instante del lugar en el que has quedado en reunirte con él si ve que tú no has llegado antes. Lo que hace es ir a buscarte, y si no te encuentra, se impacienta y acaba perdiéndose. «¡No te encontraba!», grita más tarde, indefectiblemente ofendido. Pero si quieres encontrar algo, tu única esperanza consiste en quedarte exactamente donde estás, en el lugar acordado. Solo es cuestión de cuánto puedes aguantar allí.

—Mi primer matrimonio —respondió mi vecino tras una pausa— acabó, pienso a menudo, por un motivo de lo más tonto. De niño, solía contemplar los carros de heno que volvían de los campos tan cargados que parecía un milagro que no terminaran volcando. Subían y bajaban entre sacudidas y se balanceaban de lado a lado de modo alarmante, pero, asombrosamente, nunca volcaban. Hasta que un día lo vi: el carro acostado sobre un lado, el heno desparramado por todas partes, la gente que corría y gritaba. Pregunté qué pasaba y un hombre me dijo que se habían topado con un bache en la carretera. Siempre recordaré —continuó mi vecino— lo inevitable y lo tonto que el suceso me había parecido. Y a mi primera mujer y a mí nos pasó lo mismo —añadió—. Nos topamos con un bache de la carretera y volcamos.

Había sido una relación feliz, de eso se daba cuenta ahora, la más armoniosa de su vida. Su mujer y él se habían conocido y se

habían comprometido en la adolescencia; nunca se habían peleado, no hasta la pelea que lo rompió todo entre los dos. Tenían dos hijos, y él había amasado una fortuna considerable: una mansión a las afueras de Atenas, un apartamento en Londres, otro en Ginebra; caballos, vacaciones en la nieve y un yate de cuarenta pies amarrado en aguas del Egeo. Eran lo bastante jóvenes como para creer que ese principio de crecimiento iba a ser exponencial; que la vida era expansiva siempre, y que, en su necesidad de seguir expandiéndose, rompía los sucesivos recipientes en los que tratabas de contenerla. Después de la pelea, reacio a irse de casa definitivamente, mi vecino se instaló en el yate que tenía amarrado. Era verano y el yate era un lujo; mi vecino podía nadar y pescar y recibir a sus amigos. Durante unas semanas, vivió en un estado de ilusión pura que, en realidad, era aturdimiento, como el aturdimiento que sigue a una herida antes de que el dolor asome abriéndose paso lenta pero implacablemente por entre la cerrada niebla analgésica. El tiempo empeoró; el yate se volvió frío e incómodo. El padre de su mujer lo convocó a una reunión en la que le pidió que renunciara a cualquier derecho sobre los bienes que el matrimonio tuviera en común, y él accedió. Creía que podía permitirse esa generosidad, que volvería a triunfar. Tenía treinta y seis años y aún sentía en las venas la potencia del crecimiento exponencial, la potencia de la vida que, tratando de romperla, forzaba esa vasija que la contenía. Podría volver a tenerlo todo, con la diferencia de que esta vez sí iba a querer lo que tuviera.

—Aunque he descubierto —dijo tocándose el carnoso labio superior— que eso es más difícil de lo que parece.

Las cosas no sucedieron como él había imaginado, por supuesto. El bache no solo había desestabilizado el matrimonio; lo había obligado a tomar un camino totalmente distinto, un camino que no era sino un largo rodeo que no iba a ninguna parte, un camino en el que él no pintaba nada y por el que, de vez en cuando, todavía hoy tenía la sensación de transitar. Como ese punto suelto que hace que el vestido entero se deshaga, costaba recomponer la cadena de hechos hasta remontarse al defecto original. Esos hechos, sin embargo, habían conformado buena parte de su vida adulta. Habían pasado ya casi treinta años desde el final de su primer matrimonio, y cuanto más se alejaba de aquella vida, más real se le antojaba. O

no, «real» no era la palabra exacta; lo que le había pasado desde entonces había sido muy real. La palabra que estaba buscando era «auténtica»: su primer matrimonio había tenido una autenticidad que ninguna otra cosa había vuelto a tener jamás. Cuanto mayor se hacía, más veía él en ese matrimonio una especie de hogar, un lugar al que anhelaba volver. Aunque cuando lo recordaba con franqueza y, más todavía, cuando hablaba con su primera esposa —algo que últimamente hacía muy raras veces—, la antigua sensación de asfixia regresaba. Y, al mismo tiempo, ahora le parecía que había vivido esa vida de un modo casi inconsciente, que se había perdido en ella, que se había quedado absorto en ella como uno puede quedarse absorto en un libro, absolutamente convencido de la veracidad de sus hechos y viviendo por completo a través de sus personajes, junto a ellos. Desde entonces, ya nunca había podido volver a quedarse absorto; ya nunca había vuelto a creer de aquel modo. Tal vez en aquello —en la pérdida de la capacidad de creer— radicara esa añoranza de su antigua vida. Por la razón que fuera, su mujer y él pudieron construir cosas que habían crecido, multiplicaron juntos la suma de lo que eran y de lo que tenían; la vida les había respondido generosamente, se había mostrado pródiga con ellos, y había sido precisamente eso —ahora lo comprendía— lo que le había dado la confianza para desbaratarlo todo, para desbaratarlo con lo que ahora le parecía una tranquilidad pasmosa, porque él estaba convencido de que siempre le llegaría más.

¿Más qué?, pregunté yo.

—Más… vida —dijo él abriendo las manos como para recibir algo—. Y más cariño —añadió tras una pausa—. Yo quería más cariño.

Volvió a guardar la fotografía de sus padres en la cartera. En las ventanillas se veía negro. En la cabina, la gente leía, dormía y hablaba. Un hombre con unos pantalones cortos muy anchos recorría el pasillo, arriba y abajo, cargando a un bebé que le apoyaba la cabeza en el hombro. El avión parecía acallado, casi inmóvil; la superficie de contacto entre el interior y el exterior era tan reducida, había tan poca fricción, que costaba creer que estuviéramos avanzando. Con la oscuridad absoluta de afuera, la luz eléctrica confería a la gente una apariencia muy corpórea y muy

real, de detalle extraordinariamente directo, impersonal e infinito. Cada vez que el hombre del bebé pasaba, yo veía la red de pliegues de sus pantalones cortos, los brazos pecosos cubiertos de un pelaje rojizo e hirsuto, el montículo de piel pálida de la barriga, ahí donde se le había subido la camiseta, y los pies tiernos y arrugados del bebé que llevaba en brazos, su espaldita jorobada y la blanda cabeza, con el primitivo remolino de la coronilla.

Mi vecino se volvió hacia mí otra vez y me preguntó cuál era el trabajo que me llevaba a Atenas. Advertí por segunda vez el esfuerzo deliberado de su interés; era como si hubiera aprendido a recuperar los objetos que se le caían de las manos. Recuerdo a mis hijos de bebés, sentados en la trona y tirando cosas solo para verlas caer al suelo, actividad que les resultaba tan placentera como terribles eran sus consecuencias. Se quedaban mirando lo que hubiera caído —una galleta a medio comer o una pelota de plástico —, cada vez más nerviosos ante la incapacidad de la cosa por regresar. Al final se echaban a llorar, y por lo general se encontraban con que el objeto en cuestión volvía a ellos por la vía del llanto. Siempre me sorprendía que su reacción a esa cadena de acontecimientos consistiera en repetirlos: en cuanto tenían el objeto en las manos, volvían a tirarlo inclinándose hacia delante para ver cómo caía. Su regocijo no disminuía nunca, y su angustia tampoco. Yo siempre esperaba que en un momento u otro se dieran cuenta de lo innecesario de su angustia y se decidieran a evitarla, pero nunca ocurría. El recuerdo del sufrimiento no surtía efecto alguno en su decisión: al contrario, los obligaba a repetirla, pues ese sufrimiento era la magia que obraba el regreso del objeto, lo que les permitía volver a experimentar el placer de tirarlo. Si la primera vez me hubiera negado a devolvérselo, supongo que habrían aprendido algo muy distinto, aunque no estaba demasiado segura de qué podría haber sido.

Le conté a mi vecino que era escritora y que pasaría un par de días en Atenas para dar un curso en una escuela de verano. El curso se titulaba «Cómo escribir»: iban a impartirlo varios escritores distintos, y como no existe una única manera de escribir, suponía que nuestros consejos a los estudiantes iban a contradecirse. Casi todos los alumnos eran griegos, aunque en ese curso iban a tener que escribir en inglés. La idea había suscitado dudas entre alguna

gente, pero yo no le veía ningún problema. Podían escribir en el idioma que quisieran: a mí me daba igual. A veces, dije, con la pérdida de ese paso intermedio se ganaba inmediatez. Dar clase no era más que otra forma de ganarme la vida, continué. Pero tenía un par de amigos en Atenas a los que tal vez viera durante mi estancia en la ciudad.

Escritora, dijo mi vecino inclinando la cabeza en un gesto que podía dar a entender tanto respeto por la profesión como un desconocimiento absoluto del tema. Al sentarme a su lado me había fijado en que leía un libro de Wilbur Smith muy usado: esto, me decía ahora, no representaba del todo sus gustos como lector, aunque lo cierto era que en materia de narrativa carecía de criterio alguno. A él le interesaban los libros que ofrecían información, hechos e interpretaciones de los hechos, y estaba seguro de que, en ese sentido, sus preferencias no eran tan burdas. Sabía reconocer una prosa elegante; uno de sus escritores favoritos, por ejemplo, era John Julius Norwich. Pero cuando de ficción se trataba, debía admitir su ignorancia. Sacó la novela de Wilbur Smith del bolsillo del asiento, donde seguía, y la sumergió en el maletín que tenía a los pies para que desapareciera de la vista, como si quisiera renegar del libro, o convencido, tal vez, de que yo olvidaría haberlo visto. Pero resultaba que a mí ya no me interesaba la literatura como forma de esnobismo, ni siquiera como forma de autodefinición; no tenía ningunas ganas de demostrar que un libro era mejor que otro: de hecho, cuando leía algo que despertaba mi admiración, me sentía cada vez menos inclinada a comentarlo. Lo que la experiencia propia me dictaba como cierto parecía no guardar ya relación alguna con el proceso de convencer a los demás. Yo ya no quería convencer a nadie de nada.

—Mi segunda mujer —dijo en aquel momento mi vecino— no había leído un libro en su vida.

Era una completa ignorante, continuó, carecía de las nociones más básicas de geografía e historia, y con las visitas era capaz de hacer las afirmaciones más lamentables sin sentir la menor vergüenza. Al contrario, cuando la gente hablaba de cosas que ella desconocía se ponía furiosa: cuando un amigo de Venezuela fue a verlos, por ejemplo, ella se había negado a admitir la existencia del país porque no le sonaba de nada. Era inglesa, y de una belleza tan

exquisita que resultaba muy difícil no suponerle algún refinamiento interior; pero aunque su naturaleza sí guardaba algunas sorpresas, estas no resultaban particularmente agradables. Mi vecino solía invitar a los padres de ella a su casa, como si estudiándolos fuera a poder descifrar el misterio de su hija. Viajaban a la isla, donde él todavía conservaba la casa solariega, y pasaban allí varias semanas. Nunca había conocido a personas tan extraordinariamente insulsas, tan anodinas: aunque se esforzara hasta el agotamiento tratando de estimularlos, ellos permanecían imperturbables como un par de floreros. Al final les cogió cariño; sobre todo al padre, cuya desmedida reticencia era tan intensa que mi vecino acabó convencido de que se debería a alguna dolencia física. Ver a alguien a quien la vida había lastimado tanto era conmovedor. De joven él no habría reparado en el hombre, sin duda, y mucho menos se habría parado a pensar en las causas de su silencio; y así, reconociendo el sufrimiento de su suegro, mi vecino empezó a reconocer el suyo propio. Sonará banal, pero casi podría decirse que, al reconocerlo, sintió que su vida entera daba un vuelco: la historia de su obstinación se le aparecía ahora, merced a una simple revolución de perspectiva, como un viaje moral. Se había dado la vuelta, como el escalador que ya no está metido de lleno en la ascensión y se vuelve a mirar montaña abajo para revisar el trecho que ya ha recorrido.

Tiempo atrás —tanto que había olvidado el nombre del autor—, mi vecino había leído en un cuento unas líneas memorables sobre un hombre que intenta traducir el cuento de otro autor más famoso que él. En esas líneas —que a día de hoy todavía recordaba, me dijo —, el traductor afirmaba que, cuando viene al mundo, una frase no es buena ni mala, y que para determinar su carácter basta con unos ajustes sutilísimos, un proceso de intuición en el que la exageración y la fuerza resultan fatales. Esas líneas se referían al arte de escribir, pero echando un vistazo a su alrededor en su incipiente mediana edad, mi vecino había empezado a darse cuenta de que también podían aplicarse al arte de vivir. Allá adonde mirara veía a personas echadas a perder por lo extremo de su propia experiencia, como quien dice, y sus nuevos suegros parecían un buen ejemplo de ello. En cualquier caso, lo que estaba claro es que su hija lo había tomado por un hombre más rico de lo que era: el fatídico yate en el

que se había ocultado en sus días de fugitivo conyugal, que era el único bien que le quedaba de aquellos tiempos, la había atraído. Su hambre de lujo era tremenda, y él se había puesto a trabajar como nunca lo había hecho, ciega y fanáticamente, pasando el día entero en reuniones y en aviones, haciendo negocios y cerrando tratos, asumiendo riesgos cada vez mayores para poder darle a su mujer esas riquezas que ella había dado por descontadas. En realidad, estaba fabricando una ilusión: por mucho que hiciera, no lograría salvar jamás la distancia entre la ilusión y la realidad. Y, poco a poco —dijo—, esa distancia entre cómo eran las cosas y cómo quería yo que fueran empezó a minarme. Sentía que me vaciaba, como si hasta entonces hubiera estado viviendo de reservas acumuladas durante años que hubieran ido agotándose poco a poco.

Fue entonces cuando la decencia de su primera mujer, la salud y la prosperidad de su vida familiar en común y la profundidad del pasado que habían compartido empezaron a atormentarlo. Tras una temporada de infelicidad, su primera mujer había vuelto a casarse: después del divorcio, había desarrollado una fijación por el esquí, iba al norte de Europa y a la nieve siempre que podía, y no pasó mucho tiempo antes de que se declarara casada con un monitor de Lech que, decía ella, le había devuelto la confianza. A día de hoy, admitió mi vecino, ese matrimonio seguía intacto. Pero en sus comienzos, él había ido advirtiendo su equivocación y se había empeñado en retomar el contacto con su mujer, me contó, aunque no quiso aclararme demasiado cuáles habían sido sus intenciones. Sus dos hijos, un niño y una niña, todavía eran pequeños: a fin de cuentas, seguir en contacto era lo sensato. Recordaba muy vagamente que en el periodo inmediato a su separación había sido ella quien siempre había tratado de ponerse en contacto con él; y también recordaba haber evitado sus llamadas, centrado como estaba en ir detrás de la mujer que ahora era su segunda esposa. Siempre andaba ocupado, inmerso en un nuevo mundo en el que su primera mujer apenas si existía, en el que no era más que una ridícula figura de cartón cuyas acciones —se convencía él y convencía también a los demás— eran las de una loca. Pero ahora la que estaba ilocalizable era ella: se precipitaba por las frías y blancas laderas de las montañas de Arlberg, donde él no existía para ella, como ella no había existido para él. No le respondía las

llamadas, o se las respondía mostrándose cortante y distraída y diciéndole que tenía que dejarle. No podía dirigirse a ella esperando que lo reconociera, y eso era lo que más lo descolocaba, porque hacía que se sintiera completamente irreal. Su identidad se la había formado con ella, a fin de cuentas: si ella ya no lo reconocía, ¿quién era él, entonces?

Lo raro del asunto, añadió mi vecino, es que incluso ahora que su primera mujer y él se comunican de forma más regular, con todos esos hechos ya en un pasado lejano, basta con que ella le hable durante un minuto para que él se ponga de mal humor. Y él no dudaba de que si en esos días en los que él creyó haber cambiado de opinión ella hubiera bajado a toda prisa de las montañas, lo habría acabado irritando tanto que se habrían visto reviviendo otra vez la muerte de aquella relación. Lo que han hecho, en cambio, ha sido envejecer a distancia: cuando él habla con ella imagina muy claramente la vida que habrían llevado, la que estarían compartiendo. Es como pasar delante de una casa en la que has vivido: ver que sigue existiendo, tan sólida, hace que todo lo que ha pasado desde entonces parezca, en cierto modo, insustancial. Sin estructura, los hechos son irreales: la realidad de su mujer, como la realidad de la casa, era estructural, determinante. Tenía sus limitaciones, con las que mi vecino se topa cada vez que oye la voz de su mujer al teléfono, pero, aun con todo, la vida sin limitaciones ha sido agotadora, ha sido una larga historia de gasto, real y también emocional, casi como treinta años viviendo de hotel en hotel. Esa sensación de falta de permanencia, de falta de un hogar, es el precio que él ha pagado. No ha hecho sino gastar para poder librarse de esa sensación, para poner un techo sobre su cabeza. Y siempre ve su hogar —ve a su mujer— de lejos, en el mismo sitio. No han cambiado nada, en esencia, pero ahora son propiedad de otros.

Le dije que su relato le daba la razón, porque a la segunda mujer no podía verla con la nitidez que veía a la primera. En realidad, no acababa de creérmela del todo. Él la presentaba como una villana todoterreno, pero ¿qué mal había hecho, en realidad? No se las había dado nunca de intelectual, al contrario que mi vecino, que había fingido ser rico, y puesto que se la había valorado exclusivamente en función de su belleza, era lógico —hasta

razonable y todo, dirían algunos— que ella quisiera ponerle un precio. Y por lo que a Venezuela respectaba, ¿quién era él para decidir lo que alguien tenía que saber o no? Había muchísimas cosas que él no sabía, de eso estaba segura y, para él, lo que ignoraba existía tan poco como Venezuela para su guapísima esposa. Mi vecino frunció tanto el ceño que a ambos lados de la barbilla se le dibujaron unos surcos como de payaso.

—Admito —dijo tras una larga pausa— que en eso puede que me falte objetividad.

Lo cierto era que no podía perdonarle a su segunda mujer el trato que les había dispensado a sus hijos, que pasaban las vacaciones escolares con ellos, casi siempre en la casa solariega de la isla. Ella estaba especialmente celosa del mayor, el chico, a quien se lo criticaba todo. El celo con el que lo vigilaba era extraordinario, y lo tenía siempre trabajando en la casa, culpándolo del menor indicio de desorden e insistiendo en el derecho que la asistía para castigarlo por unas faltas que solo a ella le parecían tales. Un día, mi vecino volvió a casa y se encontró con que el niño estaba encerrado en los inmensos sótanos que, como catacumbas, discurrían bajo el edificio, un lugar oscuro y siniestro, como poco, donde, de pequeño, a mi vecino le daba miedo entrar. Tumbado de lado en el suelo y temblando, el niño le dijo a su padre que lo habían castigado allí por no haber recogido el plato de la mesa. Era como si para su mujer, el niño representara todo lo que a ella le pesaba de su papel de esposa, como si fuera la encarnación de alguna injusticia por la que se sentía atenazada. Y también era la prueba de que, por lo que a su marido respectaba, ella no había sido la primera y nunca lo sería.

Mi vecino no había podido comprender jamás esa necesidad de primacía de su mujer. A fin de cuentas, él no tenía la culpa de haber vivido otra vida antes de conocerla; pero ella parecía cada vez más entregada a la destrucción de esa historia y de esos niños que constituían su prueba imborrable. Para entonces los dos tenían ya un hijo en común, pero lejos de suavizar la situación, aquello solo había servido para avivar los celos. Su mujer lo acusaba de no querer a su hijo tanto como a los otros dos, los mayores; vigilaba constantemente a mi vecino en busca de pruebas de esa preferencia, y lo cierto era que ella trataba al hijo de los dos con un favoritismo

descarado, pero también se enfadaba con él a menudo, como si creyera que un niño distinto podría haberle hecho ganar la batalla. Y, de hecho, cuando todo terminó, ella acabó abandonando a su hijo, más o menos. Estaban pasando el verano en la isla y los padres de su mujer —los floreros— los acompañaban. Mi vecino nunca les había tenido tanto cariño como entonces, pues en su falta de sustancia veía él, muy comprensivo, la prueba del temperamento ciclónico de su hija. Eran como un terreno constantemente azotado por los tornados; vivían en un estado de semidestrucción permanente. A la mujer de mi vecino se le metió en la cabeza que quería volver a Atenas: se aburría en la isla, supuso él; es probable que hubiera fiestas a las que le apeteciera ir y cosas que quisiera hacer; se había cansado de pasar todos los veranos allí, en el mausoleo familiar; y además, como sus padres tenían que regresar a Atenas en breve para coger un avión, podían volver todos juntos, le dijo ella, y dejar a los niños mayores en la isla a cargo del ama de llaves. Mi vecino respondió que no podía ir a Atenas: no podía separarse de sus hijos bajo ningún concepto, tenían que pasar con él otras dos o tres semanas más. ¿Cómo iba a abandonarlos cuando esos eran los únicos momentos que pasaba con ellos? Si no los acompañaba a Atenas, le dijo su mujer a mi vecino, podía dar ese matrimonio por muerto.

Aquel era, pues, el auténtico combate: por fin le pedía que escogiera, y él, por supuesto, estaba convencido de que no tenía elección. El asunto le parecía una soberana tontería, y a continuación tuvo lugar una pelea terrible a cuyo término su mujer, el hijo de ambos y los padres de ella se subieron en un barco y volvieron a Atenas. Antes de marcharse, su suegro hizo una incursión en la comunicación verbal, algo muy raro en él. Lo que le dijo fue que entendía su punto de vista. Aquello fue lo último que mi vecino supo de sus suegros, y de su mujer tampoco supo mucho más: regresó con sus padres a Inglaterra y desde allí se divorció de él. Contrató a un abogado muy bueno, y por segunda vez en la vida mi vecino volvió a verse prácticamente arruinado. Vendió el yate y se compró una lancha motora, reflejo más fiel de su situación económica. El hijo de los dos, sin embargo, regresó como llevado por la corriente cuando su madre, después de haberse buscado a un aristócrata inglés de fortuna demostrablemente enorme, volvió a

casarse y descubrió que el niño estorbaba tanto en su segundo matrimonio como los hijos de mi vecino habían estorbado en el primero. Ese último detalle daba fe, si no de la integridad de su exmujer, sí, al menos, de su coherencia.

En un naufragio se pierden muchísimas cosas. Lo que queda son fragmentos, y si no te agarras bien a ellos, el mar te lleva a ti también. Sin embargo, añadió mi vecino, todavía creo en el amor. El amor lo cura casi todo, y cuando no puede curar, borra el dolor. Tú, por ejemplo, me dijo mi vecino, ahora estás triste, pero si estuvieras enamorada, la tristeza desaparecería. Allí sentada, me acordé otra vez de mis hijos en la trona y de su descubrimiento: la angustia hacía que la pelota regresara por arte de magia.

En ese instante, el avión, descendiendo en la oscuridad, dio su primer bandazo. Se oyó una voz que hablaba por el intercomunicador; la auxiliar de vuelo se puso a seguir a los pasajeros, arriba y abajo, enviándolos de vuelta a sus asientos. Mi vecino me pidió mi número de teléfono: a lo mejor podíamos cenar juntos algún día durante mi estancia en Atenas.

La historia de su segundo matrimonio seguía sin satisfacerme. Le faltaba objetividad; se basaba demasiado en extremos y, a menudo, las propiedades morales que asignaba a esos extremos eran incorrectas. Sentir celos de un niño no tenía nada de malo, aunque sin duda resultaba muy doloroso para todos los implicados. Desconfiaba de algunos hechos clave, como, por ejemplo, del encierro del hijo en el sótano a manos de su mujer, y tampoco acababa de creerme del todo lo de su belleza, que volvía a utilizar con fines indebidos. Si sentir celos no tenía nada de malo, tampoco lo tenía ser bello: lo que estaba mal, por decirlo de algún modo, era que el narrador se hubiera agenciado esa belleza con engaños. La realidad podría describirse como el eterno equilibrio entre positivo y negativo, pero en esa historia los dos polos se habían disociado y se les habían asignado identidades distintas y enfrentadas. El relato de él siempre ofrecía una buena imagen de unas personas determinadas —el narrador y sus hijos—, mientras que a la mujer solo se la mencionaba cuando le correspondía condenarse todavía más. Los arteros intentos del narrador por ponerse en contacto con su primera mujer, por ejemplo, se presentaban bajo una luz positiva y empática, mientras que la inseguridad de su segunda mujer —que,

como sabemos ahora, no era infundada— se trataba como un crimen incomprensible. La única excepción era el cariño del narrador por esos suegros tan aburridos por los que su hija pasaba como un tornado, nota agridulce en la que lo positivo y lo negativo recuperaban el equilibrio. Pero, por lo demás, era una historia en la que, intuía yo, la verdad se había sacrificado en aras de las ansias de victoria del narrador.

Mi vecino se echó a reír y dijo que era probable que llevara razón. Mis padres se pasaron la vida entera peleando, dijo, y ninguno de los dos ganó jamás. Pero ninguno huyó, tampoco. Los que han huido son los hijos. Mi hermano se ha casado cinco veces, continuó mi vecino, y el día de Navidad lo pasa solo en su apartamento de Zúrich, contando su dinero y comiendo un sándwich de queso. Dime la verdad, le dije: ¿es cierto que tu mujer encerró a tu hijo en el sótano? Mi vecino asintió con la cabeza.

—Ella siempre lo negó —respondió—. Aseguraba que Takis se había encerrado él solo para meterla en líos.

Lo que sí admito, continuó mi vecino, es que su exigencia de que la acompañara a Atenas no era un despropósito. No me lo había contado todo; en realidad, la madre de su mujer se había puesto enferma. No era nada serio, pero tenían que ingresarla en un hospital de la Grecia continental, y su mujer no hablaba un griego demasiado bueno. Aun así, él creía que entre su mujer y su padre se las podrían apañar. El comentario de despedida de su suegro, entonces, parecía más ambivalente que en la primera versión. Ya nos habíamos abrochado los cinturones, como nos había pedido la voz del intercomunicador, y mientras descendíamos entre balanceos y temblores vi un enorme bosque de luces que subía y bajaba misteriosamente en la oscuridad.

En aquella época siempre andaba preocupado por mis hijos, me dijo mi vecino. No era capaz de pensar en mis necesidades ni en las de mi mujer; estaba convencido de que ellos me necesitaban más. Sus palabras me trajeron a la memoria las máscaras de oxígeno, que en el transcurso de las últimas horas no habían hecho acto de presencia, obviamente. Por una especie de cinismo mutuo, comenté, nos facilitaban las máscaras con la condición tácita de que no fuéramos a necesitarlas nunca. Mi vecino comentó que aquello también podía decirse de muchos aspectos de la vida, aunque basar

las expectativas personales en leyes de probabilidad no era demasiado recomendable.

2

Me fijé en que cuando caminábamos por tramos de acera estrechos junto a ese tráfico estruendoso, Ryan siempre se situaba en el lado de dentro.

—He estado leyendo algunas estadísticas sobre muertes por accidente de tráfico en Atenas —me dijo—. Es una información que me tomo muy en serio. Tengo que llegar a casa de una pieza, se lo debo a mi familia.

A menudo, en la acera había perros que yacían desplomados, unos perros grandes de pelo abundantísimo y tremendamente enmarañado. Inertes bajo ese calor, inmóviles, lo único que se apreciaba en ellos era el vaivén de su respiración en los costados. De lejos, a veces recordaban a una mujer con abrigo de pieles que se hubiera caído al suelo, borracha.

—¿A los perros se les pasa por encima o se los esquiva dando un rodeo? —preguntó Ryan, vacilante.

A él, el calor no le importaba, dijo; en realidad, le gustaba. Tenía la sensación de estar secando años de humedad. Lo único que lamentaba era haber esperado hasta los cuarenta y uno para viajar hasta allí, porque le parecía un lugar fascinante. Lástima que su mujer y sus hijos no pudieran verlo también, pero estaba decidido a no echarlo todo a perder con sus remordimientos. Su mujer acababa de pasar un fin de semana en París con sus amigas, y durante esos días lo había dejado solo al cuidado de los niños; el viaje a Grecia se lo había ganado, no había razón para pensar lo contrario. Y para ser totalmente sincero, los niños te ralentizan: lo primero que había hecho esa mañana era subir andando hasta la Acrópolis, antes de

que el calor apretara demasiado, y con los niños no habría podido, ¿no es cierto? Y de haber podido, habría pasado el rato preocupándose por las quemaduras del sol y por la deshidratación, y aunque hubiera visto el Partenón posado sobre la colina cual derruida corona blanca y dorada recortándose contra el azul pagano del cielo, él no lo habría sentido ventilar los recovecos más sombríos de su ser, como sí lo había sentido esa mañana. Ascendiendo al Partenón, no sabía muy bien por qué, se había acordado de que, de niño, las sábanas de su dormitorio siempre olían a moho. Si abrías un armario de la casa de sus padres, casi siempre te encontrabas con que en la pared del fondo había agua. Cuando se marchó de Tralee para ir a Dublín, al ir a bajar sus libros descubrió que estaban todos pegados a las estanterías. Beckett y Synge se habían descompuesto y se habían convertido en cola.

—De lo que se desprende que yo no era un gran lector —añadió él—. Por eso no suelo desvelar este detalle muy a menudo.

No, nunca había estado en Grecia ni en ningún otro país donde el sol fuera algo que pudiera darse por descontado. De todos modos, su mujer le tenía alergia. Al sol, quería decir. Como él, había crecido entre la sombra y la humedad, y con el sol le salían ampollas y unas manchas violáceas; era absolutamente incapaz de soportar el calor, le provocaba migrañas y vómitos. Iban de vacaciones con los niños a Galway, donde los padres de ella tenían una casa, y cuando se morían de ganas de desconectar de Dublín siempre podían volver a Tralee. En definitiva: tu casa está allí donde, cuando te toca ir, no tienen más remedio que recibirte. Y su mujer creía en esas cosas, en la red familiar y el almuerzo de los domingos y en los niños con sus abuelos de uno y otro lado, pero si de él hubiera dependido, es muy probable que jamás hubiera vuelto a cruzar el umbral de la casa de sus padres. No es que ellos hubieran hecho algo especialmente horrible, explicó Ryan, eran gente bastante agradable, pero nunca se le pasaría por la cabeza volver, eso era todo.

Pasamos al lado de un café con mesas dispuestas bajo un inmenso toldo, y la gente sentada a esas mesas tenía un aire superior, tan fresca y atenta en la sombra mientras nosotros, de manera incomprensible, avanzábamos penosamente entre el calor y el desorden de la calle. Ryan dijo que tal vez parara a beber algo; ya

había estado allí antes, a la hora del desayuno, y le había parecido un sitio bastante agradable. No quedaba demasiado claro si quería que me sentara con él o no. En realidad, su frase estaba tan cuidadosamente formulada que me pareció que la inclusión era algo que él evitaba a conciencia. A partir de aquel episodio empecé a observarlo fijándome en esa característica suya, y advertí que cuando otras personas planeaban algo, Ryan siempre decía «Puede que yo aparezca más tarde» o «Nos vemos allí, si acaso» en vez de comprometerse con un lugar y una hora. Solo comentaba sus actividades cuando ya las había hecho. Una vez me lo encontré en la calle de casualidad, y como vi que el pelo, lacio y peinado hacia atrás, lo tenía mojado, le pregunté sin andarme con rodeos dónde había estado. Me confesó que venía de nadar en el hotel Hilton, que tenía una piscina al aire libre enorme donde él, que había simulado ser un huésped más, se había hecho cuarenta largos al lado de plutócratas rusos y de hombres de negocios estadounidenses y de chicas de cuerpo quirúrgicamente mejorado. Había tenido la certeza de que los encargados de la piscina lo vigilaban, pero nadie se había atrevido a interrogarlo. ¿Cómo iba a hacer ejercicio, si no, se preguntaba él, en medio de una ciudad asfixiada por el tráfico y a cuarenta grados de temperatura?

Se sentó a la mesa como los otros hombres, de espalda a la pared para poder ver el café y la calle. Yo me senté frente a él, y como no tenía otra vista, me puse a mirarlo. Ryan daba clase conmigo en la escuela de verano. De lejos era un hombre de una belleza pajiza algo convencional, pero si lo mirabas de cerca, su aspecto tenía algo inquietante, como si lo hubieran formado a partir de elementos que no guardaran relación los unos con los otros y las partes no casaran del todo. Tenía unos dientes grandes y blancos que siempre le quedaban un poco a la vista y un cuerpo desgarbado a medio camino entre el músculo y la grasa, pero la cabeza era pequeña y estrecha, con un cabello ralo y prácticamente incoloro que crecía de punta en la frente, y unas pestañas también incoloras que en ese momento ocultaba tras unas gafas oscuras. Sus cejas, sin embargo, eran formidables y rectas y negras. Cuando llegó la camarera, se quitó las gafas y le vi los ojos, dos pequeñas muescas de un azul intenso sobre un blanco ligeramente enrojecido. El borde interior de los ojos también lo tenía rojo, como si le doliera o como

si el sol se lo hubiera quemado. Le preguntó a la camarera si tenía cerveza sin alcohol, y ella se inclinó hacia él llevándose la mano a la oreja, sin entenderlo. Él cogió la carta y la estudiaron juntos.

—¿Alguna de estas cervezas… —preguntó él despacio, recorriendo la lista con un dedo tutelar y dirigiéndole a la camarera miradas frecuentes—… sin alcohol?

Ella se acercó todavía más escudriñando el lugar al que apuntaba el dedo mientras él le clavaba los ojos en la cara, joven y hermosa, a cuyos lados caían unos rizos largos que se remetía constantemente detrás de las orejas. Como él señalaba algo que no estaba allí, su desconcierto iba en aumento y al final le dijo que iba a tener que ir a buscar al encargado, momento en el cual él, cerrando la carta como el profesor que da la clase por terminada, le dijo que no se preocupara, que, después de todo, se tomaría una cerveza normal. El cambio de planes la confundió todavía más: la carta volvía a estar abierta y la clase se reanudaba de nuevo, y descubrí que mi atención se desviaba hacia las otras mesas y hacia la calle, donde los coches pasaban y, bajo la luz deslumbrante, los perros yacían formando montones de pelo.

—Me ha servido esta mañana —me dijo Ryan cuando la camarera se hubo marchado—. Esta misma chica. Son una gente bellísima, ¿no te parece? Lástima que no tuviera la cerveza. En Irlanda la encuentras en cualquier sitio.

Me dijo que estaba tratando muy seriamente de beber menos; el año anterior lo había pasado en plan vida sana total, yendo al gimnasio cada día y comiendo ensalada. Con el nacimiento de los niños se había descuidado un poco y, de todos modos, llevar una vida sana en su país era muy difícil: la cultura del lugar se confabulaba en tu contra. De joven, en Tralee, había padecido un sobrepeso considerable. Le pasaba lo que a tantos otros convecinos, incluidos sus padres y su hermano mayor, que todavía contaban las patatas entre las cinco raciones diarias de fruta y verdura recomendadas. También había tenido diversas alergias, y asma y eccemas, para los que la dieta familiar, sin duda, no había resultado demasiado beneficiosa. De niño tenía que ir al colegio con pantalones cortos y calcetines de lana hasta la rodilla, y los calcetines se le pegaban al eccema de un modo terrible. Todavía se acordaba de cuando, a la hora de acostarse, se los quitaba y, con

ellos, se iba la piel de media pierna. Ahora llevarías corriendo al niño al dermatólogo o al homeópata, pero en esa época no te quedaba más remedio que aguantar. Cuando le costaba respirar, sus padres lo sacaban y lo sentaban en el coche. En cuanto al peso, me dijo, en esa época casi nunca te veías sin ropa; en realidad, no veías nunca a nadie sin ropa. Recordaba lo ajeno que sentía su propio cuerpo mientras este se afanaba por el ambiente húmedo y cargado de esporas de su casa; los pulmones encharcados y la comezón de la piel, las venas llenas de azúcar y grasa, la carne temblorosa envuelta en una ropa incómoda. De adolescente era apocado y sedentario y evitaba cualquier tipo de exhibición física, pero después pasó un año entero en América, fue a hacer un curso de escritura creativa, y allí descubrió que ejercitando la voluntad podías tener un aspecto completamente distinto. En el campus había piscina y gimnasio, y en la cantina servían una comida —germinados y cereales integrales y soja— que ni siquiera sabía que existiera; y eso no era todo: estaba rodeado de personas para las que el concepto de transformación personal era artículo de fe. Él atrapó la idea prácticamente al vuelo: podía decidir qué quería ser y luego serlo. La predestinación no existía; ahora descubría que esa concepción del ser en cuanto destino o fatalidad que había pendido sobre su vida como un paño mortuorio podía quedarse atrás, en Irlanda. Cuando en su primera visita al gimnasio vio a una chica preciosa que hacía ejercicios en una máquina mientras a la vez leía un grueso libro de filosofía que tenía abierto delante de ella, apoyado en un atril, le costó mucho creer lo que veían sus ojos. Descubrió que todas las máquinas del gimnasio tenían atril. Resultaba que aquello era una máquina de *step* y que simulaba la acción de subir unas escaleras: a partir de entonces, la usó siempre, y siempre con un libro abierto delante, pues la imagen de aquella chica —a la que, para su nada desdeñable desilusión, nunca volvió a ver— se había quedado grabada en su mente. En el transcurso del año siguiente debió de ascender muchísimas millas sin moverse de su sitio, y esa era la imagen que él había interiorizado: no solo la de la chica, sino la de la escalera imaginaria y la de él subiendo eternamente por ella con un libro delante cual zanahoria colgando delante de un burro. Subir esa escalera era la tarea que debía cumplir para distanciarse del lugar del que había venido.

Había sido más que un golpe de suerte que la casualidad lo hubiera llevado a América, decía: había sido el episodio determinante de su vida y, en cierto modo, cuando pensaba en qué se habría convertido él y qué habría hecho de no haber ocurrido ese episodio, le entraba miedo. Fue su tutor de inglés en la facultad quien le habló del curso de escritura creativa y lo animó a solicitar que lo admitieran. Para cuando llegó la carta que le habían enviado, Ryan ya había terminado la universidad y estaba de vuelta en Tralee viviendo en casa de sus padres, trabajando en una planta procesadora de pollo y liado con una mujer mucho mayor que él que tenía dos hijos a los que él, según los planes que sin duda ella ya se había hecho, iba a tener que hacer de padre. La carta decía que, en razón del texto de muestra que había presentado, le ofrecían una beca con opción a un posible segundo año remunerado en caso de que quisiera obtener un título de enseñanza. Al cabo de cuarenta y ocho horas, después de coger algunos libros y sin más ropa que la que llevaba puesta, ya estaba en un avión. Abandonaba las islas británicas por primera vez en su vida sin tener ni idea de adónde iba, aunque sentado sobre las nubes creía estar en el paraíso.

En realidad, dio la casualidad de que, casi en esas mismas fechas, su hermano mayor partía hacia Estados Unidos. Su hermano y él no habían tenido nunca gran cosa que decirse, y por aquel entonces él no sabía prácticamente nada de los planes de Kevin, pero pensándolo con perspectiva, ahora aquello le parecía toda una coincidencia, aunque el camino de Kevin no lo había marcado un golpe de suerte. Él se había alistado en los marines de los Estados Unidos, y es muy probable que mientras Ryan le daba a la máquina de *step*, Kevin también estuviera sacudiéndose la grasa de Tralee en algún campamento de entrenamiento de reclutas. Hasta podía haberlo tenido a la vuelta de la esquina, aunque América era un país inmenso y aquello tampoco era demasiado probable. Y en su trabajo se viajaba mucho, añadió Ryan con sinceridad aparente. Las coincidencias no acabaron ahí, porque los dos hermanos volvieron a Irlanda al cabo de tres años y se reencontraron en el salón de sus padres, los dos delgados y en forma; Ryan, con un título de docente, un contrato para la publicación de un libro y una novia bailarina de *ballet*, y Kevin, con un cuerpo grotescamente tatuado y un trastorno

mental que le impediría volver a ser dueño de su vida. La escalera imaginaria tanto subía como bajaba, por lo visto: ahora, Ryan y su hermano, de hecho, eran miembros de dos clases sociales distintas, y mientras Ryan se instalaba en Dublín para ocupar una plaza en la universidad, Kevin volvía al húmedo dormitorio de su infancia, de donde, exceptuando algún que otro ingreso en hospitales psiquiátricos, no había vuelto a salir desde entonces. Lo curioso del caso, me dijo Ryan, era que sus padres sentían tan poco orgullo por los logros de Ryan como culpa por la desgracia de Kevin. Habían tratado de deshacerse del chico internándolo de forma permanente, pero siempre acababan devolviéndoselo, cual eterna mala moneda. Y, sin embargo, también sentían un ligero desprecio por Ryan, el escritor y profesor universitario que ahora vivía en una casa bonita en Dublín y estaba a punto de casarse; no con la bailarina, sino con una antigua amiga de la universidad, una de antes de marcharse a América. Lo que Ryan había aprendido de todo aquello era que tus fracasos nunca dejan de regresar a tu lado, mientras que tus éxitos son algo de lo que siempre tendrás que convencerte.

Sus pequeños ojos azules se clavaron en la joven camarera, que se acercaba por la sombra con nuestras bebidas.

—Fuguémonos juntos —dijo mientras ella se inclinaba hacia él para dejarle el vaso en la mesa.

Pensé que lo habría oído, pero él había acertado de pleno: el magnífico rostro de estatua de la chica ni se alteró.

—¡Qué gente! —continuó él sin dejar de mirarla mientras ella se alejaba.

Me preguntó si conocía el país y yo le dije que ya había visitado la ciudad, Atenas, tres años antes, durante unas vacaciones con mis hijos un tanto aciagas.

—Son una gente bellísima —me respondió.

La explicación tampoco debía de ser tan extraña, añadió al cabo de un rato, con el clima del país, el estilo de vida y, por supuesto, la dieta. Mirar a los irlandeses era ver siglos de lluvia y de patatas podridas. Él todavía libraba una lucha interior contra esa sensación de carne contaminada; en Irlanda le costaba muchísimo sentir aquella limpieza que había sentido en América o que sentía aquí. Le pregunté por qué había regresado a su país después de terminar el máster, y me dijo que por un montón de razones, aunque ninguna

especialmente poderosa. La suma de todas, sin embargo, había bastado para empujarlo de vuelta a casa. De hecho, una de esas razones era, precisamente, lo que al principio más le había gustado de América: la sensación de que allí nadie era de ningún sitio. De algún sitio tenían que venir, claro está, pero lo que él quería decir era que allí no tenía la impresión de que la ciudad natal de uno estuviera esperando a reclamarle, esa sensación de predestinación que a él le pareció estar sacudiéndose de encima casi milagrosamente la primera vez que se elevó sobre las nubes. Sus compañeros de curso le daban mucha importancia al hecho de que fuera irlandés, me dijo, y se descubrió magnificando su origen, forzando el acento y todas esas cosas, hasta acabar prácticamente convencido de que ser irlandés era, en sí mismo, una identidad. A fin de cuentas, ¿qué otra tenía? La idea de no ser de ningún sitio lo asustaba un poco; empezó a verse ya no condenado, sino bendecido; casi empezaba a reavivar ese sentimiento de predestinación, o a verlo bajo una luz distinta, al menos. Y en cuanto a su escritura, a la idea de dolor transmutado… Irlanda era la estructura de todo aquello, su propio pasado en Tralee era la estructura. De repente tuvo la impresión de que tal vez no podría soportar ese anonimato fundamental de América. Para ser absolutamente sincero, él no era el alumno con más talento del curso —no le costaba admitirlo—, y llegó a la conclusión de que aquello podía deberse, entre otras cosas, a ese anonimato con el que sus compañeros, y no él, tenían que lidiar. ¿Acaso no te hacía mejor escritor carecer de una identidad a la que recurrir? Veías el mundo con ojos menos atribulados. Y en América era mucho más irlandés de cuanto jamás lo había sido en su país.

Empezó a ver Dublín como la ciudad que solía ver de colegial, con académicos montados en bici que surcaban las calles como cisnes negros con sus negras togas. ¿Y si él mismo fuera, precisamente, aquello que tantos años llevaba viendo? Un cisne negro que se deslizaba por la ciudad protegida, libre dentro de sus murallas; no la versión americana de la libertad, grande y llana e ilimitada como una pradera. Volvió a Irlanda moderadamente cubierto de gloria, con su plaza de profesor y su bailarina y su contrato editorial. La bailarina regresó a Estados Unidos al cabo de seis meses, y el libro —un libro de relatos que recibió buenas

críticas— sigue siendo lo único que ha publicado. Nancy y él aún están en contacto: de hecho, hablaron por Facebook el otro día. Ya no baila, ahora es psicoterapeuta, aunque, para ser sinceros, está un poco chiflada. Vive con su madre en un apartamento en Nueva York, y aunque tiene cuarenta años, a Ryan le da la impresión de que no ha cambiado, de que está prácticamente igual que cuando tenía veintitrés. Y ahí está él, con su mujer y sus hijos y su casa en Dublín, un hombre distinto en todos los sentidos. Atrofiada, así es como él la ve a veces, aunque sabe que eso es cruel. Siempre le pregunta si ya ha escrito otro libro, y con el tono que gasta, a él le dan ganas de preguntarle —aunque nunca lo hará, por supuesto— si ya se ha buscado una vida que vivir.

Por lo que a los cuentos respecta, a él todavía le gustan, de vez en cuando coge el libro y los lee. Aparecen muy a menudo en antologías; no hace mucho, su agente vendió los derechos a una editorial de Albania. Pero, en cierto modo, es como mirarse en fotos antiguas. Llega un momento en el que se impone una actualización del registro, porque ya te has deshecho de demasiados vínculos con lo que eras. No está muy seguro de qué ha sucedido; lo único que sabe es que él ya no se reconoce en esos cuentos, aunque sí recuerda la efervescencia que sentía al escribirlos, recuerda que algo en su interior se concentraba, pujando irresistiblemente para nacer. No ha vuelto a tener esa sensación; está casi convencido de que para seguir escribiendo tendría que partir de cero, y entonces, ya puestos, también podría acabar haciéndose astronauta o granjero. Es como si no fuera capaz de recordar qué lo había empujado hacia las palabras en primer lugar, hacía ya tantos años, pero aun así sigue tratando con ellas. Supongo que es un poco como el matrimonio, dice. La estructura entera la levantas en un momento de intensidad que ya no volverá a repetirse. Es la base de tu fe y a veces te despierta recelos, pero nunca renuncias a ella porque es ahí donde reside buena parte de tu vida. Aunque la tentación puede resultar extrema, añadió Ryan cuando la joven camarera pasó grácilmente al lado de nuestra mesa. Debí de poner cara de reproche, porque añadió:

—Mi mujer mira a los tíos de arriba abajo cuando sale de noche con sus amigas. Me llevaría una buena decepción si no lo hiciera. Tú míralos bien, le digo. Así ves lo que corre por ahí. Y ella, lo

mismo: vamos, mira todo lo que quieras.

Me acordé de una noche que, unos años atrás, había pasado en un bar con un grupo de gente entre el que se contaba un matrimonio al que no conocía. La mujer no había parado de buscar chicas atractivas y de dirigir la atención del marido hacia ellas; sentados, se dedicaban a deliberar sobre los atributos de las chicas, y de no haber sido por la mueca de completa desesperación que acerté a vislumbrar en la cara de la mujer cuando ella creía que nadie la miraba, habría dicho que se trataba de una actividad que los dos disfrutaban.

Su mujer y él tenían una buena relación de pareja, dijo Ryan. Compartían el cuidado de los niños y de la casa; ella no era una mártir como lo había sido su madre. Se iba de vacaciones con sus amigas y contaba con que, en su ausencia, él se ocuparía de todo: cuando uno le concedía libertades al otro, lo hacía con la condición de poder tomárselas también si quería. Puede que la cosa parezca un poco calculada, admitió Ryan, pero no me preocupa en absoluto. El manejo de un hogar tiene algo de negocio. Para no tener que abandonarlo, lo mejor es que, desde el primer momento, todos se sinceren sobre sus necesidades.

Me sonó el teléfono; lo tenía delante, en la mesa. Era un mensaje de mi hijo: «¿Dónde está mi raqueta de tenis?». No sé a ti, me dijo Ryan, pero a mí no me queda tiempo para escribir, entre la familia y las clases. Las clases sobre todo; son las clases lo que te chupa la energía. Y cuando tengo una semana para mí, la paso dando cursos extra, como este, por dinero. Si hay que elegir entre pagar la hipoteca y escribir un cuento que solo verá la luz del día en alguna pequeñísima revista literaria… Sé que para algunas personas es como una necesidad, o eso dicen, pero a muchas otras, creo yo, lo que les gusta es esa vida, les gusta decir que eso es lo que son, escritores. No estoy diciendo que a mí no me guste ser escritor, pero tampoco lo considero mi razón de ser. Para serte totalmente sincero, casi preferiría escribir una novela de misterio. Ir donde está el dinero de verdad… Uno o dos de mis alumnos han tomado ese camino, escribir cosas que, en algunos casos, han sido éxitos mundiales. En realidad, fue mi mujer quien me dijo un día: ¿No fuiste tú quien les enseñó a escribir? Ella no acaba de entender el proceso del todo, evidentemente, pero en cierto modo tiene razón.

Y si algo sé es que la escritura nace de la tensión, la tensión entre lo que está dentro y lo que está fuera. La tensión superficial, ¿no se dice así? En realidad, no es mal título, ¿a que no? Se reclinó en la silla y se puso a mirar la calle con aire meditabundo. Me pregunté si ya habría elegido *Tensión superficial* como título de su *thriller*. En cualquier caso, continuó Ryan, cuando pienso en las condiciones que me empujaron a escribir *El regreso*, me doy cuenta de que tratar de volver allí no tiene sentido, porque no podría. Jamás podría reproducir esa tensión particular que sentí: la vida te empuja en una dirección y tú tiras hacia otra distinta como llevándole la contraria a tu destino, como si la persona que tú eres discrepara con la que dicen que eres. Tu alma entera se subleva. Ryan apuró la copa de cerveza de un trago. ¿Contra qué voy a sublevarme ahora? Contra tres niños y una hipoteca y un trabajo del que me gustaría saber cada vez menos, contra esto mismo.

Mi móvil volvió a sonar. Era un mensaje de mi vecino de vuelo. Estaba pensando en salir a navegar, me decía, y se preguntaba si querría ir a nadar con él. Podía pasar a recogerme en coche por mi apartamento en cosa de una hora y acompañarme de vuelta después. Me lo pensé mientras Ryan hablaba. Lo que echo de menos, dijo Ryan, es la disciplina en sí misma. En cierto modo, lo que esté escribiendo me da igual, solo busco esa sensación de estar sincronizado otra vez, cuerpo y alma, ¿sabes a lo que me refiero? Mientras él hablaba, vi esa escalera imaginaria de nuevo ante él, elevándose hasta perderse de vista; y lo vi a él subiéndola, otra vez con el libro suspendido delante, tentándolo. Como el perímetro de la sombra había retrocedido y la luz cegadora de la calle avanzaba, ahora ya casi estábamos en la intersección de ambas. Tenía el golpe de calor justo a mi espalda; arrimé la silla hacia la mesa. Cuando te ves en esa situación siempre buscas tiempo, ¿no es cierto?, dijo Ryan, como cuando la gente busca tiempo para tener una aventura. Yo nunca he oído que nadie diga que quiere tener una aventura pero no encuentra el momento, ¿y tú? Por muy ocupado que estés, por muchos hijos y compromisos que tengas, si hay pasión, sacas tiempo. Hará un par de años me dieron un periodo sabático de seis meses, seis meses enteros solo para escribir, ¿y sabes qué?, que engordé casi cinco kilos y me pasé la mayor parte del tiempo sacando al niño al parque en el cochecito. No conseguí ni una sola

página. Ahí tienes tu escritura: cuando haces sitio para una pasión, la pasión no aparece. Al final me moría de ganas de volver al trabajo, solo para descansar de tanta vida doméstica. Pero aprendí una lección, sin duda.

Miré el reloj: tardaría quince minutos en volver andando al apartamento, así que tenía que marcharme. Pensé en lo que necesitaría para la salida en barco, en el calor o el frío que haría y en si debía coger un libro para leer. Ryan observaba a la camarera entrar y salir de la sombra, orgullosa y bien erguida, con los mechones absolutamente inmóviles. Metí mis cosas en el bolso y me deslicé hasta el borde de la silla, lo que, por lo visto, llamó la atención de Ryan. Se volvió hacia mí. ¿Y tú, estás trabajando en algo?, preguntó.

3

El apartamento pertenecía a una mujer llamada Clelia que pasaba el verano fuera de Atenas. Estaba en una calle estrecha como una sima umbría a cuyos lados descollaban los edificios. En la esquina, frente a la entrada del edificio, había un café bajo cuyo inmenso toldo se veían unas mesas siempre llenas de gente sentada. El café tenía una larga ventana lateral que, al dar a la estrecha acera y quedar completamente oculta tras una fotografía de otras personas sentadas en otra terraza, creaba una ilusión óptica muy convincente. Se veía a una mujer con la cabeza echada para atrás, riendo, mientras se llevaba una taza de café a los labios pintados, y un hombre sentado al otro lado de la mesa que se inclinaba hacia ella, guapo y bronceado, con los dedos ligeramente apoyados en la muñeca de ella y esa sonrisa avergonzada de quien acaba de decir algo divertido. Esa fotografía era lo primero que se veía al salir del edificio de Clelia. Las personas de la imagen aparecían en un tamaño ligeramente mayor del natural, y siempre que salía del apartamento había un momento en el que me parecían terroríficamente reales. La visión de la fotografía se imponía por un instante a tu sentido de la realidad, y en el trascurso de unos perturbadores segundos te convencías de que la gente era más feliz y más bella de como tú la recordabas.

El apartamento de Clelia estaba en el último piso del edificio, y hasta él se llegaba por una escalera de mármol curva que pasaba por delante de las puertas de todos los apartamentos del resto de plantas. Había que subir tres tramos de escalera y dejar tres puertas atrás antes de llegar a la de Clelia. En la planta baja, el vestíbulo

siempre estaba más fresco y más oscuro que la calle, pero como en la trasera del edificio había ventanas, a medida que subías el espacio se volvía más cálido y más luminoso. En el rellano de Clelia, justo debajo del tejado, el calor —con el esfuerzo de la subida— era ligeramente sofocante. Pero también tenías la sensación de haber accedido a un recinto privado, porque la escalera de mármol acababa allí y ya no se podía seguir hacia ningún otro lado. Junto a la puerta, Clelia había colocado una gran escultura hecha de maderos encontrados en la playa, de forma abstracta, y la presencia de ese objeto —con los rellanos del resto de pisos completamente desnudos— daba fe de que nadie que no fuera Clelia o alguien a quien ella conociera subía nunca allí. Al lado de la escultura también había una planta en una maceta roja de barro, y de la aldaba de peltre de la puerta colgaba un adorno, un talismán hecho de hebras de lana de distintos colores.

Al parecer, Clelia era escritora y había ofrecido su apartamento a la escuela de verano para alojar allí a los escritores invitados, a pesar de que, para ella, eran auténticos desconocidos. Y, de hecho, por algunos detalles del apartamento, resultaba evidente que la de escritor le parecía una profesión digna de la máxima confianza y el máximo respeto. A la derecha de la chimenea había una gran abertura por la cual se accedía a su estudio, una pieza cuadrada y solitaria en la que un gran escritorio de cerezo y una silla giratoria daban la espalda a la única ventana. Además de muchos libros, la habitación contenía varias maquetas de barcos de madera expuestas en la pared. De factura soberbia e intrincadísima, reproducían hasta los cabos adujados en miniatura y los diminutos instrumentos de latón sobre las cubiertas bien lijadas, y los más grandes tenían unas velas blancas que se combaban con una tensión y una complejidad tales que parecía que el viento estuviera hinchándolas. Cuando las mirabas más de cerca, veías que las velas estaban sujetas a multitud de cuerdecitas diminutas, casi invisibles de tan delgadas, que eran las que les daban esas formas. Bastaban un par de pasos para pasar de la impresión de viento en las velas a la vista de la red de cuerdecitas, metáfora con la que, estaba segura, Clelia había querido ilustrar la relación entre la ilusión y la realidad, aunque tal vez no contaba con que sus invitados fueran a dar un paso más, como lo di yo, y alargaran la mano para tocar la tela blanca, que no

era tela, sino un papel inesperadamente seco y quebradizo.

La funcionalidad de la cocina de Clelia bastaba para transmitir el mensaje inequívoco de que no la frecuentaba demasiado: uno de los armarios estaba lleno de unos *whiskies* selectos y rarísimos, otro contenía cosas relativamente inútiles —un juego de *fondue*, una besuguera, un molde para hacer raviolis— que seguían en sus cajas, y un par más estaban completamente vacíos. A la que dejabas una miguita sobre la encimera, filas de hormigas echaban a correr desde todas las direcciones y se abalanzaban sobre ella como si estuvieran muriéndose de hambre. Desde la cocina se veía la parte trasera de otros edificios, con sus tuberías y sus tendederos. El espacio era bastante pequeño y oscuro. Pero allí no faltaba nada que de verdad pudieras llegar a necesitar.

En la sala se hallaba la impresionante colección de discos de música clásica de Clelia. Su equipo de alta fidelidad lo integraban varias cajas negras e inescrutables cuya sobriedad y esbeltez no hacían presagiar la magnitud del sonido que emitían. Clelia sentía debilidad por las sinfonías: de hecho, tenía las obras sinfónicas completas de los principales compositores. La colección denotaba un prejuicio muy acusado contra piezas compuestas a mayor gloria de solos vocales o instrumentales; había muy poca música para piano y prácticamente nada de ópera, con la excepción de Janáček, de quien Clelia tenía una caja con la integral de sus óperas. Ponerme a escuchar sinfonía tras sinfonía, pensé yo, me apetecería tan poco como pasar la tarde leyendo la Enciclopedia Británica, y se me ocurrió que tal vez para Clelia ambas actividades supondrían lo mismo: una especie de objetividad que emergía cuando la suma de las partes humanas constituía el foco y el individuo quedaba borrado. Se trataría, quién sabe, de una forma de disciplina, de ascetismo, casi, de un destierro temporal del yo y de sus manifestaciones; en cualquier caso, las sinfonías de Clelia, en sus apretadas filas, se imponían a todo lo demás. Cuando ponías una, parecía que el apartamento se multiplicara por diez al instante y que alojara una orquesta entera, con sus metales, sus cuerdas y todo.

Los dormitorios de Clelia —en el apartamento había dos— eran asombrosamente espartanos. Ocupaban unas habitaciones pequeñas que recordaban a cajas, ambas pintadas de azul cielo. En una había

una litera y en la otra, una cama doble. La litera dejaba muy a las claras que Clelia no tenía hijos, pues su presencia en una habitación que no era de niño, sino de adulto parecía insinuar algo que, de otro modo, podía haberse obviado. La litera, en otras palabras, representaba la idea de niños, en abstracto, más que la de un niño en particular. En la otra habitación, una pared entera la ocupaban unos armarios de puerta de espejo en cuyo interior nunca miré.

En el centro del apartamento de Clelia había un espacio amplio y luminoso, un distribuidor donde confluían las puertas del resto de habitaciones. Allí, sobre un pedestal, reposaba la escultura de una mujer hecha de cerámica vidriada. Era grande, mediría un metro —incluso más, contando el pedestal— y representaba a la mujer en una actitud muy llamativa: la cara levantada, los brazos extendidos a media altura con las palmas de las manos y los dedos abiertos. Llevaba una túnica primitiva pintada de blanco y tenía la cara redonda y plana. A veces daba la impresión de estar a punto de decir algo y otras veces se la veía desesperada. De cuando en cuando parecía estar impartiendo algún tipo de bendición. Su vestido blanco relucía en la penumbra. Aunque había que pasar a su lado con mucha frecuencia para ir de una habitación a otra, era asombrosamente fácil olvidarse de su presencia. La figura blanca y erguida, con las manos en el aire y la cara ancha y plana, con ese temperamento voluble, siempre sobresaltaba un poco. A diferencia de las personas del ventanal del café de la calle, la mujer de cerámica hacía que, durante unos instantes, la realidad pareciera más pequeña, más profunda, más íntima y más inefable.

El apartamento tenía una gran terraza que recorría el ancho de la fachada. Desde aquella terraza, que asomaba tan alta sobre la acera, podían verse las azoteas circundantes, con sus esquinas quebradas y quemadas por el sol, y más allá, las colinas de las afueras, lejanas y envueltas en la neblina de la contaminación. Al otro lado de la sima de la calle quedaban las ventanas y las terrazas de los apartamentos de enfrente. De vez en cuando, por alguna de esas ventanas asomaba una cara. Una vez, un hombre salió a la terraza y tiró algo a la calle. Una muchacha salió tras él y se asomó a la barandilla para ver qué había tirado. La terraza de Clelia, reservada y frondosa, estaba llena de enormes plantas metidas en vasijas de terracota, de cuyas enmarañadas hojas colgaban

pequeños fanales de cristal; en el centro, había una gran mesa de madera con muchas sillas en las que yo podía imaginar a los amigos y colegas de Clelia sentados durante las noches cálidas y oscuras. Le daba sombra una inmensa parra en la que una mañana, sentada a la mesa, descubrí un nido. Estaba construido en una horqueta de las ramas duras y nudosas. En él había un pájaro, una tórtola de color gris pálido: cada vez que miraba hacia el nido, fuera de día o de noche, allí la tenía. Su cabecita pálida, con esos ojos negros que parecían cuentas, se movía con aire inquieto, y siempre estaba en vela, a todas horas. En una ocasión se hizo un gran alboroto sobre mi cabeza, y al mirar hacia arriba vi que la tórtola estaba irguiéndose sobre sus patas. Metió la cabeza por la cubierta de hojas y empezó a mirar las azoteas que tenía alrededor. Y, con un aleteo, desapareció. La observé mientras volaba sobre la calle y luego, describiendo un círculo, aterrizaba en la azotea de enfrente. Se quedó allí zureando un ratito, y al cabo de un tiempo la vi dar media vuelta y mirar el lugar del que había venido. Con el panorama ya visto, volvió a abrir las alas y regresó volando, y aleteando y alborotando otra vez las hojas, allí en lo alto, retomó su posición.

Me puse a rondar por el apartamento, mirando. Abrí algunos armarios y algunos cajones. Todo estaba ordenadísimo. No había ni secreto ni confusión: las cosas estaban donde les correspondía y no faltaba nada. Había un cajón para bolígrafos y material de escritorio, un cajón para material informático, un cajón para mapas y guías, un archivador con papeles en pulcras carpetas. Había un cajón para el botiquín de primeros auxilios y otro para la cinta adhesiva y el pegamento. Había un cajón para artículos de limpieza y otro para herramientas. Los cajones de la cómoda oriental antigua del salón estaban vacíos y olían a polvo. Seguía buscando algo más, una pista, algo que se marchitara o que estuviera naciendo, un estrato de misterio o de caos o de vergüenza, pero no encontré nada. Entré en el estudio y toqué las frágiles velas.

4

Yo le sacaba a mi vecino de vuelo unos buenos treinta centímetros y él me doblaba en anchura: como lo había conocido sentado, me costó integrar esas dimensiones con su personalidad. Lo que me ayudó a situarme fue la extraordinaria nariz aguileña y la frente prominente que asomaba encima y que, con su penacho de cabellos plateados, le daba el aire ligeramente socarrón de un ave marina. Aun así, tardé unos instantes en reconocerlo, de pie a la sombra del edificio de enfrente, vestido con unas bermudas beige y una camisa de cuadros rojos impecablemente planchada. En su persona se distribuían varios puntos dorados: un grueso sello en el meñique, un pesado reloj de oro, unas gafas sujetas a una cadena de oro que llevaba colgada al cuello y hasta un destello de oro en su sonrisa, todos evidentes al instante; sin embargo, durante nuestra conversación de la víspera, en el avión, yo no había reparado en ninguno. Había sido un encuentro inmaterial, en cierto sentido: por encima del mundo, los objetos ya no importaban tanto y las diferencias eran menos evidentes. La realidad material de mi vecino de vuelo, que hasta ese momento tan liviana me había parecido, se concretaba aquí abajo y, así, él se me antojaba más desconocido, como si el contexto fuera, también, una especie de prisión.

Estaba segura de que él me había visto primero, pero esperó a que yo lo saludara antes de devolverme el saludo. Parecía nervioso. No paraba de mirar la calle, arriba y abajo, mientras un vendedor de fruta lanzaba gritos desordenados junto a una carretilla llena de melocotones y fresas y tajadas de sandía que, con aquel calor, parecían sonreír. El rostro de mi vecino de vuelo adoptó una

expresión de sorpresa complacida cuando crucé la calle en su dirección. Me dio un beso seco y torpe en la mejilla.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

Era casi la hora de comer y yo llevaba toda la mañana fuera, pero él, eso saltaba a la vista, quería crear una esfera de intimidad en cuyo seno nuestro conocimiento mutuo era un continuo, en la que no me había sucedido nada desde nuestra despedida de la noche anterior en la fila de taxis del aeropuerto. En realidad, yo había dormido muy poco en el cuartito azul. En la pared frente a la cama había colgado un cuadro de un hombre con sombrero de fieltro que tenía la cabeza echada para atrás y se reía. Al mirarlo te dabas cuenta de que le faltaba la cara; en su lugar solo había un óvalo blanco con el risueño hueco de la boca en el centro. Yo esperaba que los ojos y la nariz fueran haciéndose visibles a medida que la habitación se iluminara, pero aquello nunca sucedió.

Mi vecino de vuelo dijo que tenía el coche aparcado a la vuelta de la esquina y, tras vacilar un instante, me apoyó la mano en los riñones para conducirme en la dirección indicada. Sus manos, que eran muy grandes y recordaban ligeramente a unas garras, estaban cubiertas de pelo blanco. Temía que su coche no fuera a parecerme gran cosa, me dijo. Había caído en la cuenta de que tal vez yo habría imaginado algo mucho más imponente, y si ese era el caso, se sentía muy avergonzado; él, sin embargo, no le daba mucho valor a los coches. Y había visto que, para conducir por Atenas, con el suyo le bastaba. Pero con las expectativas ajenas nunca se sabe, añadió; confiaba en que no fuera a llevarme un chasco, eso era todo. Llegamos al coche, pequeño, limpio y, por lo demás, común y corriente, y entramos. El barco estaba amarrado en la costa, a unos cuarenta minutos de allí. Lo había tenido en un puerto mucho más cercano a la ciudad, pero como le salía muy caro, hacía un par de años había decidido cambiar de amarre. Le pregunté dónde estaba su casa respecto del centro, y él hizo un gesto vago con la mano hacia la ventanilla y respondió que estaba por ahí, a una media hora.

Habíamos entrado en la amplia avenida de seis carriles por la que el tráfico, estruendoso e incesante, atravesaba la ciudad entre un calor y un ruido intensísimos. Llevábamos las ventanas del coche abiertas del todo. Mi vecino de vuelo conducía con una mano en el

volante y la otra apoyada en la ventanilla, y la manga de su camisa se agitaba frenéticamente al viento. Era un conductor imprevisible, embestía de un carril al otro, y como cuando hablaba apartaba la vista de la carretera, los semáforos en rojo y los maleteros de los demás coches se abalanzaban hacia el parabrisas antes de que él hubiera podido reparar en ellos. Asustada, me quedé en silencio mirando los polvorientos arcenes y solares que habían sustituido a las refulgentes torres de edificios del centro. Dejamos atrás un nudo elevado de hormigón entre un ruido ensordecedor de motores y bocinazos, con el sol batiendo contra el parabrisas y el olor a gasolina, a asfalto y a alcantarilla entrando a raudales por las ventanillas abiertas, y durante un rato avanzamos junto a un motorista que llevaba a su espalda a un niño de unos cinco o seis años. El niño se aferraba al hombre, lo agarraba de la tripa con los dos brazos. Se lo veía muy pequeño y desprotegido, con los coches y las vallas metálicas y los enormes camiones cargados de basura pasando a toda velocidad y a escasos centímetros de su piel. Solo llevaba unos pantalones cortos y unas chancletas en los pies, y mirando por la ventanilla me fijé en sus delicadas extremidades, bronceadas y desnudas, y en sus suaves cabellos de un castaño dorado que ondeaban al viento. Entonces la carretera describió una curva y empezó a descender, y allí estaba el mar, de un azul deslumbrante, tras una extensión de monte bajo color caqui llena de edificios abandonados de poca altura y de carreteras sin terminar y de los esqueletos de casas a medio construir donde unos árboles raquíticos asomaban por las ventanas sin cristal.

Me he casado tres veces, anunció mi vecino de vuelo mientras el cochecito volaba colina abajo hacia el agua centelleante. Sabía perfectamente que en nuestra conversación de la víspera solo había confesado dos matrimonios, continuó, pero hoy había acudido a su cita con la promesa de ser sincero. Había habido tres matrimonios y tres divorcios. Soy un desastre total, dijo. Me puse a pensar qué podría responderle, y entonces él añadió que también debía comentarme lo de su hijo, que vivía en la casa solariega de la isla y que no se encontraba demasiado bien. Estaba agitadísimo y se había pasado la mañana entera llamando a su padre. Las llamadas se repetirían durante las próximas horas, sin duda, y aunque mi vecino de vuelo hubiera preferido ignorarlas, no iba a tener más remedio

que contestar, claro. Le pregunté qué le pasaba a su hijo, y su cara de pájaro se ensombreció. ¿Me sonaba un trastorno llamado esquizofrenia? Bueno, pues eso es lo que tenía su hijo. Los primeros síntomas se le habían manifestado hacia los veintitantos, después de terminar la universidad, y durante los últimos diez años había estado ingresado varias veces, pero por una serie de razones demasiado difíciles de explicar ahora estaba al cuidado de su padre. Mi vecino de vuelo había considerado que, mientras no tuviera ocasión de manejar dinero, su hijo estaría a salvo en la isla. Los lugareños eran comprensivos, y todavía tenían a la familia en la suficiente estima como para tolerar algunos problemillas que ya se habían presentado. Unos días atrás, sin embargo, se había producido un episodio más serio y mi vecino se había visto obligado a pedirle al joven a quien había contratado de acompañante de su hijo que lo pusiera en arresto domiciliario, como quien dice. Su hijo no podía soportar la reclusión, de ahí las incesantes llamadas telefónicas, y cuando no lo llamaba el hijo lo llamaba el cuidador, que consideraba que sus tareas excedían las condiciones del contrato y quería renegociar su sueldo.

Le pregunté a mi vecino de vuelo si ese era el hijo que su segunda mujer había encerrado en el sótano y me dijo que sí. Había sido un encanto de niño, pero al cabo de un tiempo, cuando estudiaba en la universidad, en Inglaterra, precisamente, empezó a drogarse. Dejó la universidad sin terminar la carrera y volvió a Grecia, donde hubo varios intentos de encontrarle un empleo. Vivía en la mansión de las afueras de Atenas que su madre compartía con su marido, el monitor de esquí, y como cada día se portaba peor, debió de convertirse en una cruz, sin duda, en un lastre para la libertad de su madre, cuyas primeras medidas —ingresarlo sin discutir el asunto con su padre— habían resultado un tanto extremas. La medicación que le habían dado lo hizo engordar tanto y lo volvió tan inactivo que acabó convertido en un vegetal; y a continuación su madre se marchó de Atenas con su marido para instalarse en los Alpes como todos los inviernos. De eso hacía ya varios años, claro está, pero, en lo fundamental, la situación no había cambiado. La madre del chico no quería saber nada más de él; si su padre decidía sacarlo del hospital y tenerlo viviendo con él, en el mundo exterior, tendría que hacerlo bajo su responsabilidad.

Le dije a mi vecino que me sorprendía que su primera mujer, a quien él, según me había parecido, había idealizado en nuestra conversación de la víspera, se comportara con tamaña frialdad. No cuadraba con la imagen que me había formado del personaje. Después de examinar la cuestión, él me contestó que, de casados, ella nunca había tenido un comportamiento semejante; había cambiado, se había convertido en una persona distinta a la que él había conocido. Cuando hablaba de ella con cariño, era en esa primera versión de su mujer en la que él pensaba. Le dije que no creía que las personas pudieran cambiar de manera tan radical, que pudieran desarrollar una ética irreconocible; lo que pasaba, le dije, era que una parte de sí mismas permanecía latente a la espera de que las circunstancias la despertaran. Me parecía, continué, que muy pocos de nosotros llegábamos a saber lo verdaderamente buenos o lo verdaderamente malos que podíamos ser, y que la mayoría nunca íbamos a vernos tan contra las cuerdas como para poder descubrirlo. Pero en algún momento él debió de intuir —aunque fuera fugazmente— en qué acabaría convirtiéndose su mujer. No, me contestó, ese momento no se había dado; siempre había sido una madre excelente, entregada a sus hijos sobre todas las cosas. Su hija era toda una triunfadora; le habían concedido una beca en Harvard, posteriormente la había fichado una multinacional de *software* y ahora vivía en Silicon Valley, un lugar que sin duda me sonaría. Sí que me sonaba, le contesté, aunque siempre me había costado imaginármelo; nunca conseguía determinar hasta qué punto se trataba de un concepto o de un lugar real. Le pregunté si había ido a verla; él admitió que no. Nunca andaba por aquellas partes del mundo y, además, le preocuparía separase de su hijo durante todo el tiempo que una visita de esa clase exigía. Pero lo cierto era que llevaba varios años sin ver a su hija, pues ella no había vuelto a Grecia. El éxito te aleja de las cosas que conoces, por lo visto, mientras que el fracaso te condena a ellas. Le pregunté si su hija tenía hijos y me dijo que no. Vivía con una mujer, su pareja —se decía así, ¿verdad?—, y, aparte de eso, el trabajo lo era todo para ella.

Ahora que lo pensaba, me dijo, su mujer debía de ser una perfeccionista. Al fin y al cabo, había bastado una sola discusión para poner fin a su matrimonio: si existía algún presagio de aquello

en lo que podía convertirse, tal vez fuera que el fracaso era algo que no podía tolerar. Después de su separación, ella se había echado un novio muy rico y muy famoso, un pariente de Onassis: de verdad que era fabulosamente rico, el tipo, y guapo, y también era amigo de su padre, y mi vecino no había sido capaz de descubrir qué motivos los habían empujado a romper, porque tenía la impresión de que ese hombre era todo lo que ella siempre había querido. En cierto modo, que ella se hubiera buscado a ese apuesto millonario había ayudado a mi vecino de vuelo a entender el fracaso de su propio matrimonio: podía aceptar su derrota a manos de semejante adversario. Por otra parte, Kurt, el monitor de esquí, era desconcertante, un hombre sin encanto ni dinero, un hombre que solo volvía a la vida durante unos pocos meses al año, cuando estaba en la nieve, en las montañas; un hombre, además, fanático de sus creencias y sus prácticas religiosas, a las cuales, por lo visto, insistía a su mujer y a sus hijos —cuando todavía vivían en casa— a que se sometieran. Los niños se lo habían contado todo a mi vecino de vuelo: que los obligaba a rezar y a guardar silencio, que les hacía quedarse sentados a la mesa —durante horas, si hacía falta— hasta que se hubieran terminado toda la comida del plato, que les había pedido que lo llamaran «padre» y que los domingos les prohibía la televisión y las diversiones. Una vez, mi vecino de vuelo tuvo la osadía de preguntarle a su mujer qué veía en Kurt, y ella le contestó: «Es tu antítesis».

El coche seguía la línea de la costa, dejábamos atrás playas descuidadas donde las familias hacían pícnic y se bañaban, y puestos de carretera que vendían sombrillas y tubos de buceo y trajes de baño. Mi vecino dijo que ya casi habíamos llegado; esperaba que el viaje no me hubiera parecido demasiado largo. Por si me esperaba algo lujoso, debía señalar que su barco era bastante pequeño. Hacía veinticinco años que lo tenía, y era seguro como una roca en mitad del temporal, pero de proporciones modestas. Tenía un pequeño camarote donde una persona podía pasar la noche bastante cómodamente, «o dos personas —añadió—, si están muy enamoradas». Él solía hacer noche en el barco a menudo, y navegaba hasta la isla varias veces al año, travesía que duraba unos tres o cuatro días. El barco era, en cierto modo, su ermita, su reducto de soledad; podía poner en marcha el motor, salir a alta

mar, echar el ancla y quedarse completamente solo.

Por fin apareció ante nosotros el puerto deportivo, y mi vecino salió de la carretera y aparcó el coche al lado de un pantalán de madera en el que había una fila de barcos amarrados. Me pidió que lo esperara allí mismo mientras hacía unas compras. Y no había retrete en el barco, me dijo, así que convenía que me aliviara antes de zarpar. Lo observé mientras él volvía andando a la carretera y después me senté en un banco al sol y me puse a esperar. Los barcos cabeceaban en el agua clara. A lo lejos se veía el perfil nítido y almenado de la costa y, salpicados por la bahía, varios escollos e islitas que se internaban todavía más en el mar. Aquí se estaba más fresco que en la ciudad. En la vegetación que se alzaba entre el mar y la carretera, la brisa levantaba un ruido seco, como un frufrú. Miré los barcos y me pregunté cuál sería el de mi vecino de vuelo. Todos me parecían más o menos iguales. Había varias personas, casi todas de la edad de mi acompañante, paseando por el pantalán calzados con zapatos náuticos o arreglando el barco con el pecho canoso desnudo al sol. Algunos me miraban fijamente con la boca abierta y los enormes brazos fibrosos caídos a los lados. Cogí el móvil y marqué el número de la entidad hipotecaria de Inglaterra encargada de tramitar la solicitud de ampliación de préstamo que había presentado justo antes de viajar a Atenas. Mi caso lo llevaba una mujer que se llamaba Lydia. Me había dicho que la llamara ese día, pero siempre que probaba a hablar con ella me saltaba el contestador. El mensaje decía que, por vacaciones, se ausentaría de la oficina hasta una fecha que ya había pasado, lo que me llevó a pensar que no escuchaba el contestador muy a menudo. Sentada en el banco, volvió a saltarme el contestador, pero esta vez —quizá porque no tenía otra cosa que hacer— dejé un mensaje: le decía que la había llamado, según lo convenido, y le pedía que me devolviera la llamada. Tras ese ejercicio en apariencia inútil, miré a mi alrededor y vi que mi vecino de vuelo regresaba cargado con una bolsa. Me pidió que se la sujetara mientras preparaba el barco, y después cruzó el pantalán y, arrodillándose, sacó del agua un cabo empapado del que procedió a tirar para acercar el barco que estaba amarrado al otro extremo del cabo. Era un barco blanco con aplicaciones de madera y un toldo azul chillón. Tenía un gran timón de cuero negro en la parte delantera y un banco acolchado detrás.

Cuando ya tuvo el barco lo bastante cerca, mi vecino de vuelo subió a bordo de un buen salto y alargó el brazo para recibir la bolsa de la compra. Se dispuso a guardar las cosas, y al cabo de un rato me tendió la mano de nuevo para ayudarme a subir. Me sorprendió la poca seguridad que demostré en ese ejercicio. Me senté en el banco mientras él retiraba la funda del timón, bajaba el motor al agua, amarraba y desamarraba varios cabos, y luego se acercaba al timón, encendía el motor con un borboteo estrepitoso y daba marcha atrás para salir del puerto muy despacio.

Navegaríamos durante un rato, me dijo mi vecino de vuelo gritando para imponerse al ruido del motor, y cuando llegáramos a un sitio muy bonito que él conocía, pararíamos para nadar. Se había quitado la camiseta y manejaba el timón dándome la espalda, una espalda desnuda, muy ancha y rolliza que el sol y los años habían vuelto correosa, marcada por infinidad de lunares, cicatrices y afloramientos de grueso pelo gris. Al mirarla, me invadió una tristeza que en parte era perplejidad, como si su espalda fuera un país extranjero en el que yo anduviera perdida; o, más que perdida, exiliada, tal vez, porque esa sensación de extravío no iba acompañada de la esperanza de llegar a encontrar por fin algo que pudiera identificar. Su envejecida espalda parecía anclarnos a los dos en historias distintas e intransfigurables. Se me ocurrió entonces que habría quien me encontrara estúpida por salir sola en barco con un desconocido. Pero lo que los demás pensaran ya no me servía de nada. Esos pensamientos existían solamente en el seno de ciertas estructuras, y esas estructuras yo las había abandonado del todo.

Llevábamos ya un rato en mar abierto cuando mi vecino puso una marcha distinta que hizo que, de repente, el barco diera un brinco hacia delante con tanta fuerza que, sin que él me viera, estuve a punto de caerme de espaldas. El estruendo del motor desplazó al instante cualquier otra cosa que pudiera oír o ver. Agarré la barandilla que recorría un lado del barco y me aferré bien a ella mientras cruzábamos la bahía con un ruido atronador, la proa levantándose y desplomándose sobre el agua con un golpe seco y el roción abriéndose como un abanico a ambos lados del casco. Me enfureció que no me hubiera advertido de lo que iba a suceder. Incapaz de moverme ni de hablar, lo único que podía hacer era seguir agarrada, con los pelos por los aires y la cara cada vez más

entumecida por la presión del viento. El barco iba dando golpetazos, arriba y abajo, y al ver a mi vecino de vuelo al timón con la espalda desnuda, yo me enfurecía cada vez más. Había cierta afectación en la postura de sus hombros: aquello era un número, o sea, un acto de lucimiento. No se volvió a mirarme ni una sola vez, pues es al exhibir el propio poder sobre los demás cuando menos pendiente de ellos está uno. Me pregunté qué habría pensado si, al llegar a nuestro destino, hubiera descubierto que yo ya no estaba allí; lo imaginé relatándole ese descuido a la próxima mujer a la que conociera en un avión. No dejó de darme la lata para que la sacara en barco, le diría, pero luego resultó que no tenía ni la más remota idea de navegar. Para ser sincero, añadiría, fue un auténtico desastre: se cayó por la borda, y ahora estoy desconsolado.

El estrépito del motor se apagó por fin; el barco aminoró la marcha y, entre petardeos, se dirigió hacia una isla rocosa que surgía abruptamente del mar. El teléfono de mi vecino de vuelo sonó y él le dirigió una mirada burlona a la pantalla antes de contestar. Se puso a hablar en griego con tono meloso, paseando por la pequeña cubierta y apoyando de vez en cuando un dedo en el timón para controlarlo. Advertí que nos acercábamos a una cala pequeña y transparente en cuyos promontorios rocosos se posaban muchas aves marinas y donde el agua centelleante se arremolinaba y retrocedía contra una diminuta voluta de arena. La isla era demasiado pequeña para contener nada humano: estaba virgen y, salvo por los pájaros, desierta. Esperé a que mi vecino de vuelo pusiera fin a su conversación, lo que le llevó un buen rato. Finalmente, sin embargo, colgó. Era una mujer con la que hacía muchos años que no hablaba; en realidad, su llamada me ha sorprendido mucho, añadió. Se quedó callado un rato con el dedo en el timón y la cara triste. Acaba de enterarse de la muerte de mi hermano, continuó, y llamaba para darme el pésame. Le pregunté a mi vecino de vuelo cuándo había fallecido su hermano. Hará unos cuatro o cinco años, contestó. Pero esta mujer vive en Estados Unidos y llevaba mucho tiempo sin volver a Grecia. Está aquí de visita y acaba de enterarse. El teléfono de mi vecino sonó casi al instante y él volvió a contestar. Otra conversación en griego, larga, también, aunque un poco más formal. Trabajo, explicó cuando hubo terminado, mientras con la mano hacía el gesto de sacudirse algo de

encima.

Nos detuvimos; el agua se estrellaba contra el casco. Mi vecino de vuelo se acercó a la parte trasera del barco, abrió un compartimento que alojaba un ancla pequeña y, tirando de una cadena para levantarla, la echó por la borda. Es un buen sitio para nadar, me dijo, si te apetece. Me quedé mirando mientras el ancla descendía por el agua transparente. Cuando el barco hubo quedado bien sujeto, mi vecino de vuelo avanzó por la popa y, de un enérgico salto hacia un lado, se zambulló.

En cuanto se hubo alejado me envolví con una toalla y, muy torpemente, me puse el bañador. Después me tiré al agua y eché a nadar en la dirección contraria hasta rebasar el perímetro de la isla y poder ver el mar abierto que quedaba al otro lado. A mi espalda, la costa lejana era una línea que cabeceaba en el agua, llena de formas y figuras diminutas. Entretanto, otro barco había llegado y había echado el ancla a poca distancia del nuestro, y alcancé a ver a la gente sentada en cubierta y a oír las voces que hablaban y reían. El grupo era una familia con muchos niños de bañador chillón que entraban y salían del agua entre saltos, y de vez en cuando el llanto de un bebé resonaba tímidamente por la cala. Mi vecino de vuelo estaba ya de vuelta en el barco, desde donde, de pie, con una mano en la frente que le protegía los ojos, observaba mi progreso en el agua. Después del rato de tensión que había pasado sentada, del calor de Atenas y de la compañía de desconocidos, nadar era un gusto. Esa agua tan clara, tranquila y fría, y ese perfil de la costa, tan suave y tan antiguo, con aquella islita cercana que parecía no pertenecer a nadie. Sentí entonces que podría internarme durante kilómetros en el mar: un deseo de libertad y un impulso de avanzar tiraban de mí como un hilo que llevara amarrado al pecho. Ese impulso lo conocía bien, y ya había aprendido que, al contrario de lo que antaño solía parecerme, no era la llamada de un mundo más vasto. Se trataba, simplemente, del deseo de escapar de lo que ya tenía. Ese hilo no llevaba a ningún sitio, tan solo conducía a la infinita inmensidad del anonimato. Si lo que quería era ahogarme, podía adentrarme en el mar tanto como quisiera. Pero ese impulso, ese deseo de libertad, seguía siendo irresistible: aún creía en él, a saber por qué, a pesar de haber demostrado que no era más que una ilusión. Cuando regresé al barco, mi vecino de vuelo me dijo que no

le gustaba que, al nadar, la gente se alejara demasiado: lo ponía nervioso; por ahí había motoras que podían aparecer de la nada, sin previo aviso, ese tipo de colisión tenía precedentes.

Me ofreció una
Coca-Cola
de la nevera portátil que tenía en la cubierta y después una caja de pañuelos de papel de la que él mismo cogió un buen puñado. Se sonó muy a conciencia durante un buen rato mientras los dos observábamos a la familia del barco vecino. Con el cuerpo centelleante de agua, dos niños y una niña jugaban, saltaban entre chillidos por la borda y después volvían a subir al barco por la escalera, en fila. En la cubierta, una mujer con sombrero de ala muy ancha leía un libro, y a su lado, a la sombra de un toldo, había un cochecito de bebé. Un hombre con bermudas y gafas de sol paseaba por cubierta, arriba y abajo, hablando por teléfono. Comenté que las apariencias me parecían más desconcertantes y fastidiosas que en cualquier momento anterior de mi vida. Era como si hubiera perdido una habilidad especial, la de filtrar mis percepciones, habilidad en la que había reparado cuando ya no la tenía allí, como ese cristal de la ventana en cuya ausencia el viento y la lluvia entran a raudales sin nada que los detenga. De un modo muy parecido, yo me sentía expuesta a lo que veía, desconcertada ante el panorama. Me acordaba muy a menudo del capítulo de *Cumbres borrascosas* en el que Heathcliff y Cathy, en el sombrío jardín, miran por las ventanas de la sala de los Linton y observan la iluminada escena familiar que tiene lugar puertas adentro. Lo fatal de esa visión es su subjetividad: al mirar por la ventana, los dos ven cosas distintas: Heathcliff, algo que odia y teme, y Cathy, algo que desea y que echa en falta. Pero ninguno ve las cosas como realmente son. Y, de igual manera, yo empezaba a ver mis propios miedos y mis propios deseos manifestándose fuera de mí, empezaba a ver en las vidas ajenas un comentario de la mía. Observando a la familia del barco, yo veía una visión de lo que ya no tenía: veía algo, en otras palabras, que no estaba allí. Esa gente habitaba su propio momento, y aunque yo podía verlo, era tan incapaz de regresar a ese momento como de caminar sobre las aguas que nos separaban. Y de esas dos maneras de vivir —habitar el momento y vivir fuera de él—, ¿cuál era la más real?

Las apariencias, respondió mi vecino de vuelo, eran algo que su familia tenía en una estima altísima, pero él había aprendido —fatalmente, tal vez— a verlas como un mecanismo de ocultación y engaño. Y era a los familiares más cercanos a quienes, por razones obvias, más había que engañar. Él sabía, por ejemplo, que muchos hombres a los que había tratado —sus tíos y otras personas de los círculos en los que se movía— habían tenido una amante, o más de una, sin dejar de seguir casados con la misma mujer durante toda la vida. Pero nunca se le había pasado por la cabeza que su padre hubiera podido mantener ese tipo de relación con su madre. Y mientras que en su padre y en su madre veía unidad, estaba convencidísimo de que su tío Theo, por ejemplo, era un hombre de dos caras, aunque se preguntaba, y cada vez más a menudo, si aquella distinción había existido de verdad; si, en otras palabras, habría pasado su vida adulta tratando de seguir un modelo de matrimonio que, en realidad, no había sido sino una ilusión.

No demasiado lejos de su internado, continuó mi vecino de vuelo, había un hotel en el que a Theo le gustaba alojarse, y solía pasar a buscar a su sobrino para llevárselo a tomar el té, siempre en compañía de una «amiga» distinta. Esas amigas era tan bellas y fragantes como morena y rechoncha era su tía; la tía Irini tenía unas verrugas en la cara de las que crecían unos gruesos pelos negros de grosor y longitud asombrosas, característica que había fascinado a mi vecino durante toda su vida y que, a pesar de que Irini llevaba treinta años muerta, aún veía como algo real, símbolo de la imperecedera naturaleza de la repulsión, mientras que la belleza se veía una vez y no volvía a aparecer nunca más.

Cuando Irini, tras sesenta y tres años de matrimonio, murió a los ochenta y cuatro años, el tío Theo se negó a que la enterraran; lo que hizo fue meterla en un ataúd de cristal que confió a la cripta de una capilla griega de Enfield, adonde, durante los seis meses que sobrevivió a su mujer, iba a verla cada día. Mi vecino nunca había estado con Theo e Irini sin presenciar escenas de una violencia extraordinaria: hasta una llamada a casa solía conllevar una discusión cuando uno de los cónyuges cogía el supletorio para insultar al otro mientras la persona que hubiera llamado hacía las veces de árbitro. Los padres de mi vecino de vuelo, aun ferozmente combativos, nunca habían llegado a los extremos de Theo y su

mujer: en su guerra había habido más frialdad, aunque quizá también más resentimiento. El padre de mi vecino de vuelo había sido el primero en morir, en Londres, y su cadáver descansó en la misma cripta de Irina, pues la madre de mi vecino se había empeñado en encargar la construcción de un panteón familiar en la isla, un proyecto de tal magnitud que acabó retrasándose y que no estuvo listo para recibir a su esposo cuando falleció. Su madre había tenido la idea al enfermar su marido, que pasó el último año de su vida recibiendo informes casi diarios sobre los progresos del panteón que estaban construyendo para recibirlo. Ese singular método de tortura podría parecer la maniobra final de aquella pelea eterna, pero, de hecho, cuando la madre de mi vecino de vuelo falleció —al año exacto de la muerte de su marido—, el panteón todavía no estaba terminado. Se reunió con su esposo en la cripta de Enfield, y tuvieron que pasar varios meses para que sus cuerpos volaran juntos de regreso a la isla en la que los dos habían nacido. Mi vecino de vuelo tuvo que encargarse tanto de supervisar el entierro como de exhumar los cuerpos de otros familiares —los abuelos paternos y maternos, numerosos tíos y tías— enterrados en ese cementerio y de reubicarlos en el inmenso panteón nuevo. Cogió un avión a la isla, con los cadáveres de sus padres en la bodega, y pasó el día entero entre enterradores, dedicado a la macabra tarea de transportar y colocar los ataúdes. Había quedado especialmente turbado al contemplar cómo desenterraban a su abuelo, el padre de su madre, un hombre que había hecho mucho daño y por cuya causa sus padres —hasta el último de sus días— habían tenido muchas discusiones, tal era el influjo que, aun solo en el recuerdo, seguía ejerciendo sobre su hija. A media tarde, los padres de mi vecino de vuelo eran los últimos en descender al interior de la inmensa estructura de mármol. Mi vecino de vuelo tenía un taxi esperándolo para llevarlo de vuelta al aeropuerto, pues debía regresar a Londres de inmediato. Sin embargo, a mitad de camino, en el taxi, se dio cuenta de algo terrible: al recolocar los cuerpos de la familia, por algún extraño motivo, no había puesto a sus padres uno al lado del otro. Todavía peor: sentado en el asiento trasero del taxi, recordaba clarísimamente que el ataúd de su abuelo separaba al matrimonio. Le ordenó inmediatamente al taxista que diera media vuelta y lo llevara otra vez al cementerio. Cuando

estaban a punto de llegar, mi vecino de vuelo le dijo al taxista que iba a tener que ayudarlo, porque ya casi había anochecido y todo el mundo se habría ido a casa. El taxista accedió a ayudarlo, pero en cuanto hubieron atravesado las puertas del cementerio, se asustó y huyó dejándolo solo. No recordaba cómo había logrado abrir el panteón sin ayuda, añadió mi vecino de vuelo: todavía era bastante joven, pero aun así, en ese momento debió de poseerlo una fuerza sobrehumana. Saltó dentro del panteón y allí, por supuesto, estaban los dos ataúdes de sus padres, separados por el de su abuelo. Empujar para colocarlos en el sitio que les correspondía no le costó demasiado, pero en cuanto hubo terminado se dio cuenta de que, con lo empinado y profundo que era el panteón, salir le resultaría imposible. Dio voces y gritos, pero todo fue en vano; saltó y buscó desesperadamente donde agarrarse en las lisas paredes del panteón tratando de encontrar algún apoyo.

Pero supongo que, de algún modo, debí de salir, continuó, porque no pasé la noche allí, eso seguro, aunque llegué a pensar que quizá no me quedaría más remedio. Puede que, después de todo, el taxista regresara; no me acuerdo. Mi vecino de vuelo sonrió, y durante unos instantes los dos nos quedamos mirando a la familia del otro barco, más allá del agua clara. Yo dije que, a la edad de esos niños que estaban saltando allí, mis hijos habían mantenido una relación tan estrecha que desenmarañar sus distintas naturalezas habría sido dificilísimo. Solían jugar juntos sin pausa desde que abrían los ojos por la mañana hasta que volvían a cerrarlos. Sus juegos eran una especie de trance compartido en el que creaban mundos imaginarios, y siempre andaban metidos en juegos y proyectos cuyo planeamiento y desarrollo eran tan reales para ellos como invisibles para los demás: a veces yo movía o tiraba algún objeto en apariencia intrascendente, y ellos me decían que era un instrumento sagrado de la fantasía que estuviera en curso, un relato que, como un río mágico, parecía discurrir incansable por toda la casa y del que podían entrar y salir a voluntad asignándole a otro elemento el valor de ese umbral que nadie más podía ver. Y un buen día, el río se secó: el mundo de fantasía que habían compartido dejó de existir, y eso sucedió porque uno de los dos —no me acuerdo de cuál— dejó de creer en él. En otras palabras, no fue culpa de nadie. De todos modos, ahora me venía a la memoria

que buena parte de todo lo que su vida tenía de hermoso había nacido de una visión compartida de cosas que, en sentido estricto, no podía decirse que hubieran existido.

Supongo, añadí, que esa es una definición del amor, creer en algo que solo dos personas pueden ver, y en ese caso resultó una base efímera para la convivencia. Sin una historia compartida, los niños empezaron a pelearse, y mientras que sus juegos los habían alejado del mundo manteniéndolos ilocalizables durante horas, de repente sus peleas los traían de vuelta a él constantemente. Se dirigían a su padre o a mí en busca de intervención y justicia; empezaron a concederle mucha importancia a los hechos, a lo que se había hecho y a lo que se había dicho, a justificar sus acciones y a atacar las del otro. Costaba no ver en esa trasposición del amor a la facticidad, continué, un reflejo de otras cosas que entonces estaban pasando en nuestro hogar. Lo más asombroso era el potencial negativo de su antigua intimidad: se diría que todo lo que había estado dentro lo hubieran movido afuera, pieza a pieza, como los muebles que alguien hubiera sacado de una casa para dejarlos en la acera. Y resultaba que había muchísimos, porque lo que había sido invisible ahora era visible; lo útil era ahora superfluo. La hostilidad de mis hijos guardaba una proporción exacta con su antigua armonía, pero mientras que la armonía había sido atemporal e ingrávida, el antagonismo ocupaba ahora tiempo y espacio. Lo intangible se volvía sólido, la quimera tomaba cuerpo, lo íntimo se volvía público: cuando el espacio se convierte en una guerra, cuando el amor se convierte en odio, algo ve la luz en el mundo, una fuerza de mortalidad pura. Si el amor es lo que debe hacernos inmortales, con el odio sucede lo contrario. Y lo más asombroso es la cantidad de detalles de los que el odio hace acopio para no dejar nada indemne. Mis hijos luchaban para liberarse el uno del otro, pero lo último que podían hacer era dejarse en paz mutuamente. Peleaban por todo, se disputaban la posesión del objeto más trivial, el menor matiz en el tono los enfurecía, y cuando el detalle acababa sacándolos de quicio, se abandonaban a la violencia física pegándose y arañándose; lo que, por supuesto, los devolvía a la furia del detalle, porque la violencia física conlleva los procesos interminables de la justicia y de la ley. La historia de quién le había hecho qué a quién debía contarse, y las cuestiones de culpa

y castigo, dilucidarse, aunque eso nunca dejaba a los niños contentos; en realidad, aquello solo empeoraba las cosas, porque parecía augurar una resolución que nunca llegaba. Cuanto más se especificaban las complejidades de la pelea, mayor y más real se volvía esta. Lo que cada uno quería, más que ninguna otra cosa, era que le dieran la razón y se la quitaran al otro, pero adjudicarle toda la culpa a uno de los dos era imposible. Y al final, continué, acabé dándome cuenta de que la resolución no llegaría, no mientras el propósito fuera el de dilucidar la verdad, pues ya no existía una única verdad. Ya ni siquiera había una verdad compartida. Ahora cada uno veía las cosas exclusivamente desde su perspectiva: lo único que había ya eran puntos de vista.

Mi vecino se quedó callado. En su caso, dijo al rato, sus hijos habían sido un pilar fundamental durante los altibajos de su vida conyugal. Siempre se había tenido por un buen padre: en realidad, tenía la impresión de que había sido más capaz de amar a sus hijos y de recibir el amor que ellos le daban, que de amar a las madres respectivas. En una ocasión, sin embargo, tras el fracaso de su primer matrimonio, cuando él se sentía terriblemente preocupado por el efecto que el divorcio estaba teniendo en los niños, su madre le dijo que la vida familiar era agridulce hicieras lo que hicieras. Si no era el divorcio, sería otra cosa, le dijo. La infancia perfecta no existía, aunque la gente haría lo que hiciera falta para convencerte de lo contrario. La vida sin dolor no existía. Y por lo que al divorcio respectaba, ya podías llevar una vida de santo, que experimentarías las mismas pérdidas, por mucho que trataras de justificarlas. Si pienso que nunca volveré a ver al niño que eras a los seis años, le había dicho su madre, me dan ganas de llorar… Lo daría todo para volver a verte con seis años una vez más. Pero todo acaba desmoronándose, por mucho que trates de evitarlo. Y si algo regresa, hay que estar agradecido. Conque mi vecino ha tratado de estar agradecido hasta por ese hijo suyo que tan estrepitosamente ha fracasado en la tarea de sobrevivir en el mundo. Su hijo, como tantas otras personas vulnerables, se había obsesionado con los animales, y por ceder a sus ruegos incesantes de rescatar o recoger a tal o cual criatura, mi vecino de vuelo se había buscado tantos dolores de cabeza que ya había perdido la cuenta. Perros, gatos, erizos, pájaros, hasta un corderito al que un zorro había dejado

medio muerto y al que mi vecino de vuelo había estado dándole leche con una cucharita durante una noche entera. Durante su vigilia, continuó, había deseado que el corderito sobreviviera, y no por el animalito, precisamente, sino porque aquello habría validado ese camino solitario que había tomado en relación a su hijo, el de tratarlo con una sensibilidad y una complacencia extremas. La supervivencia del corderito habría constituido una especie de visto bueno —aunque solo fuera del universo— a la decisión de mi vecino de vuelo de contravenir explícitamente los deseos de la madre del chico, quien lo habría abandonado en un hospital psiquiátrico. Pero a la mañana siguiente, claro está, era mi vecino de vuelo quien se encargaba de enterrar al bicho mientras Takis dormía; y ese no había sido sino uno de tantos incidentes tras los que se había sentido estúpido por su decisión de tratar al niño sin recurrir a la crueldad. Es como si el universo, continuó, favoreciera a personas como su exmujer, que reniegan de todo aquello que las hace quedar mal; aunque en las novelas, por supuesto, las desgracias nunca dejan de perseguirlas. Los problemas a los que debía hacer frente ahora se remontaban a una noche de la semana anterior, durante la que el acompañante de su hijo se había encerrado para trabajar en su tesis y Takis se había escapado bajo el manto de la noche, convencido de que tenía que tratar de liberar a varios animales que vivían encerrados en la isla, incluidos los de una rarísima colección de animales salvajes que era la niña de los ojos de un empresario del lugar; ahora había varios animales exóticos —avestruces, llamas, tapires y hasta una manada de ponis grandes como perros— campando a sus anchas por la isla. Su dueño era un recién llegado al que el abolengo de la familia de mi vecino de vuelo no le imponía demasiado respeto, y los daños que habían sufrido su propiedad y sus animales lo habían enfurecido: a sus ojos, Takis era un vándalo, un criminal, y no había gran cosa que mi vecino de vuelo pudiera decir o hacer para defenderlo. El único juicio al que tus hijos pueden sustraerse es el tuyo, dijo, eso es algo que descubres enseguida. Si al mundo no les parecen satisfactorios, te los devuelve, y a ti te toca quedártelos. Aunque, continuó, eso era algo que siempre había sabido, creía él, porque su hermano, el deficiente mental, que ahora tendría setenta y pocos, nunca se había movido del lugar donde había nacido.

Mi vecino de vuelo me preguntó si me gustaría nadar un poco más antes de volver a tierra firme, y yo, sin perder los dos barcos de vista esta vez, me quedé cerca de la cala, donde el llanto del bebé resonaba entre las rocas. El padre caminaba por la cubierta, de un lado para el otro, con el cuerpecito de la criatura pegado al hombro, y la madre se abanicaba con un libro mientras los tres niños permanecían sentados a sus pies con las piernas cruzadas. Del barco colgaban unas telas y colgaduras claras para dar sombra, y de vez en cuando la brisa las hacía ondear, adentro y afuera, ocultando brevemente al grupo y volviendo a dejarlo al descubierto. Advertí que nadie se movía de su puesto a la espera de que el bebé dejara de llorar, de que ese momento los liberara y el mundo volviera a ponerse en marcha. Mi vecino había echado a nadar hacia el otro lado de la cala abriendo un surco breve y recto y había regresado de inmediato, y lo observé mientras subía de vuelta al barco por la pequeña escala. Se movía a lo lejos por la cubierta con un ligero bamboleo, secándose la rolliza espalda con una toalla. A unos metros de mí, un cormorán negro posado inmóvil en una roca contemplaba el mar. El bebé dejó de llorar y la familia empezó a moverse de inmediato, cambiando de posición en ese reducido espacio igual que las pequeñas figuritas de cuerda que giran en un joyero; el padre se inclinó para meter al bebé en el cochecito, la madre se puso en pie y se volvió, y los dos niños y la niña estiraron las piernas y se cogieron de las manos formando un molinete, con el cuerpo brillando y reluciendo al sol. De repente me entró miedo, me sentí sola en el agua y regresé al barco, donde mi vecino estaba guardando cosas y abriendo los compartimentos, preparándose para levar el ancla. Me propuso que me tumbara en el banco, estaría cansada, probablemente, y que tratara de dormir mientras él navegaba hasta la costa. Me dio una especie de chal para que me tapara, y yo me lo subí hasta la cabeza para ocultar de la vista el cielo y el mar y el agua que bailaba; y esta vez, cuando el barco, de un brinco, aceleró entre el ensordecedor ruido del motor, la sensación me pareció reconfortante y me descubrí conciliando un sueño ligero. Abría los ojos de vez en cuando, veía esa tela extraña delante de mí y después volvía a cerrarlos; y al sentir mi cuerpo que, a ciegas, avanzaba transportado por el espacio, tuve la impresión de que todo en mi vida se había atomizado, todos sus

elementos se habían separado como si una explosión los hubiera hecho saltar por los aires alejándolos del núcleo en distintas direcciones. Me acordé de mis hijos y me pregunté dónde estarían en aquellos momentos. La imagen de la familia en el barco, el reluciente círculo giratorio del joyero, mecánica y precisamente dispuesto cual constelación y, sin embargo, tan grácil y correcto, daba vueltas al fondo de mis ojos. Me asaltó el recuerdo, extraordinariamente nítido, de cuando, de niña, iba medio dormida en el asiento trasero del coche de mis padres, acostada durante el interminable y tortuoso viaje de vuelta a casa desde la playa, adonde, en verano, solíamos ir a pasar el día. Como no existía una vía directa entre esos dos lugares, sino tan solo una laberíntica red de carreteras secundarias que, sobre el mapa, recordaban a las enmarañadas ilustraciones de venas y capilares en un libro de texto, no importaba demasiado qué camino tomaras siempre que, en líneas generales, fueras en la dirección correcta. Con todo, mi padre tenía una ruta preferida, la que le parecía un poquito más directa que las demás, y, por tanto, siempre cogíamos el mismo camino, cruzando y volviendo a cruzar las carreteras alternativas y dejando atrás indicaciones a lugares que, o ya habíamos dejado atrás o nunca llegaríamos a ver, pues la idea del viaje de mi padre había acabado erigiéndose, con el tiempo, en una realidad insalvable, tanto que pasar por esos pueblos desconocidos habría parecido un error, aunque, en realidad, no habría cambiado las cosas en absoluto. Los niños nos acostábamos en el asiento trasero, somnolientos y mareados con el vaivén, y a veces yo abría los ojos y veía el paisaje veraniego colándose por las ventanillas polvorientas, tan rico y maduro en esa época del año que parecía imposible que pudiera acabar derrotado, convertido en invierno.

El barco empezó a aminorar su vertiginosa marcha y el ruido del motor se fue apagando. Cuando me incorporé, mi vecino de vuelo me preguntó, muy cortés, si había logrado desconectar un rato. Nos acercábamos al puerto deportivo, con sus barcos blancos recortándose chillones contra el fondo azul y, a lo lejos, ese paisaje marrón de la carretera que palpitaba de calor, y todo parecía moverse incesantemente arriba y abajo al sol, aunque, en realidad, el movimiento era nuestro. Si tenía hambre, me dijo mi vecino de vuelo, allí mismo conocía un restaurante donde tenían *souvlaki*.

¿Había probado el *souvlaki*? Era un plato muy sencillo, pero podía ser muy bueno. Si tenía paciencia mientras él amarraba el barco y se encargaba de los trámites de rigor, comeríamos enseguida y después me llevaría en coche de vuelta a Atenas.

5

Por la noche iba a reunirme con Paniotis, un viejo amigo, en un restaurante del centro de la ciudad. Me llamó para indicarme cómo llegar y también para decirme que era probable que otra persona —una novelista que tal vez me sonara— nos acompañara. Le había insistido mucho; mi amigo esperaba que no fuera a importarme. No era alguien a quien le interesara ofender: llevo demasiado tiempo en Atenas, me dijo. Me describió la ruta minuciosamente, dos veces. Estaba atrapado en una reunión, me dijo, de lo contrario habría pasado a buscarme. No le hacía gracia que tuviera que encontrar el camino yo sola, pero confiaba en haber sido lo bastante claro. Si contaba los semáforos como él me había dicho, girando a mano derecha entre el sexto y el séptimo, no tenía pérdida.

Por la noche, ya sin el sol en lo alto, el aire adquirió una suerte de viscosidad en la que el tiempo parecía inmóvil, y el laberinto de la ciudad, que la luz y la sombra ya no bisecaban y las brisas de la tarde no movían, estaba como detenido en una atmósfera de palidez y grosor extraordinarios. Llegado un momento dado, oscurecía, pero, por lo demás, las noches carecían, eso era muy curioso, de sentido de progresión: no eran más frescas ni más silenciosas ni menos concurridas que el día; el estruendo de risas y conversaciones llegaba incontrolado desde las deslumbrantes terrazas de los restaurantes, el tráfico era un atestado río de luces desbordante de bocinazos, los niños pequeños iban en bici por las aceras bajo los faroles color bilis. A pesar de la oscuridad, el día era eterno: las palomas seguían entregadas a sus escaramuzas bajo la luz de neón de las plazas, los quioscos seguían abiertos en las

esquinas y el olor a masa seguía impregnando el exánime aire que flotaba alrededor de las panaderías. En el restaurante de Paniotis, un hombre gordo, vestido con un grueso traje de *tweed* y sentado a una mesa en una esquina, cortaba con mucha delicadeza una tajada de pomelo rosa en trocitos pequeños con el cuchillo y el tenedor y se los llevaba cuidadosamente a la boca. Esperé paseando la mirada por el local revestido de madera oscura con aplicaciones de espejo biselado, donde los reflejos del mar de mesas y sillas vacías se multiplicaban. No era un restaurante de moda, admitió Paniotis al llegar; Angeliki, que tenía intención de acompañarnos dentro de unos instantes, iba a molestarse, sin duda, pero allí se podía hablar, al menos, y tener la certeza de no encontrarse a ningún conocido que pudiera interrumpirte. Era muy probable que yo no compartiera su opinión —confiaba de verdad en que no lo hiciera —, pero a él ya no le interesaba la vida social; en realidad, la gente le parecía cada vez más absolutamente desconcertante. Las personas interesantes eran como las islas, me dijo: no te las encontrabas por la calle o en una fiesta, tenías que saber dónde estaban y concertar una cita con ellas.

Paniotis me pidió que me levantara para poder abrazarme, y cuando, desde el otro lado de la mesa, me incorporé para acercarme, me miró a los ojos con mucha atención. Había tratado de acordarse, me dijo, de cuánto tiempo había pasado desde nuestro último encuentro… ¿lo sabía yo? Debía de hacer más de tres años, respondí, y él asintió con la cabeza mientras yo hablaba. Habíamos almorzado en un restaurante en Earls Court, ese día hacía calor, para lo que acostumbra en Inglaterra, y, no sé por qué, mis hijos y mi marido también habían comido con nosotros. Íbamos de camino a algún otro lado: habíamos hecho un alto para encontrarnos con Paniotis, que estaba en Londres para la feria del libro. Salí de esa comida, me dijo él, con la sensación de que mi vida había sido un fracaso. Parecías tan feliz con tu familia, tan completa, era una imagen de cómo debían ser las cosas.

Cuando nos abrazamos, su cuerpo me pareció extremadamente ligero y frágil. Paniotis vestía una camisa de color lila muy gastada y unos tejanos que le colgaban y le hacían bolsas. Dio unos pasos atrás y me miró atentamente otra vez. El rostro de Paniotis tiene algo caricaturesco: todo en él es exagerado, las mejillas

descarnadas, la frente altísima, las cejas estrujadas como signos de exclamación, el pelo volando en todas las direcciones; uno tiene la impresión de estar viendo una ilustración de Paniotis en vez de a Paniotis mismo. Hasta cuando está relajado, la expresión de su cara es la de alguien a quien acaban de contarle algo extraordinario o que ha abierto una puerta y, al ver qué ocultaba, se ha llevado una sorpresa. Sus ojos, enmarcados por ese rictus, son extraordinariamente móviles y cambiantes, y a menudo dan la impresión de estar a punto de salírsele de las órbitas, como si un buen día, asombradísimos por lo que han visto, pudieran saltar disparados de la cara.

Y ahora, continuó él, noto que algo ha pasado, y lo cierto es que no lo habría dicho nunca. No lo entiendo en absoluto. Ese día, continuó, en el restaurante, te hice una fotografía con tu familia, ¿te acuerdas? Sí, contesté yo, me acordaba. Le dije que esperaba que no fuera a enseñármela, y su rostro se ensombreció. Si no quieres, no, me dijo él. Pero la he traído, por supuesto; la tengo aquí, en el maletín. Le respondí que esa fotografía suya era, de hecho, el recuerdo más vivo que tenía de ese día. Recordaba que me había parecido un comportamiento inusual o, al menos, una cosa que a mí nunca se me habría ocurrido hacer. Ese comportamiento había establecido algunas diferencias entre él y yo: él observaba algo mientras que yo, evidentemente, estaba del todo absorta siendo ese algo. Había sido uno de esos momentos, dije, que, al volver la vista atrás, habían acabado por parecerme proféticos. Y absorta como estaba, no había reparado en que Paniotis había abandonado nuestro encuentro con la sensación de que su vida había sido un fracaso, igual que la montaña no repara en el escalador que pierde pie y se precipita por uno de sus barrancos. Algunas veces, continué, me parece que la vida es una serie de castigos por esos momentos de inconsciencia, que el destino de uno se labra con aquello en lo que no nos fijamos o de lo que no nos apiadamos; que lo que ignoras o no te molestas en comprender se convertirá, precisamente, en aquello que no te quedará más remedio que conocer. Mientras yo hablaba, Paniotis parecía cada vez más horrorizado. Es una idea terrible, eso solo se le podría haber ocurrido a un católico, me dijo. Aunque no puedo decir que no haya algunas personas a quienes me gustaría ver castigadas con tan

deliciosa crueldad. Pero esas, sin embargo, son las que logran pasar la vida entera sin que el sufrimiento llegue a iluminarlas. Ya se encargan ellas de que eso no suceda, añadió mientras cogía la carta y, con un dedo levantado, se volvía hacia el camarero, un tipo inmenso de barba gris ataviado con un largo delantal blanco que, hasta entonces, había permanecido tan inmóvil, atrincherado en la esquina de esa sala casi vacía, que ni lo había visto. Se acercó y se plantó delante de la mesa con sus brazos fornidos cruzados sobre el pecho, asintiendo con la cabeza mientras Paniotis le hablaba muy deprisa.

Ese día, en Londres, continuó Paniotis volviéndose para mirarme, me di cuenta de que la editorial con la que tanto había soñado estaba destinada a seguir siendo eso, un sueño, y al comprenderlo no me sentí tan decepcionado por la situación como asombrado por el sueño mismo. Me parecía increíble que a los cincuenta y uno todavía fuera capaz de albergar, en toda mi inocencia, una esperanza tan completamente irrealizable. La capacidad humana de autoengaño es, en apariencia, infinita… y de ser eso cierto, ¿cómo podemos saber, si no sumiéndonos en un estado de pesimismo absoluto, que no volvemos a engañarnos de nuevo? Yo pensaba que, después de haber vivido toda la vida en este trágico país, ya no habría nada sobre lo que pudiera engañarme, pero como con tanta tristeza acabas de señalar, es justamente aquello que no vemos, aquello que no sabemos valorar, lo que nos engaña. ¿Y cómo vamos a saber que no valoramos algo como se merece sin haberlo perdido antes?

El camarero apareció a nuestro lado cargado con varios platos, y Paniotis se calló con un gesto teatral de desolación, echándose para atrás para que el camarero pudiera dejar las cosas en la mesa. Había una jarra de un vino color amarillo pálido, un plato con unas olivas verdes con rabo que parecían amargas pero tenían un sabor suave y delicioso, y una bandeja de mejillones en su concha negra, delicadísimos. Para reponer fuerzas antes de la llegada de Angeliki, dijo Paniotis. Ya verás que Angeliki se ha vuelto muy importante desde que a una de sus novelas le dieron no sé qué premio en Europa; ahora la consideran —o se considera ella misma— una celebridad de las letras.

Con sus sufrimientos —fueran los que fuesen— ya cosa del

pasado, Angeliki se ha erigido en una especie de portavoz de las mujeres que sufren en general, y no solo en Grecia, sino también en otros países que se han interesado por su obra. Donde le pidan que vaya, allí va ella. La novela en cuestión, continuó Paniotis, trata de una pintora cuya vida artística va quedando gradualmente ahogada por sus circunstancias domésticas: su marido es diplomático, y como la familia siempre se ve obligada a dejar su hogar trasladándose a un nuevo destino, la pintora acaba creyendo que su trabajo es algo meramente decorativo, un pasatiempo, mientras que el de su marido es el importante, algo que no solo cree él, sino el mundo entero, un trabajo que incide en la historia en vez de limitarse a comentarla, y cuando los dos trabajos entran en conflicto —lo que, siendo esta una novela de Angeliki, pasa muy a menudo—, las necesidades de él se imponen a las de ella, cuya obra empieza a volverse mecánica, falsa; le falta pasión, aunque la necesidad imperiosa que siente la pintora por expresarse no la abandona. En Berlín, donde está viviendo la familia, conoce a un joven, un pintor que reaviva su pasión por la pintura y por todo lo demás… pero ahora el problema es que se siente demasiado vieja para ese joven, y también se siente tremendamente culpable, sobre todo por sus hijos, que notan que algo va mal y empiezan a preocuparse. Y, sobre todo, está enfadada con su marido por haberla puesto en esa situación, por haberle arrebatado la pasión, en primer lugar, y haberla hecho completamente responsable de las consecuencias. Y el joven sigue haciendo que se sienta vieja, con sus fiestas que duran hasta el día siguiente y sus drogas recreativas y su asombro ante las marcas que la experiencia ha dejado en el cuerpo de la mujer. Ella no tiene a nadie con quien hablar, nadie a quien pueda contarle nada; vaya lugar más solitario, añade Paniotis con una sonrisita. El título es ese, por cierto: *Un lugar solitario*. Mi discusión con Angeliki, continúa él, responde a la sustitución de la pintura por la escritura, como si las dos fueran intercambiables. El libro trata de la vida de Angeliki, evidentemente, pero ella no tiene la menor idea de lo que es pintar. Según mi experiencia, los pintores son mucho menos convencionales que los escritores. Los escritores necesitan ocultarse en una vida burguesa como las garrapatas necesitan esconderse en el pelo de un animal: cuanto más adentro, mejor. No me creo a su pintora, añade Paniotis, en su

modernísima cocina alemana, preparando la comida que sus hijos se tienen que llevar mientas fantasea con acostarse con un joven andrógino y musculado de chaqueta de cuero.

Le pregunté a Paniotis qué había sido lo que, durante su estancia en Londres, le había hecho perder la fe en su editorial, que entonces acababa de poner en marcha y que, en efecto —me habían llegado noticias—, al poco fue adquirida por un gran grupo, con lo que Paniotis, en vez de director de su propia empresa, era ahora un editor del grupo. Mi reverencia por todo lo inglés, contestó tras un silencio mientras sus ojos apesadumbrados bailaban en sus cuencas entre lágrimas, no fue correspondida. Por aquel entonces la situación del país ya empezaba a ponerse difícil, continuó, aunque nadie llegó a imaginar cuánto empeoraría. La editorial iba a consagrarse a la traducción y la publicación de autores en lengua inglesa desconocidos en Grecia, escritores que las editoriales comerciales jamás tocarían, pero cuya obra Paniotis admiraba profundamente y estaba decidido a hacer llegar a sus compatriotas. Llegó un momento, sin embargo, en el que no pudo pagar los anticipos de los autores, muchos de cuyos libros había traducido él mismo para reducir gastos. En Londres se había visto vilipendiado, incluso por esos mismos escritores, por no haber pagado un dinero que los libros, en sentido estricto, aún no le habían reportado; todos lo habían tratado con el mayor de los desprecios, lo habían amenazado con emprender acciones legales, y lo peor de todo había sido quedarse con la impresión de que esos escritores a los que tenía en un altar como los artistas de nuestro tiempo eran, en realidad, personas frías y carentes de toda empatía, obsesionadas con la autopromoción y, sobre todo, con el dinero. Les había dejado bastante claro que si se veía obligado a pagar, su editorial fracasaría antes incluso de haber dado sus primeros pasos, y eso fue precisamente lo que sucedió. A esos mismos escritores los rechaza ahora regularmente la empresa para la que él trabaja, cuyo único interés es el de sacar superventas. Y así aprendí, continuó Paniotis, que mejorar las cosas es imposible y que la gente buena tiene tanta culpa como la mala, y que progresar tal vez no sea sino una mera fantasía personal, tan solitaria, en cierto modo, como ese lugar solitario de Angeliki. Estamos todos enganchados, dijo sacando un mejillón de su concha con dedos temblorosos y metiéndoselo en la

boca, enganchados a la historia del progreso, tanto que se ha apropiado de nuestro más profundo sentido de la realidad. La historia esta ha llegado a infectar la novela, aunque tal vez la novela, a su vez, nos esté infectando a nosotros para que esperemos de nuestra vida lo que hemos acabado esperando de nuestros libros; pero este aspecto de la vida como progreso es algo que ya no quiero.

Su matrimonio, eso lo veía ahora, siempre se había guiado por el principio de progreso a la hora de adquirir viviendas, posesiones o coches, en la búsqueda de un estatus social más alto, de más viajes o de un círculo de amistades más amplio. Incluso la producción de hijos parecía una parada más en ese viaje desquiciado; e, inevitablemente, eso lo entendía ahora, en cuanto ya no hubo más cosas que sumar o que mejorar, más metas que lograr o etapas que superar, el viaje pareció haber llegado a su fin, y su mujer y él se vieron acosados por una inmensa sensación de futilidad y por algún achaque, que, en realidad, no era más que la sensación de quietud después de un movimiento excesivo —como la que sienten los marineros cuando, tras una travesía demasiado larga, ponen pie en tierra firme—, pero que para ellos dos supuso el fin del amor. Ojalá hubiéramos tenido el sentido común, dijo Paniotis, de hacer las paces, de partir de la idea sincera de que éramos dos personas que ya no estaban enamoradas pero que, sin embargo, no se deseaban ningún mal; en fin, añadió con las lágrimas a punto de saltársele otra vez, si las cosas hubieran ido así, creo que podríamos haber aprendido a querernos, el uno al otro y cada uno a sí mismo. Pero lo que hicimos fue ver en la situación otra oportunidad para progresar, volvíamos a ver el camino desplegarse ante nuestros ojos, solo que esta vez era un camino que discurría entre la guerra y la destrucción, y en el que demostramos tantas energías y tantas aptitudes como siempre.

Últimamente llevo una vida muy sencilla, dijo Paniotis. Por la mañana, al alba, cojo el coche y voy a un sitio que conozco, a unos veinte minutos de Atenas, me zambullo en el mar, cruzo la bahía nadando y luego regreso. Por la noche, me siento en el balcón a escribir. Cerró los ojos brevemente y sonrió. Le pregunté qué estaba escribiendo y su sonrisa se ensanchó. Estoy escribiendo sobre mi infancia. De niño fui muy feliz, continuó, y, no hace mucho, me di

cuenta de que no había nada que me apeteciera tanto como recordar esos años pedazo a pedazo, con tanto detalle como fuera posible. Ese mundo en cuyo seno había existido la felicidad ha desaparecido por completo, no solo de mi vida, sino de Grecia en su totalidad, pues Grecia, lo sepa o no, es un país que vive de rodillas, sumido en una muerte lenta y agónica. En mi caso, a veces me pregunto si no sería precisamente la felicidad de mi niñez lo que me ha obligado a aprender a sufrir. He sido excepcionalmente lento en comprender de dónde viene el dolor y cómo. He tardado muchísimo en aprender a evitarlo. El otro día, continuó Paniotis, leí en el periódico la historia de un chico con un trastorno mental muy curioso que lo obliga a buscar el riesgo físico y, después, a lesionarse en cuanto tiene ocasión. Siempre anda metiendo la mano en el fuego, saltando muros y trepando a los árboles para caerse; se ha roto prácticamente todos los huesos del cuerpo y está cubierto de cortes y moratones, claro está, y el periodista les preguntaba a sus pobres padres qué opinaban de la situación. El problema, le dijeron, es que no tiene miedo. Pero a mí me parece que la realidad es exactamente la contraria: el chico tiene demasiado miedo, tanto que se ve empujado a llevar a la práctica aquello que teme, por si llegara a sucederle espontáneamente. Creo que si de niño yo hubiera sabido hasta dónde puede llegar el dolor, tal vez habría tenido la misma reacción. Recordarás a Elpénor, de la *Odisea*, ese miembro de la tripulación de Ulises que se cae del tejado del palacio de Circe porque, de tan contento que está, se olvida de que tiene que bajar por una escalera. Cuando más tarde Ulises se lo encuentra en el Hades, le pregunta por qué diantres ha muerto de una manera tan tonta. Paniotis sonrió. Siempre me ha parecido un detalle encantador, dijo.

Una mujer que, con seguridad, tenía que ser Angeliki —pues no había otras mesas ocupadas y en todo ese rato en el restaurante no había entrado nadie— había aparecido en el local e interrogaba al camarero con mucha vehemencia; siguió una conversación de duración inexplicable en cuyo transcurso los dos salieron fuera y volvieron a entrar enseguida para retomarla con una vehemencia todavía mayor mientras la melena morena y bien cortada de la mujer ondeaba con los rápidos movimientos de su cabeza, y su precioso vestido gris —hecho de una seda finísima— se movía

mientras ella descargaba su peso ahora en un pie, ahora en el otro, impaciente como un poni que piafa. Llevaba unas llamativas sandalias de cuero plateado y tacón alto y un bolso a conjunto, y habría sido la viva estampa de la elegancia si, cuando se volvió a mirar en la dirección que señalaba el brazo del camarero —y cuando, al final, hubo visto nuestra mesa—, no hubiera puesto una cara tan extraordinariamente preocupada que cualquiera que la hubiera mirado habría hecho suya su preocupación. Como Paniotis había anunciado, a Angeliki le había disgustado muchísimo el restaurante que había elegido; ella solo había entrado, nos dijo, para que le indicaran cómo llegar al restaurante que había escogido Paniotis, sin darse cuenta de que era ese mismo, y el camarero había tenido que sacarla a la calle y enseñarle el letrero para convencerla; e incluso entonces, ella no había desistido de la idea de que por ahí debía de haber un restaurante del mismo nombre un poco más presentable. Pero si lo he escogido especialmente para ti, le dijo Paniotis con los ojos saliéndosele de las órbitas. El chef es de tu ciudad, Angeliki; en la carta están todos tus platos preferidos de los Balcanes. Discúlpalo, te lo ruego, me dijo Angeliki apoyando en mi brazo una mano de manicura perfecta. Después, hablando muy deprisa, la emprendió con Paniotis en griego, diatriba que acabó cuando él se excusó, se levantó de la mesa y desapareció hacia los servicios.

Siento mucho no haber podido llegar antes, continuó Angeliki con voz entrecortada. Tenía que asistir a una recepción primero y después pasar por casa para acostar a mi hijo; últimamente, con la gira de mi libro, no lo veo mucho. Una gira por Polonia, añadió antes de que yo pudiera preguntar, por Varsovia, sobre todo, aunque también he visitado otras ciudades. Me preguntó si había estado en Polonia, y cuando le dije que no movió la cabeza un poco apesadumbrada. Las editoriales del país no pueden permitirse invitar a muchos escritores, me dijo, y es una lástima, porque en esos países a los escritores los necesitan, no como aquí. En el transcurso del año pasado he visitado muchos países por primera vez, o por primera vez por méritos propios, pero la gira de Polonia ha sido la que más me ha afectado, porque me ha hecho ver mis libros no como un mero pasatiempo de clase media, sino como algo vital, como una tabla de salvación, en muchos casos, para personas

—sobre todo mujeres, admitámoslo— que se sienten muy solas en su vida diaria.

Angeliki cogió la jarra y, melancólicamente, se sirvió dos dedos de vino antes de llenar mi copa casi hasta arriba.

—Mi marido es diplomático —dijo Angeliki—, así que hemos viajado mucho por su trabajo, evidentemente. Pero viajar por el mío, viajar de forma independiente, se me hace algo completamente distinto. Debo confesar que a veces siento miedo, incluso en lugares que conozco bien. Y en Polonia pasé muchos nervios, porque allí había muy pocas cosas —idioma incluido— que reconociera. Pero, al principio, parte de ese miedo se debió a mi falta de costumbre de estar sola. Por ejemplo —continuó—, nosotros vivimos seis años en Berlín, pero incluso ir allí por mi cuenta, como escritora, me pareció algo extraño. En parte, tal vez, porque estaba viendo un aspecto nuevo de la ciudad —la cultura literaria, a la que antes era completamente ajena—, y en parte porque estar allí sin mi marido hizo que sintiera, de un modo totalmente nuevo, aquello que de verdad soy.

Le contesté que dudaba de que, en el matrimonio, fuera posible saber qué eres de verdad o incluso separar lo que eres de aquello en lo que te has convertido por la otra persona. La idea del yo «auténtico» podía ser engañosa: podías creer, en otras palabras, que tu interior albergaba un yo autónomo e independiente, pero era posible que, en realidad, ese yo no existiera. Mi madre confesó una vez, continué, que siempre se moría de ganas de que saliéramos de casa y nos fuéramos al colegio, pero que en cuanto nos habíamos ido no se le ocurría qué hacer y quería que volviéramos. E incluso ahora que sus hijos ya éramos adultos, todavía ponía fin a nuestras visitas con mucha vehemencia y nos despachaba a todos de vuelta a nuestra casa como si, de quedarnos allí, fuera a pasarnos algo terrible. Sin embargo, yo estaba convencida de que, después de que nos hubiéramos marchado, ella experimentaba el mismo vacío, y me preguntaba qué andaría buscando y por qué se habría librado de nosotros para buscarlo. Angeliki se puso a rebuscar en su elegante bolso plateado y sacó un cuaderno y un lápiz.

—Discúlpame —dijo—. Esto tengo que anotarlo. —Se quedó escribiendo un momento y después miró hacia arriba y dijo—: ¿Podrías repetir la segunda parte?

Me fijé en que tenía un cuaderno muy cuidado, como el resto de su aspecto, de páginas pulcramente escritas en líneas rectas. Su lápiz también era de plata, con una mina retráctil que, enroscando con firmeza, volvió a guardar.

Cuando hubo terminado, añadió:

—Debo admitir que quedé muy sorprendida por la respuesta a mi obra en Polonia, sorprendidísima, la verdad. Bueno, supongo que las polacas están muy politizadas: un noventa por ciento de mi público eran mujeres —dijo—, y se hacían oír. Claro que las griegas también se hacen oír, por supuesto…

—Pero visten mejor —terció Paniotis, que ya estaba de vuelta en la mesa. Para mi sorpresa, Angeliki se tomó la interrupción en serio.

—Sí —contestó Angeliki—, a las griegas les gusta ponerse guapas. Pero en Polonia eso me pareció un inconveniente. Las polacas son muy pálidas y muy serias, de cara ancha, plana y fría, aunque la piel suelen tenerla mal, supongo que por el clima y la dieta, que es terrible. Y los dientes —añadió con una mueca— no los tienen nada bien. Pero les envidié su seriedad, como si nada las distrajera, como si la realidad de su vida no las distrajera nunca. En Varsovia pasé mucho tiempo con una periodista —continuó—, una persona de mi edad, también madre, tan delgada y tan plana que costaba creer que fuera una mujer. Tenía una melena lisa y castaña que le llegaba a la espalda y la cara blanca y huesuda como un glaciar, y llevaba unos tejanos de obrero muy anchos y zapatones, y era transparente, afilada y bella como un carámbano. Su marido y ella hacían turnos estrictos de seis meses: uno trabajaba mientras el otro cuidaba de los niños. Aunque a veces se quejaba, hasta la fecha él había aceptado el trato. Pero la periodista me confesó, muy orgullosa, que cuando tenía que viajar por trabajo, algo que sucedía a menudo, los niños dormían con una fotografía suya debajo de la almohada. Yo me eché a reír —dijo Angeliki— y le dije que estaba segura de que mi hijo preferiría morirse a que lo pillaran durmiendo con una fotografía mía debajo del colchón. Y por la mirada que me echó Olga, me pregunté de repente si hasta nuestros hijos habrían acabado contagiados del cinismo de nuestra política de género.

La cara de Angeliki tenía algo blando, algo nebuloso, incluso, que resultaba atractivo y, a la vez, le confería ese aspecto tan

preocupado. Era como si en esa blandura cualquier cosa pudiera dejar su marca. Tenía los rasgos pequeños y cuidados de una niña, aunque parecía que las preocupaciones le hubieran dejado arrugas en la piel, lo que le daba un aire de inocencia ceñuda, como el de una niña muy mona que no hubiera logrado salirse con la suya.

—Hablando con esa periodista —continuó Angeliki—, que, como ya he comentado, se llamaba Olga, me pregunté si toda mi existencia, incluso mi feminismo, no habría sido una solución de compromiso. Me dio la impresión de que le faltaba seriedad. Hasta mi escritura la habían tratado como una especie de *hobby*. Me pregunté si yo habría tenido la valentía de ser como ella, porque daba la impresión de que en su vida había tan poco placer, tan poca belleza, la fealdad física de esa parte del mundo es asombrosa, que yo no sabía si, en circunstancias similares, habría tenido fuerzas para tomarme molestia alguna. Por eso me sorprendió la cantidad de mujeres que asistían a mis lecturas: ¡era casi como si mi obra fuera más importante para ellas que para mí!

El camarero vino a tomar nota, proceso largo, pues Angeliki, por lo visto, se dedicó a comentar todos los platos de la carta, repasando la lista y haciendo muchas preguntas que el camarero contestaba con seriedad, extendiéndose a veces y sin impacientarse en absoluto. Paniotis, sentado al lado de Angeliki, entornaba los ojos y les ponía algún que otro reparo, lo que solo conseguía alargar todavía más la cosa. Por fin terminaron y el camarero se alejó con ademán lento y pesado, pero Angeliki, tomando aire brevemente y levantando el dedo, volvió a requerirlo con lo que parecía ser una idea de último momento. El médico le había mandado una dieta especial, me dijo después de que el camarero se marchara por segunda vez y desapareciera tras las puertas de listones de caoba del fondo del restaurante, porque al regresar a Grecia desde Berlín se había puesto enferma. La habían asaltado una letargia y —no tenía reparos en admitirlo— una tristeza absolutamente extraordinarias, fruto, suponía ella, del cansancio acumulado, tanto físico como emocional, tras tantos años en el extranjero, y había tenido que guardar cama seis meses, considerablemente impedida; meses durante los cuales había descubierto, continuó, que su marido y su hijo se las apañaban sin ella mucho mejor de lo que habría imaginado, así que cuando volvió a levantarse y a retomar su

vida normal, se encontró con que el papel que desempeñaba en el hogar se había reducido. Su marido y su hijo se habían acostumbrado a encargarse de buena parte de lo que había sido su trabajo en la casa —o a dejarlo sin hacer— y, de hecho, habían instaurado nuevas costumbres, muchas de las cuales a ella le desagradaban; pero en ese momento vio que le estaban dando a escoger, y que si quería escapar de su antigua identidad, esa era su oportunidad. Para algunas mujeres, continuó, aquella sería la materialización de su mayor temor, descubrir que ya no las necesitaban, pero en ella había tenido el efecto contrario. Descubrió, también, que la enfermedad le había permitido ver la vida y a las personas que la habitaban con mayor objetividad. Se había dado cuenta de que no estaba tan ligada a ellas como pensaba, sobre todo a su hijo, por quien siempre, desde su nacimiento, había sentido una preocupación inmensa al considerarlo excepcionalmente sensible y vulnerable, tanto que —ahora lo veía claro— era incapaz de dejarlo tranquilo un solo minuto. De vuelta al mundo después de su enfermedad, su hijo le había parecido, si no un desconocido, sí menos dolorosamente unido a ella en cada fibra de su ser que antes. Aún lo quería, por supuesto, pero ni su hijo ni su vida le parecían ya algo que tuviera que llevar a la perfección.

—Para muchas mujeres —continuó Angeliki—, tener hijos es su principal experiencia creativa y, con todo, ese hijo no va a quedarse para siempre como un objeto creado; eso a menos que el sacrificio de la madre sea absoluto, definición que nunca podría haberse aplicado a mi sacrificio y que tampoco debería aplicarse al de ninguna mujer de hoy en día. Mi madre vivió a través de mí de una manera absolutamente acrítica —dijo—, y por eso yo llegué a la edad adulta sin preparación para la vida, porque nadie me concedía la importancia que me concedía ella, la atención a la que yo estaba acostumbrada. Y un buen día conoces a un hombre a quien le pareces lo suficientemente importante como para casarse contigo, y aceptar te parece lo más adecuado. Pero es al tener a tu bebé cuando la sensación de ser importante regresa de verdad —añadió ella con una pasión cada vez mayor—, hasta que un día descubres que, a fin de cuentas, todo eso, la casa, el marido, el niño, no tiene ninguna importancia, que, en realidad, pasa justo lo contrario:

¡estás esclavizada, borrada! —Con la cara levantada, apoyando las palmas de las manos entre los cubiertos, Angeliki hizo una pausa dramática—. Lo único que te queda —añadió en voz más baja— es otorgarles mentalmente a tu marido y a tu hijo una importancia tal que tu ego pueda alimentarse de ella. Pero, como señala Simone de Beauvoir, en realidad esta mujer no es sino un parásito, un parásito de su marido y un parásito de su hijo.

»En Berlín —continúo Angeliki al cabo de un rato—, mi hijo iba a un colegio privado muy caro que nos pagaba la embajada, donde conocimos a muchísima gente rica y con contactos. Las mujeres eran de una clase que yo no había visto en mi vida: casi todas eran profesionales —médicas, abogadas, contables—, y casi todas tenían muchos hijos, cinco o seis. Ellas supervisaban las vidas de todos con una energía y una diligencia extraordinarias y compaginaban su carrera, casi siempre exigente, con la familia, que gestionaban como si de una empresa de éxito se tratara. Y la cosa no quedaba ahí: esas mujeres también iban arregladísimas y elegantísimas. Iban al gimnasio cada día, corrían maratones benéficos, eran delgadas y enjutas de carnes como galgos, y siempre llevaban ropa cara y elegante, aunque su cuerpo, nervudo y musculoso, solía ser extrañamente asexuado. Iban a la iglesia, hacían pasteles para el festival del colegio, presidían el club de debates, organizaban cenas de seis platos, leían las últimas novelas, iban a conciertos y, el fin de semana, jugaban a tenis y a voleibol. Con una sola mujer así ya me habría bastado —continuó Angeliki—, pero en Berlín conocí a montones. Y lo curioso del caso era que nunca lograba recordar sus nombres ni los de sus maridos; en realidad, no recuerdo ni una sola cara, y tampoco de nadie de sus familias, salvo la del hijo de una, un niño que tendría la edad del mío y que, aquejado de una discapacidad terrible, siempre se desplazaba en una especie de carrito motorizado con un reposabarbilla gracias al cual la cabeza del niño —que de otro modo, imagino, le habría caído hacia adelante, sobre el pecho— se mantenía bien derecha.

»No recuerdo que la madre se lamentara jamás de su suerte —continuó Angeliki—: al contrario, era una colaboradora infatigable de las asociaciones benéficas que apoyaban la enfermedad de su hijo, para las que recaudaba fondos, y eso además de atender todas sus otras obligaciones. A veces casi me pregunto si el agotamiento

que sentí al volver de Berlín no sería, en realidad, el agotamiento colectivo de esas mujeres, un agotamiento que ellas, negándose a sentirlo, me habían traspasado. Siempre daban la impresión de estar corriendo: corrían a todos lados, al trabajo y de vuelta a casa, al supermercado, corrían en grupo por el parque —mientras hablaban tan tranquilas, como si estuvieran paradas—, y si un semáforo las detenía, seguían corriendo sin moverse de su sitio con esos enormes zapatos blancos hasta que el semáforo cambiaba y ellas retomaban su carrera. Cuando no corrían, siempre llevaban unos zapatos planos de suela de goma sumamente cómodos y sumamente feos. Los zapatos de esas mujeres eran lo único de ellas que no rezumaba elegancia —añadió Angeliki—, y, con todo, a mí me parecía que eran la clave del misterio de su naturaleza, pues eran zapatos de mujer sin vanidad.

»Yo, por mi parte —continuó Angeliki, extendiendo su plateado pie y sacándolo de debajo de la mesa—, al volver a Grecia me encapriché de los zapatos delicados. Quién sabe si porque entonces empezaba a descubrir las ventajas de la quietud. Y para el personaje de mi novela, los zapatos de ese estilo representan lo prohibido. Son de esas cosas que nunca se pondría. Y además, ver a mujeres con esos zapatos la entristece. Hasta entonces, ella atribuía su sentimiento a la pena que le daban esas mujeres, pero cuando se plantea el asunto con franqueza se da cuenta de que se debe a que se siente excluida del concepto de feminidad que esos zapatos representan, o inhabilitada para su ejercicio, tal vez. Tiene la impresión de no ser mujer en absoluto. Pero si no es mujer, ¿qué es, entonces? La protagonista experimenta una crisis de feminidad que también es una crisis creativa, aunque ella siempre ha tratado de separar esas dos cosas, convencida de que eran mutuamente excluyentes, de que la una descalificaba a la otra. Desde la ventana de su apartamento mira a las mujeres que corren en el parque —corriendo, siempre corriendo— y se pregunta si se dirigirán hacia algo o estarán huyendo. Mirándolas durante el tiempo suficiente, se da cuenta de que solo describen círculos.

Cargado con una inmensa bandeja plateada, el camarero se acercó. Fue cogiendo los platos, uno tras otro, y dejándolos en la mesa. Después de las molestias que se había tomado para pedir la comida, Angeliki se sirvió unas raciones minúsculas con un ceño

fruncido que le dibujaba surcos en la frente mientras hundía la cuchara en la comida. Paniotis me sirvió una selección de platos explicándome qué era cada uno. Dijo que su última visita al restaurante la había hecho la víspera del viaje a América de su hija, cuando también había querido evitar interrupciones de conocidos, demasiado numerosos en Atenas a esas alturas. Mientras compartían la comida se habían acordado de unas vacaciones que habían pasado en la costa norte de Tesalónica, de donde eran muchos de los platos del restaurante. Paniotis levantó la cuchara y le preguntó a Angeliki si no querría un poquito más, pero ella entrecerró los ojos y ladeó la cabeza por toda respuesta, cual santo rechazando pacientemente la tentación. Y tú, me dijo Paniotis, también te has servido muy poco. Le expliqué que había almorzado *souvlaki*. Paniotis hizo una mueca y Angeliki arrugó la nariz.

—El *souvlaki* es muy grasiento —me dijo—. Es, junto con la indolencia, la razón por la que los griegos están tan gordos.

Le pregunté a Paniotis cuánto hacía de su viaje al norte del país con su hija, y me dijo que eso había sido muy poco después de divorciarse de su mujer. En realidad, había sido el primer viaje que había hecho solo con sus hijos. Se acordaba de que en el coche, saliendo de Atenas rumbo a las colinas, no dejaba de echarles miradas a los niños por el espejo retrovisor; sus acciones le parecían tan ilícitas como un secuestro. Esperaba que, en cualquier momento, ellos fueran a descubrir su crimen y a exigir el regreso inmediato a Atenas, junto a su madre, pero se equivocaba: en realidad, no hicieron comentario alguno de la situación, no, al menos, durante las largas horas de un viaje en cuyo transcurso Paniotis tuvo la sensación de estar alejándose cada vez más de todo aquello probado y conocido, de todo lo que le resultaba familiar y, sobre todo, de la seguridad de aquel hogar que había construido con su mujer y que, por supuesto, ya no existía. Y, sin embargo, alejarse geográficamente de esa escena de pérdida le resultaba insoportable, dijo Paniotis, como a esas personas que no soportan abandonar el escenario de la muerte de un ser querido.

—Estaba esperando que los niños me pidieran que volviéramos a casa, pero, en realidad, quien quería volver a casa era yo: en el coche empecé a darme cuenta de que, por lo que a ellos respectaba, ya estaban como en casa, y eso se debía, en buena parte, a que

estaban conmigo.

Llegar a esa conclusión, añadió Paniotis, le provocó un sentimiento de soledad tremendo; y su situación no mejoró con la llegada al hotel donde iban a alojarse haciendo un alto en el camino, un establecimiento horroroso en un pueblo costero que, con un gigantesco conjunto de apartamentos abandonado a medio construir, estaba lleno de grandes montones de arena y cemento, de altas pilas de bloques de hormigón, y también de unas máquinas enormes que parecían haber quedado allí a mitad de obra, excavadoras con las palas levantadas y carretillas elevadoras con palés suspendidos en sus horquillas extendidas, todas petrificadas como monstruos prehistóricos anegados en el lodo, mientras la construcción propiamente dicha, embrión abortado en un remolino de asfalto todavía fresco, se alzaba en toda su espectral locura contemplando el mar con sus ventanas sin cristal. Su hotel estaba lleno de mugre, de mosquitos y de polvo de cemento entre las sábanas, y ver a sus hijos saltando y riendo sobre esas horribles camas metálicas con sus chabacanos cubrecamas de nailon dejó a Paniotis de piedra, pues hasta entonces —a veces a propósito, pero muy a menudo por casualidad— su mujer y él siempre habían llevado a los niños a sitios cómodos y bonitos; a la convicción atroz de que la vida que llevaría a partir de ese momento iba a ser tan desgraciada como afortunada había sido hasta entonces, se sumó una lástima inmensa por sus hijos. Había reservado una sola habitación para los tres, y llegada la hora los acostó, pero él se pasó mucho rato despierto en la cama, encajado entre los dos.

—Esa noche se me hizo la más larga de mi vida —dijo Paniotis —. Y cuando, no sé cómo, por fin llegó la mañana, vimos que hacía mal tiempo, como a veces pasa en esa costa en Semana Santa. Ya llovía mucho, y en la playa a la que daba el hotel hacía tanto viento que del agua se levantaba una espuma que se deshacía en nubes grandes y sombrías como fantasmas cruzando el cielo. Tendríamos que habernos quedado donde estábamos, pero estaba tan decidido a salir de allí que metí a los niños en el coche y me puse en marcha con la lluvia aporreando el techo y sin ver apenas adónde me dirigía. En algunos puntos, la carretera se había convertido en barro, literalmente, y al subir de vuelta hacia las colinas que se alzaban sobre la costa, advertí que el riesgo de que esa carretera

hubiera desaparecido era real. Para colmo, durante la noche los mosquitos se habían cebado con los niños, que estaban llenos de picaduras. Se las habían rascado, además, y, por su aspecto, tal vez pudieran infectarse, así que necesitaba una farmacia. Pero con el drama de la lluvia debí de coger un desvío equivocado, porque en vez de llevarnos a la autopista, la carretera fue haciéndose cada vez más empinada y cada vez más estrecha, y las colinas, cada vez más desiertas, hasta que me di cuenta de que estábamos en una auténtica cordillera, con pendientes altísimas y vertiginosas a lado y lado de la vía e inmensos cúmulos de nubes alrededor de las cimas. Con la tormenta, rebaños de cabras y jabalíes corrían como locos por las laderas cruzando de vez en cuando la carretera justo delante del coche, todos en tropel. Al cabo de un rato, un poco más adelante, un río desbordado había inundado la carretera, y los niños empezaron a gritar mientras el agua entraba por una de las ventanillas que había quedado un poco bajada. Para entonces el cielo estaba ya tan negro que, aun siendo mediodía, parecía que hubiera anochecido; pero de repente, más arriba, entre la lluvia, vi un edificio con luz. Por asombroso que parezca, era un albergue de montaña que quedaba justo al lado de la carretera, y hacia allí enfilamos de inmediato; bajamos del coche de un salto y echamos a correr en dirección a la entrada del edificio de piedra de poca altura cubriéndonos la cabeza con la chaqueta y abriendo la puerta de golpe. Era un lugar bastante agradable, en realidad, y a sus ocupantes nuestra aparición debió de parecerles bastante extraordinaria, con los niños cubiertos de picadas sanguinolentas y los tres desaliñados y calados hasta los huesos. La habitación principal estaba llena de *scouts*, eran al menos treinta niñas, todas con un uniforme compuesto de falda y blusa azul marino, gorrito azul marino y una pañoleta amarilla. Estaban cantando al unísono una canción en francés, y una o dos acompañaban la melodía con pequeños instrumentos musicales. Después del espantoso pueblo costero, de la tormenta y de las cabras locas, esa estrafalaria escena me pareció bastante aceptable; y, de hecho, una de las cosas que me pasaron durante esas vacaciones y que, según creo, todavía no ha cambiado fue que, por primera vez en mi vida, empecé a tener la sensación de ver lo que de verdad había ante mis ojos, sin preguntarme si había contado con verlo o no. Tengo la impresión de

que hasta aquel momento, y sobre todo durante mis años de matrimonio, mi mujer y yo mirábamos el mundo a través de un teleobjetivo de ideas preconcebidas que nos permitía guardar una distancia insalvable con lo que nos rodeaba, una distancia que aportaba cierta seguridad, pero que también dejaba sitio para la ilusión. Creo que nunca descubrimos la verdadera naturaleza de las cosas que veíamos y tampoco llegamos a correr el peligro de que nos afectaran. Mirábamos a las personas y los lugares con mucho detenimiento, como la gente que, desde un barco, escudriña la tierra firme que deja atrás, y si las hubiéramos visto o ellas nos hubieran visto a nosotros, nadie habría podido hacer nada al respecto.

—Tal vez para decirle algo parecido, me asaltó en ese momento una necesidad imperiosa de hablar con mi mujer y le pregunté a la dueña del albergue si tenía un teléfono que dejarme. Entretanto, las *scouts*, que pertenecían a un tipo de organización religiosa bastante común en Francia, por lo que tengo entendido, y que, según nos dijeron, estaban recorriendo la zona a pie, nos habían hecho sitio en los bancos que rodeaban la gran mesa de madera a la que estaban sentadas y retomaron sus canciones mientras afuera la lluvia caía torrencial. La mujer me mostró el teléfono y me preguntó si quería que les preparara a los niños un chocolate caliente. Muy amable, también me tendió un tubo de pomada antiséptica para sus picaduras. En la cabina telefónica, marqué el número del nuevo apartamento de mi mujer en Atenas y me sorprendió oír a un hombre contestar el teléfono. Cuando por fin tuve en línea a Chrysta, la puse al corriente de todos nuestros apuros, le dije que estábamos perdidos en algún lugar de las montañas, que había una tormenta tremenda, que los niños estaban asustados y cubiertos de picaduras de mosquitos y que dudaba de mi capacidad para hacer frente a semejante crisis. Pero en vez de mostrarse compasiva y preocupada, se quedó completamente callada. El silencio solo fue de unos segundos, pero durante ese intervalo en el que ella no fue capaz de entrar a tiempo, como quien dice, y retomar su parte en ese dúo en el que llevábamos toda una vida, comprendí del todo, definitivamente, que Chrysta y yo ya no estábamos casados y que la guerra en la que andábamos enzarzados no era simplemente una versión más amarga de ese mismo compromiso de toda la vida, sino

algo mucho más perverso y ávido de destrucción, de aniquilación y de noexistencia. Esa guerra, sobre todo, necesitaba del silencio: y a eso, descubrí entonces, conducían todas mis conversaciones con Chrysta, a un silencio que, al final, nadie rompería, aunque en esa ocasión ella sí lo rompió. Estoy segura de que te las apañarás de algún modo, eso fue lo que me dijo. Y poco después la conversación terminó.

»Al volver con mis hijos después de ese intercambio de palabras —continuó Paniotis—, sentí una inseguridad extraordinaria, vértigo, casi. Me recuerdo asiendo con mucha fuerza el canto de madera de la mesa durante lo que me pareció una eternidad, mientras a mi alrededor las *scouts* cantaban. Pero después, al cabo de un rato, noté un calor bien definido en la espalda, y al alzar la vista advertí que unos inmensos rayos de sol entraban por las ventanas emplomadas. Las *scouts* se pusieron en pie y guardaron los instrumentos. La tormenta había pasado; la encargada del albergue abrió la puerta para que entrara el sol. Y todos salimos fuera, al mundo goteante y reluciente, donde me quedé con mis hijos al lado del coche con el cuerpo entero temblando y me puse a observar a la tropa de *scouts* que silbaban carretera abajo hasta que desaparecieron de mi vista. Lo que más me impactó de esa estampa fue que ellas, evidentemente, no se creían perdidas, y tampoco veían nada alarmante en el cariz que habían adoptado los elementos ni en lo empinadísimas que eran las montañas. No se habían tomado nada de eso de forma personal. Esa era la diferencia que existía entre ellas y yo, y por aquel entonces esa diferencia lo era todo.

»Durante esa última cena en este restaurante —dijo Paniotis—, mi hija me recordó el paseo que habíamos dado ese día. En realidad, ella no se acordaba ni del hotel ni de la tormenta, ni si quiera de las *scouts*, pero lo que sí recordaba era el descenso al cañón del Louisos, excursión que se nos había ocurrido al pasar junto a una indicación en la carretera. Como en el cañón había un monasterio que hacía mucho tiempo que quería conocer, mi hija, mi hijo y yo dejamos el coche a un lado de la carretera y enfilamos el sendero de bajada. Ella se acordaba del sol que hacía cuando bajábamos, de las cascadas y de las orquídeas salvajes que había cogido en el camino, y también del monasterio propiamente dicho,

asomado al borde de un extraordinario barranco y donde, para dejarla entrar, le pidieron que antes se pusiera una de esas faldas largas tan feas hechas de cortinas que tenían guardadas en un cesto al lado de la puerta. Si ese día tuvo algo de traumático, me dijo mi hija, fue la obligación de ponerme esa horrible falda apestosa. De subida, cuando volvíamos —continuó Paniotis—, el sol empezó a calentar tanto y las picaduras se nos hicieron tan insoportables que los tres nos quitamos la ropa y nos zambullimos en una de las pozas de la cascada, aunque con lo cerca del sendero que estábamos, los paseantes podrían habernos visto en cualquier momento. Qué fría estaba el agua, y qué increíblemente profunda y fresca y clara era; flotábamos de aquí a allá con el sol en la cara y el cuerpo colgando como raíces blancas bajo el agua. Todavía puedo vernos a los tres allí —dijo—, pues fueron momentos tan intensos que, en cierto modo, los viviré siempre, mientras que otras cosas quedan totalmente en el olvido. Y a pesar del lugar que ocuparon en la historia que acabo de contarte, esos momentos no tienen ninguna anécdota particular asociada. Ese tiempo que pasamos nadando en la poza de la cascada no pertenece a ningún sitio: no forma parte de ninguna serie de acontecimientos, está contenido en sí mismo, es autónomo como nada de nuestra antigua vida de familia había llegado a ser jamás, porque todo había dado paso, siempre, a una cosa y luego a la siguiente, todo contribuía siempre al relato de nuestra identidad. En cuanto Chrysta y yo nos divorciamos, las cosas ya no volvieron a encajar de ese modo, aunque durante años traté de que lo pareciera. Pero ese rato que pasamos en las pozas no tuvo consecuencia alguna, y nunca la tendrá. Y mi hija se ha ido a América —dijo Paniotis—, como su hermano antes que ella, los dos tan lejos de sus padres como pueden. Y yo estoy triste, por supuesto, pero no voy a tratar de negar que su comportamiento me parece el correcto.

—¿Qué dices, Paniotis? —exclamó Angeliki—. ¿Que tus hijos han emigrado porque sus padres se divorciaron? Amigo mío, me temo que te equivocas dándote tanta importancia. Que los hijos se queden o se vayan depende de sus ambiciones: su vida es suya. Hemos acabado convenciéndonos, no sé cómo, de que si decimos ni que sea una palabra fuera de lugar ya los hemos marcado para siempre, pero eso es ridículo, claro está, y, de todos modos, ¿por

qué su vida tendría que ser perfecta? Esta idea nuestra de perfección es lo que nos agobia, y está profundamente arraigada en nuestros deseos. Mi madre, por ejemplo, cree que ser hijo único es la peor desgracia del mundo. Sencilla y llanamente, es incapaz de aceptar que mi hijo no tendrá hermanos y hermanas, y me temo que, para no estar hablando del asunto con ella todo el rato, he querido que piense que esta situación no la he escogido yo. Pero ella siempre saca el tema de este médico o de aquel otro del que acaban de hablarle y que hace milagros; el otro día me envió un recorte de periódico: era la noticia de una griega que había tenido un hijo a los cincuenta y tres, con una nota en la que me decía que no perdiera las esperanzas. Para mi marido, sin embargo, que nuestro hijo crezca solo es algo completamente normal, porque él es hijo único. Y para mí, por supuesto, tener más hijos resultaría desastroso: quedaría completamente sumergida, como tantas otras mujeres. Me pregunto por qué querría mi madre verme sumergida a mí también, cuando me espera una tarea importante, cuando no me haría ningún bien y cuando, por así decirlo, el desastre estaría asegurado, y la respuesta es que su deseo no me concierne tanto a mí como a ella. Ella no querría que me creyera una fracasada por no ser la madre de seis hijos, y, sin embargo, eso es precisamente lo que podría inducirme a sentir su comportamiento.

»Esos papeles de la vida que nos asfixian —continuó Angeliki— suelen ser proyecciones de los deseos de nuestros padres. La de esposa y la de madre, por ejemplo, es una existencia a la que solemos lanzarnos sin hacernos preguntas, como empujadas por algo ajeno a nosotras; la creatividad de una mujer, entretanto, algo en lo que ella no cree y que siempre sacrifica en aras de otras cosas, cuando ni se le pasaría por la cabeza sacrificar los intereses de su marido o de su hijo, por ejemplo, nace de sus propias ideas, de su propia compulsión interna. Cuando estaba en Polonia, me propuse desarrollar una visión de la vida menos sentimental, y si algo lamento de mi novela es que las condiciones materiales de los protagonistas fueran tan confortables. De no haberlo sido, habría resultado un libro más serio, creo. Frecuentar a Olga hizo que, para mí, algunas cosas salieran a la luz, como los objetos sumergidos salen a la luz durante el desagüe. Me di cuenta de que nuestra concepción romántica de la vida, hasta nuestra concepción del amor

mismo, era una visión en la que las cosas materiales desempeñaban un papel demasiado importante, y de que sin esas cosas tal vez descubriríamos que ciertos sentimientos menguan mientras que otros se intensifican. Yo sentía una fortísima atracción por la dureza de Olga —continuó Angeliki—, por la dureza de su vida. Cuando hablaba de su relación con su marido, parecía que estuviera hablando de las piezas de un motor, explicando si funcionaban o no. Allí no había romance ni parte oculta que no pudieras ver. Y, así, yo no tenía celos de su marido, pero cuando hablaba de sus hijos, de la fotografía suya que ponían debajo de la almohada, advertía mi rabia, una rabia como la que sentía por mis hermanas y mi hermano cuando mi madre les hacía caso. Tenía celos de los hijos de Olga; no quería que la quisieran así, que tuvieran ese poder sobre ella. Empecé a sentir más compasión por el marido, al que ella trataba como el motor de un coche; y entonces ella me dijo que él los había abandonado durante un tiempo, que, incapaz de seguir soportando esa falta de sentimentalismo, había dejado a la familia y se había ido a vivir solo a un piso. Cuando volvió retomaron la vida que habían llevado hasta entonces. ¿No se había enfadado con él por abandonarla y dejarla sola al cuidado de los niños?, le pregunté. No, al contrario, ella se alegró de verlo. Como somos totalmente sinceros el uno con el otro, me dijo, yo sabía que, si volvía, era porque había aceptado la situación. Traté de imaginar —prosiguió Angeliki— cómo sería ese matrimonio en el que nadie tenía que hacer promesas ni pedir perdón, en el que no había que comprarle flores al otro ni prepararle una comida especial ni encender unas velas para crear ambiente ni reservar unas vacaciones que ayudaran a solucionar los problemas de la pareja; o, más bien, en el que había que pasar sin todas esas cosas y llevar una vida en común tan sincera y desnuda. Y, con todo, yo seguía volviendo a sus hijos y a la fotografía que ellos ponían debajo de la almohada, porque aquello daba a entender que, después de todo, Olga también tenía su dimensión romántica, solo que el romance era maternofilial… y si a ellos podía quererlos así, ¿por qué no era igual con todo lo demás? Le confesé que estaba celosa de sus hijos, a quienes ni siquiera conocía. Es evidente que no has crecido, Angeliki, me dijo, y que por eso puedes ser escritora. Créeme, me dijo Olga, eres muy afortunada: cuando el padre de mis hijos nos dejó, yo vi a mi hija

crecer de la noche a la mañana. Durante ese periodo, la niña desarrolló una hostilidad extraordinaria hacia los hombres. Un día la llevó a una galería de arte de Varsovia, me contó Olga, y cuando llegaron a una pintura religiosa de Salomé sujetando la cabeza de Juan el Bautista, la niña, según recordaba, se puso a aplaudir. En otra ocasión, Olga la riñó por hacer un comentario despectivo sobre el sexo opuesto y su hija le dijo que no veía qué necesidad había de que los hombres existieran. No hacía falta que hubiera hombres, le dijo, solo madres y niños. Olga aceptaba su parte de responsabilidad en la percepción que su hija tenía de las cosas, pero lo cierto es que ella nunca habría dejado a los niños de la manera en que lo había hecho el padre, aunque él los quería, eso era indudable; pero, francamente, ella no habría sido capaz de hacer una cosa así, y tanto si lo que los distinguía a los dos era un hecho biológico o una simple consecuencia del condicionamiento, había que aceptar las consecuencias. Si llegara a darse el caso, me dijo Olga, tú harías lo mismo. —Angeliki se detuvo—. Al contrario, respondí, yo creía que mi hijo le pertenecía más a su padre que a mí. Pero ella se negó a aceptar mi afirmación, a menos, claro está, que yo tuviera un respeto excepcionalmente alto por la autoridad masculina. Y ahí tuve que reírme: ¡pensar que yo, precisamente yo, pudiera profesarle un inmerecido respeto a la autoridad masculina! Pero desde entonces, y por razones obvias —dijo Angeliki—, he pensado muchísimo en su comentario. En mi novela, la protagonista debe conjugar su deseo de verse libre con los sentimientos de culpa que le despiertan sus hijos. Lo único que quiere es que su vida esté equilibrada, que sea una sola cosa en vez de una serie interminable de opuestos que, mire donde mire, la confunden. Una solución, por supuesto, sería la de volcar su pasión en su hijos, donde no podrá hacer daño; y esa es la solución por la que finalmente acaba decantándose. Aunque no comparto su opinión —dijo Angeliki arreglándose la preciosa gasa gris de las mangas.

El camarero apareció al lado de la mesa; el restaurante iba a cerrar, por lo visto, y Angeliki se levantó mirando su pequeño reloj plateado y diciendo que se lo había pasado tan bien que había perdido por completo la noción del tiempo. Al día siguiente tenía que levantarse temprano para una entrevista en la televisión.

—Pero ha sido un auténtico placer conocerte —continuó

mientras me tendía la mano—. Creo que Paniotis habría querido tenerte toda para él, pero visto que estabas aquí, insistí en mi derecho a disfrutar de mi parte. Guardaré nuestra conversación como quien guarda un tesoro —dijo apretándome la punta de los dedos—, y, quién sabe, la próxima vez que vaya a Londres podríamos volver a vernos para retomarla, de mujer a mujer.

Abrió el bolso, sacó una tarjetita con sus señas particulares y me la entregó; con un revoloteo de su vestido y un titubeo de sus tacones plateados, Angeliki desapareció, y mientras pasaba fugazmente delante de la ventana volví a verle la cara, dispuesta otra vez en esa llamativa combinación de ceño y arrugas; al cruzar la mirada con la mía a través del cristal, a Angeliki se le iluminó el semblante y levantó la mano en señal de despedida.

—Si no te importa —dijo Paniotis—, te acompaño hasta el apartamento.

Mientras caminábamos por la acera oscura y caliente hacia la vía principal, con sus luces vibrantes y el incesante ruido del tráfico, Paniotis me contó que Angeliki estaba enfadada con él porque era el editor de una antología de narrativa griega en la que no aparecía su obra.

—La vanidad es la maldición de nuestra cultura —señaló Paniotis—; aunque tal vez no se trate más que de mi férrea negativa a creer que los artistas también son seres humanos.

Lo cierto, le dije yo, era que Angeliki me había caído bien, aunque, por lo visto, había olvidado que ya nos habíamos conocido en una lectura mía en Atenas, varios años atrás, a la que su marido y ella habían asistido de público.

Paniotis se echó a reír.

—Esa era otra Angeliki —dijo—, una Angeliki que ya no existe, que ha sido borrada de los libros de historia. Angeliki la célebre escritora, la feminista de fama mundial, no te había visto en su vida.

Cuando llegamos a la entrada de mi edificio, Paniotis observó las figuras del sombrío ventanal del café, con esas proporciones que excedían las reales, la mujer que seguía riendo, el hombre que le guiñaba los ojos en toda su falsa modestia.

—Al menos están contentos —dijo. Abrió el maletín, sacó un sobre y me lo puso en la mano—. Sigue siendo tu verdad, por

muchas cosas que hayan pasado. Que no te dé miedo mirarla.

6

Era un grupo curioso; un popurrí, en palabras de Ryan. No te pierdas al chico con el pelo como Demis Roussos y la pelusilla en la cara, me dijo, no hay manera de que se calle.

El aula era pequeña y gris, pero tenía unas ventanas muy grandes que daban a la plaza Kolonaki, un recinto de hormigón en el que la gente leía el periódico a la sombra de los plátanos sentada en bancos cuyas bases de hormigón estaban llenas de pintadas. A las diez de la mañana, allá donde hacía calor no se veía a nadie. Las palomas avanzaban en desastrada formación circular por las losas del pavimento dando picotazos con la cabeza gacha.

Los estudiantes deliberaban sobre si las ventanas tenían que estar abiertas o cerradas, porque en el aula hacía un frío mortal y nadie había averiguado cómo se bajaba el aire acondicionado. Quedaba también la cuestión de la puerta, abierta o cerrada, de las luces, encendidas o apagadas, y de si el ordenador, que proyectaba sobre la pared un rectángulo azul vacío y emitía un zumbido, iba a utilizarse o podíamos apagarlo. Ya había visto al chico que Ryan me había señalado; tenía una inmensa mata de pelo rizado que le caía sobre los hombros y un bigote incipiente, una pelusilla ligeramente más clara, en el labio superior. De los otros, al principio costaba hacerse una idea. El número de hombres y de mujeres era prácticamente el mismo, pero allí nadie compartía características de edad, indumentaria o tipo social. Se habían acomodado alrededor de una gran mesa de formica que, en realidad, era una serie de mesitas más pequeñas puestas todas juntas formando un cuadrado. En el aula reinaba una atmósfera de incertidumbre, de

incomodidad, casi. Me recordé que esa gente quería algo de mí; que aunque ni me conocían ni se conocían entre ellos, estaban allí con el propósito de que se los reconociera.

Decidimos que las ventanas quedarían abiertas y la puerta, cerrada, y de ello se encargaron las dos personas que más cerca de las unas y de la otra estaban. Abrir las ventanas para calentar una habitación parecía raro, señaló el chico de Ryan, pero la ciencia, continuó, nos había llevado a muchas inversiones de la realidad como esa, algunas más útiles que otras. Debíamos aceptar las incomodidades que de vez en cuando conllevaba nuestra comodidad, dijo, como deben tolerarse los defectos de las personas amadas: no había nada perfecto. Muchos de sus compatriotas, añadió, estaban convencidos de que el aire acondicionado perjudicaba gravemente la salud, y existía ya un movimiento de ámbito nacional para tenerlo apagado en oficinas y edificios públicos, en un principio de vuelta a la naturaleza que, en cierto modo, podía definirse como perfeccionismo, aunque iba a suponer que todo el mundo pasara mucho calor; lo que, concluyó el chico con cierto placer, solo podía desembocar en una nueva invención del aire acondicionado.

Cogí un trozo de papel y dibujé el contorno de la gran mesa cuadrada a la que todos estábamos sentados. Les pregunté los nombres a los estudiantes, diez en total, y anoté el nombre de cada uno y el lugar que ocupaba en ese cuadrado. Después les pedí que me contaran algo que, de camino al aula, les hubiera llamado la atención. Se hizo un silencio de transición largo y evasivo; carraspeaban, ordenaban los papeles que tenían delante o clavaban los ojos al frente con la mirada perdida. Entonces, una joven que, según mi diagrama, se llamaba Sylvia se puso a hablar después de haber echado un vistazo al aula para asegurarse, eso me pareció a mí, de que nadie iba a tomar la iniciativa. Su sonrisita de resignación dejaba bien claro que solía verse en esa situación a menudo.

—Al bajar del tren —dijo—, me he fijado en un hombre parado en el andén con un perrito blanco en el hombro. Era muy alto y muy moreno —añadió—, y el perro era precioso. Tenía el pelo rizado, blanco como la nieve, y miraba a su alrededor sentado en el hombro del tipo.

Siguió otro silencio. Un hombre menudo de aspecto muy atildado —Theo, según mi diagrama—, que iba vestido de manera muy formal, con traje de raya diplomática, levantó la mano para hablar.

—Esta mañana —dijo el hombre—, de camino al metro, mientras cruzaba la plaza que hay enfrente de mi edificio, he visto un bolso de mujer en uno de los muros bajos de hormigón que rodean la plaza. Era un bolso muy grande y parecía muy caro —añadió—, era de un charol negro brillantísimo y tenía un cierre dorado en la parte de arriba, y estaba encima del muro, abierto. He echado un vistazo por la plaza para ver si había alguien que pudiera tener algo así, pero la plaza estaba desierta. Me he preguntado si se lo habrían robado a la dueña, si lo habrían dejado ahí después de quedarse con su contenido, pero cuando me he acercado y he mirado dentro, porque el cierre estaba suelto y el bolso había quedado completamente abierto y he podido examinar su interior sin tocarlo, he visto que todo seguía allí, una cartera de piel, unas llaves, una polvera, un pintalabios, hasta una manzana que, imagino, iba a servir de tentempié durante el día. Me he quedado un rato allí esperando a ver quién aparecía, y al final, cuando no ha aparecido nadie, he echado a andar hacia el metro, porque me he dado cuenta de que, si no, iba a llegar tarde. Pero mientras andaba he caído en la cuenta de que habría tenido que llevar el bolso a una comisaría.

Theo se detuvo, pues la historia, por lo visto, había llegado a su final. Los otros lo bombardearon a preguntas. Cuando se ha dado cuenta de que debía entregarle el bolso a la policía, ¿por qué no ha dado media vuelta? Si iba justo de tiempo, ¿por qué no había entregado el bolso en la tienda más cercana, o incluso en el quiosco, para ponerlo a buen recaudo? ¿Por qué no había informado de la situación a alguien que pasara por allí? Podría haber cogido el bolso para hacer las llamadas oportunas cuando más le conviniera; mejor eso que limitarse a dejarlo allí, donde cualquiera podría robarlo. Theo aguantó el interrogatorio con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión benévola en su cara pequeña y cuidada. Al cabo de un buen rato, cuando las preguntas se hubieron extinguido, volvió a hablar.

—Acababa de cruzar la plaza —dijo— y había dado media

vuelta acordándome justo entonces de la policía, cuando no diríais qué vieron mis ojos: un joven agente, exactamente a mitad de camino entre la posición que yo ocupaba y el bolso, que yo aún veía, apoyado en el muro de la otra punta de la plaza. El agente subía por el sendero, que acababa bifurcándose: ir a la derecha lo habría acercado a mí, mientras que ir a la izquierda lo habría llevado directo al bolso. Si doblaba a la derecha no iba a quedarme más remedio que informarlo del asunto y liarme con el papeleo y la pérdida de tiempo que eso supone. Afortunadamente para mí —dijo Theo—, ha doblado a la izquierda, y yo me he quedado ahí el rato suficiente para verlo meter la mano en el bolso, buscar con la mirada a su propietaria, echarle un vistazo a su contenido, como había hecho yo, y cogerlo y llevárselo.

El grupo aplaudió muy efusivamente la actuación sin que Theo, en medio de todos ellos, depusiera su sonrisa benévola. No debíamos perder de vista, dijo el chico de pelo largo —Georgeou, me decía ahora mi diagrama—, que una historia podría no ser sino una serie de acontecimientos en los que nos creemos implicados pero sobre los que no tenemos influencia alguna. Él no se había fijado en nada durante su trayecto: no solía fijarse en cosas que no lo concernían precisamente por eso, porque la tendencia a ficcionalizar nuestras experiencias le parecía peligrosa, pues nos convencía de que, en cierto modo, la vida humana seguía un plan, y de que teníamos una importancia mayor de la que nos correspondía. A él lo había llevado su padre en coche: durante el viaje habían tenido una conversación muy interesante sobre la teoría de cuerdas, y después él se había bajado del coche y había subido al aula por las escaleras.

—De ninguna manera —dijo la chica que se sentaba a su lado con expresión perpleja—, no es cierto que la vida no tenga relato, que la propia existencia no tenga una forma definida con un principio y, un día, también un final, con sus propios temas y sus acontecimientos y su reparto.

De camino a clase, ella había pasado por delante de una ventana abierta que dejaba escapar el sonido de alguien que tocaba el piano. Resultaba que el edificio era un conservatorio como el que ella había abandonado dos años antes renunciando al sueño de toda una vida de ser músico profesional; había reconocido el tema, era la

suite en re menor de las *Suites francesas* de Bach, una pieza que siempre le había encantado y que, al oírla de forma tan inesperada, había abierto en ella un vacío inmenso. Era como si la música le hubiera pertenecido en el pasado y ahora ya no; como si alguien la hubiera excluido de la belleza de la música y ahora estuviera obligada a verla en manos ajenas y a revivir enteramente la tristeza que le causaba su incapacidad, por razones diversas, de seguir en ese mundo. Lo cierto, añadió ella, es que al pasar por delante de esa ventana y oír la *suite* en re menor, otra persona habría sentido algo completamente distinto. La música que salía de la ventana no significaba nada en sí misma, y fueran cuales fuesen los sentimientos que se le pudieran asociar, ninguno había propiciado que la pieza se interpretara o que la ventana quedara abierta para que el sonido les llegara a los peatones. Y ni siquiera alguien que observara los acontecimientos desde el otro lado de la calle, añadió la chica, habría podido adivinar, con lo que veía y lo que oía, cuál era la historia. Lo que habrían visto habría sido a una chica que pasaba caminando mientras, al mismo tiempo, oían la música que alguien interpretaba en el interior del edificio.

—¡Y eso, de hecho, es todo lo que realmente ha sucedido! —respondió Georgeou con un dedo en el aire y una sonrisa desbocada en la cara.

Era muy probable que la chica —cuando busqué su nombre vi que se llamaba Clio— pasara de los veinte, pero tenía un aspecto infantil, con el pelo oscuro recogido en una cola de caballo y la pálida tez cetrina desprovista de maquillaje. Llevaba una especie de túnica sin mangas que acentuaba su aire ingenuo. La imaginaba en el entorno monástico de una sala de ensayo, recorriendo las teclas blancas y negras con dedos vertiginosos. Miró a Georgeou con una cara absolutamente pasiva y tranquila, a la espera, a todas luces, de que tuviera mucho más que decir.

Afortunadamente, continuó Georgeou, existía una cosa infinita llamada posibilidad, y otra cosa igualmente útil llamada probabilidad. Y un ejemplo magnífico lo teníamos en el conservatorio, un lugar que, al entender de la mayoría de la gente, se dedicaba a producir músicos profesionales. Casi todo el mundo tendría alguna idea de qué era la profesión de músico y entendería que, en semejante profesión, la posibilidad de fracasar era tan

grande como la de triunfar. Al oír la música que se escapaba del edificio, por tanto, podrían imaginar al intérprete como alguien expuesto a ese riesgo y cuya suerte podía adoptar, por tanto, dos formas básicas, ambas imaginables por el ciudadano medio.

—En otras palabras —dijo Georgeou—, para deducir tu historia me bastarían los hechos y mi propia experiencia de vida, que es lo único de lo que de verdad estoy seguro, y en este caso, sobre todo, la experiencia de mis fracasos, como mi incapacidad, por ejemplo, de memorizar las constelaciones del hemisferio sur, algo que siempre me ha preocupado. —Georgeou unió las manos y las miró con expresión abatida.

Le pregunté a Georgeou cuántos años tenía y me dijo que la semana anterior había cumplido los quince. De regalo de cumpleaños, su padre le había comprado un telescopio que habían montado en la azotea del edificio de apartamentos donde vivían, y con el que ahora podía estudiar el cielo y, sobre todo, las fases de la luna, por las que sentía un interés especial. Le dije que me alegraba de que su regalo lo hubiera dejado tan satisfecho, pero que tal vez ya era hora de escuchar lo que los demás tuvieran que decir. Asintió con la cabeza poniéndose colorado. Solo quería añadir, dijo, que conocía bien la *suite* en re menor de las *Suites francesas*: su padre le había puesto una grabación y a él, personalmente, siempre le había parecido una pieza muy optimista. Al oír aquello, la mujer que tenía sentada al lado intervino.

—La música —dijo con ademán lánguido y soñador—. La música es una delatora de secretos; es más traicionera que los sueños, que, al menos, tienen la virtud de ser íntimos.

La mujer que acababa de decir aquello, de aspecto esplendoroso pero excéntrico, rondaba la cincuentena y llevaba su belleza, ya maltrecha, con porte majestuoso. La estructura de los huesos de su cara era tan imponente que rayaba en lo grotesco, impresión que ella había decidido acentuar —de un modo que me pareció neta e intencionadamente humorístico— rodeando sus ya de por sí enormes ojos azules con océanos de sombra azul y verde, y aplicando alrededor de los párpados un descuidado trazo de azul todavía más chillón. Sus afilados pómulos tenían latigazos de colorete rosa, y su boca, extraordinariamente carnosa y proclive al mohín, estaba generosa y torpemente embadurnada de pintalabios

rojo. Llevaba gran cantidad de joyas de oro y un vestido de gasa plisada, también azul, que le dejaba al aire el cuello y los brazos, muy morenos y surcados de arrugas. Según mi diagrama, se llamaba Marielle.

—Por ejemplo —continuó después de una larga pausa mientras sus enormes ojos azules recorrían las caras que la rodeaban—, fue al oír que mi marido cantaba *est un oiseau rebelle*
L'amour
en la ducha cuando me di cuenta de que me era infiel. —Hizo otra pausa y, con mucho trabajo, cerró con firmeza sus carnosos labios sobre unos incisivos grandes y protuberantes, como para humedecerlos—. Esa era la parte de Carmen, por supuesto, aunque no creo que él advirtiera su error ni que, de haberlo advertido, le importara. Los detalles siempre le han dado pereza, siendo como es una persona de extremos, y no le gusta entretenerse con los hechos. Por lo que a él respectaba, cantaba de puro contento, nada más, de lo a gusto que estaba en nuestro apartamento esa mañana soleada, con su amante bien escondida en la otra punta de la ciudad mientras él se duchaba en su establo de oro y travertino, donde incluso pueden hallarse algunas obras de arte algo atrevidas y un pequeño friso del Partenón que sigue dándose por desaparecido y que él usa de jabonera; con el nuevo sistema de agua caliente a alta presión recién instalado y las toallas que había encargado en el Saks Fifth Avenue de Nueva York, las que te envuelven como a un bebé en brazos de su madre y te dan ganas de echarte a dormir otra vez.

»Yo estaba en la cocina exprimiendo naranjas —continuó la mujer—. Acababa de prepararme un desayuno delicioso, con el melón más maduro que había encontrado en el mercado y una tajada de un queso fresco que le había comprado a una mujer que cría unas cabras preciosas en una ladera, cerca de Delfos, cuando oí el sonido de su canto. Supe de inmediato qué significaba. Menudo idiota, pensé; ¿por qué tiene que gritarlo a los cuatro vientos para que yo pueda oírlo desde la cocina? Yo, la única que sabe por qué podría haberle venido a la mente ese folletín de la traición, del que él se había agenciado la mejor parte como siempre se agenciaba la mejor parte de lo que yo tuviera en mi plato: le bastaba con alargar la mano desde el otro lado de la mesa y coger lo que más le apeteciera, aunque yo me lo hubiera guardado para el final. ¿Por

qué no había cerrado el pico? Y todo antes de que me hubiera dado tiempo de comerme mi magnífico desayuno, que ahora, cuando saliera de la ducha, él iba a encontrar intacto sobre la encimera: su felicidad, sabía yo, sería completa.

Se detuvo para remeterse un mechón de pelo teñido de un rubio chillón detrás de la oreja y volvió a humedecerse los labios antes de continuar.

—Esta mañana —dijo—, de camino a clase, habíamos quedado en que me pasaría por su despacho para hablar de asuntos de dinero, asuntos en los que, en cualquier caso, siempre estamos de acuerdo. La desconsideración de mi marido es tan grande como su absoluta falta de rencor. Es un hombre —suspiró la mujer— de gusto exquisito, lo que siempre ha supuesto una especie de tortura para mí, porque soy buena estudiante y no he podido evitar aprenderme sus gustos muy a conciencia, tanto que he acabado sabiendo lo que quiere antes incluso de que lo quiera él, y en materia de mujeres me he vuelto absolutamente profética, hasta el extremo de poder verlas con mis ojos y sentir el deseo que le despiertan a él. Así, pues, al final aprendí a cerrar los ojos; y si esa mañana en la cocina me hubiera acordado de cerrar también los oídos, quién sabe si a día de hoy aún seguiría mirando mi plato y me encontraría con que el mejor bocado, el más delicioso, ha desaparecido misteriosamente.

»Hoy, al salir del ascensor de vidrio que sube a su despacho, que está en la planta trece, he visto que todo había cambiado. El proceso de redecoración había sido total: el nuevo motivo era el blanco, y, al ser un hombre de extremos, mi marido había decidido, evidentemente, que todo aquello que no fuera blanco —incluyendo a algunas personas— tenía que desaparecer. Conque mi querida amiga Martha, su secretaria, no volvería a ocupar su puesto al lado del ventanal, en su antiguo escritorio, donde guardaba el almuerzo que se llevaba al trabajo y las fotos de sus hijos y un par de zapatos planos para andar; donde se sentaba y hablaba y me contaba todo lo que yo necesitaba saber y nada del resto. Martha ya no estaba, aunque mi marido me ha asegurado que no la había desterrado, exactamente, sino que le había dado un despacho más grande para ella sola, al fondo, donde las visitas no la vieran. En su puesto junto a la ventana, en ese universo de blancor absoluto que tantísimo me

recordaba a la mañana en la cocina y a la tajada de queso fresco de cabra que había tenido que dejar en el plato, se sentaba una chica nueva. Iba de blanco, por supuesto, y tenía la piel blanca como la de un albino; y el pelo también lo tenía completamente blanco salvo por un largo mechón que le nacía de la cabeza como una pluma y que llevaba teñido —el único elemento de color en ese espacio— de un azul intensísimo. En el ascensor de bajada, me he maravillado del auténtico genio del hombre que, durante mi visita, había conseguido hacerse con mi perdón con el sigilo del carterista que te despluma, y que ahora me devolvía a la calle más ligera aunque más pobre, con ese penacho azul posado en mis pensamientos como la pluma del sombrero de un mendigo.

Marielle se quedó callada, con el acanalado rostro alzado y sus enormes ojos relucientes clavados al frente. Era bastante común, observó entonces el hombre que tenía a su izquierda, que los jóvenes se valieran ahora de su aspecto para escandalizar o importunar a los demás: él mismo y, como él, nosotros, de eso estaba seguro, había visto peinados muchísimo más extremados que el que Marielle había descrito, por no hablar de los tatuajes y los *piercings* que a veces revestían una naturaleza violenta y, sin embargo, no decían nada sobre sus propietarios, muy a menudo personas de una dulzura y una docilidad inmensas. Eso había tardado mucho en aceptarlo, porque se sentía inclinado a emitir juicios morales, a ver en el fondo de las cosas una correspondencia con su aspecto, y también a sentir miedo de lo que no entendía; y aunque, en rigor, él no comprendía las razones por las que las personas se mutilaban, había aprendido a no buscarle demasiadas interpretaciones al asunto. Los extremos en materia de aspecto exterior le parecían, más que nada, símbolos de un vacío interior inmenso, de una futilidad que, en su opinión, nacía de la falta de compromiso significativo con un sistema de creencias, el que fuera. Casi todos sus coetáneos —tenía veinticuatro años solamente, aunque era consciente de que parecía algo mayor— sentían una indiferencia pasmosa por los debates políticos y religiosos de nuestro tiempo. Pero para él, el despertar político había supuesto el despertar de toda su sensibilidad, le había proporcionado una manera de existir en el mundo, algo que le hacía sentir orgullo y también cierta ansiedad, una especie de culpa, casi, que le costaba

explicar.

Esa mañana, por ejemplo, yendo a clase, había caminado por la parte de la ciudad en la que el verano pasado —como todos recordarían— habían tenido lugar las manifestaciones, en las que él y los amigos con los que compartía intereses políticos habían participado muy orgullosos. Se descubrió siguiendo la misma ruta de ese día, pisando las calles que desde entonces no visitaba, y los recuerdos que le traían lo habían llenado de emoción. Entonces, en un momento dado, había pasado por un callejón flanqueado por edificios que eran esqueletos calcinados: por las ventanas sin cristal podía ver el cavernoso interior en ruinas, renegrido y fantasmal, todavía lleno de la suciedad y la porquería fruto de esa destrucción en la que ellos mismos habían participado, pues en el año que había transcurrido desde entonces nadie había pasado por allí a limpiar. Cómo se habían incendiado los edificios no lo recordaba exactamente, pero había sido hacia el anochecer, y el fuego podía verse desde toda Atenas. Las agencias de noticias habían emitido imágenes de las nubes de humo elevándose por toda la ciudad, imágenes que luego se habían retransmitido por todo el mundo; sus acciones eran, no podía negarlo, parte de la emoción de esa noche, y también un medio necesario —creía él— para hacer llegar el mensaje de los manifestantes. Con todo, al mirar esas ruinas desiertas lo único que había sentido era vergüenza, tanta que creía haber oído la voz de su madre preguntándole si era verdad que él era responsable de ese desastre, porque le habían ido con el cuento y hasta que él se lo confirmara no sabría si creerlo o no.

De niño, continuó él —según mi dibujo, se llamaba Christos—, había sido extremadamente tímido y torpe, tanto que su madre había decidido apuntarlo a clases de baile para que ganara seguridad en sí mismo. Las clases, que se impartían en un salón cercano y a las que asistían niños de la zona —chicas y un número de chicos mucho menor, todos unos bárbaros—, eran para él un tormento de una magnitud tal que incluso ahora le costaba expresarla. No se trataba solo de su obesidad y de sus inseguridades físicas: en situaciones como aquella, el temor a exhibirse lo llevaba, inexplicablemente, a caerse. Era una especie de vértigo, dijo, como el que hace que a las personas con pánico a las alturas les entren ganas de saltar; era incapaz de soportar que lo miraran, simple y

llanamente, y pedirle que bailara era como pedirle que caminara por un cable tendido a gran altura, donde la idea de la caída está tan presente que, al final, acaba haciéndose realidad. Y vaya si se caía, repetidamente, con angustia, agitándose humillado entre los pies de los otros niños cual ballena varada y, por tanto, expuesto a gran cantidad de burlas, hasta que a la profesora no le quedó más remedio que sugerirle que dejara de ir a clase y él pudo quedarse en casa.

—Imaginad, entonces, mi horror —dijo el chico— cuando, por fin en la universidad, me junto con un grupo de individuos excelentes, comprometidos, de ideas parecidas a las mías, justo como los que durante toda mi vida había soñado con tener de amigos, y acabo descubriendo que el principal pasatiempo del grupo, su mayor pasión, después de la política, es el baile. Noche tras noche me invitaban a bailar, y yo, por supuesto, rechazaba su invitación. Mi más íntima aliada en ese ambiente, María, una chica con la que mantenía encendidísimas discusiones políticas, una chica con la que lo compartía todo, incluso mi amor por los crucigramas, de los que cada día despachábamos varios juntos… hasta a María le decepcionaba mi negativa a participar en esa actividad traumática. Tú confía en mí, me decía ella como antes ya me había dicho mi madre, tú confía en mí, que te gustará. Al final, acabé por creer que si no bailaba perdería la amistad de María, aunque, al mismo tiempo, estaba convencido de que en cuanto me viera bailar iba a perderla de todos modos. Como no tenía escapatoria, una noche accedí a acompañarlos al club al que siempre iban. No era, en absoluto, lo que yo esperaba, por la razón de que no tenía nada que ver con el mundo moderno. Era un lugar consagrado al estilo y la música de los años cincuenta: la gente aparecía por allí disfrazada, como si dijéramos, y bailábamos una cosa que se llamaba *Lindy Hop*. Al ver aquello, quedé más aterrorizado que nunca, pero tal vez —continuó Christos— el mejor modo de enfrentarse a los miedos sea el de disfrazarlos, como quien dice; el de traducirlos, pues el simple acto de traducción vuelve las cosas inofensivas. Las costumbres, casi podríamos llamarlas limitaciones, de la personalidad y de la mentalidad de cada uno se liberan. Me descubrí caminando hacia la pista de baile de la mano de Maria, convencido de que me iba a caer, y, sin embargo, cuando la música

sonó, una música alegre e irresistible que, a día de hoy, no soy capaz de oír sin que se evapore totalmente cualquier rastro de melancolía y de duda, vi que no me caía, sino que volaba, volaba elevándome cada vez más, arriba y más arriba todavía, vueltas y más vueltas, tan deprisa y tan alto que parecía estar despegando de mi cuerpo.

Mi móvil, que tenía delante, en la mesa, sonó. Era el número de mi hijo pequeño. Contesté y le dije que lo llamaría más tarde.

—Me he perdido —me dijo él—. No sé dónde estoy.

Me llevé el móvil al pecho y dije al grupo que tenía una urgencia, nada grave, y que haríamos una breve pausa. Salí al pasillo, donde había unos tablones con listas y anuncios y boletines clavados: pisos en alquiler, servicios de fotocopias, próximos conciertos. Le pregunté a mi hijo si veía algún rótulo con el nombre de la calle.

—Voy a mirar —respondió.

Me llegaba el ruido del tráfico al fondo y el sonido de su respiración. Al cabo de un momento pronunció el nombre de la calle y yo le pregunté qué narices estaba haciendo allí.

—Intento ir al colegio —me dijo.

Le pregunté por qué no iba al colegió según lo que yo había dispuesto para esa semana, con Mark, su amigo, y la madre de Mark.

—Hoy Mark no va al colegio. Está enfermo.

Le dije a mi hijo que diera media vuelta y desanduviera el camino que había andado leyéndome el nombre de las calles por las que fuera pasando, y cuando llegó a la indicada le dije que doblara a la derecha y que siguiera todo recto. Al cabo de unos minutos, que pasé escuchando su resuello y el ruido de sus pies en la acera, respondió:

—Lo veo, veo el edificio, no pasa nada, veo el edificio.

No llegas tarde, le dije mirando el reloj y calculando la hora que sería en Inglaterra; todavía tienes unos minutos para recobrar el aliento. Le recordé el camino de vuelta que debía tomar más tarde y le deseé un buen día.

—Gracias —me dijo él.

En el aula, el grupo me esperaba tal y como lo había dejado, salvo por una alumna, una chica corpulenta y de aspecto

deslavazado que llevaba gafas de gruesa montura negra y que comía un enorme hojaldre salado con un fortísimo olor a carne. Tenía el hojaldre metido a medias en una bolsa de papel que sujetaba mientras iba mordiendo poco a poco la parte superior, y así evitaba que se le cayeran las migas. A su lado se sentaba un joven tan delgado, moreno y compacto como blanda y amorfa era ella. El chico levantó la mano fugazmente y volvió a bajarla. De camino a clase, dijo en voz baja y precisa —miré el papel para ver su nombre, Aris—, de camino a clase había pasado al lado del cuerpo putrefacto de un perro que yacía en la cuneta, grotescamente abotargado y envuelto en una nube de moscas negras. Ya había oído a lo lejos el zumbido de las moscas, añadió, y se había preguntado qué sería. Era un ruido que, siendo amenazador, resultaba extrañamente hermoso mientras su fuente permanecía oculta. Él no era de Atenas, continuó, pero su hermano vivía en la ciudad y le había ofrecido alojamiento durante una semana. Era un apartamento muy pequeño; dormía en el sofá, en un cuarto donde también estaba la cocina. Dormía con la cabeza casi pegada a la nevera, en cuya puerta había varios imanes que no había tenido más remedio que examinar, entre ellos, uno de plástico con la forma de dos pechos desnudos de factura tan burda que el pezón de la derecha estaba considerablemente descentrado, discordancia en la que, allí tumbado, había pensado durante varias horas. Su hermano lavaba la ropa en el fregadero de la cocina y después la ponía a secar por toda la habitación: trabajaba en una oficina y cada día necesitaba una camisa limpia. Todas las sillas libres de la habitación, como los estantes y la repisa de las ventanas, tenían una camisa tendida. Al secarse, en las camisas quedaba la impronta de la forma que tuvieran debajo. Eso lo había advertido tumbado en el sofá.

Para entonces, la chica que tenía al lado ya se había terminado el hojaldre y se dedicaba a doblar la bolsa de papel en un cuadrado perfecto, alisando las arrugas con los dedos. Cuando, al levantar la vista, nuestras miradas se cruzaron, dejó al instante la bolsa sobre su mesa con expresión culpable. Se llamaba Rosa, dijo, y no sabía si íbamos a permitirle su aportación. No estaba segura de haber entendido bien el ejercicio. En cualquier caso, la suya no era como la de los demás, y lo más probable es que no valiera, pero no se le

ocurría otra cosa. De camino a clase no había visto nada, en realidad: se había limitado a pasar al lado del parque al que, de niña, su abuela la llevaba por las tardes. El parque tenía una pequeña zona de juegos con un columpio en el que solía sentarse mientras su abuela la empujaba. Esa mañana, al pasar, había visto la zona de juegos y el columpio, y se había acordado de su abuela y de los buenos ratos que disfrutaban juntas. La chica se quedó callada. Le di las gracias y ella me miró tímidamente a través de sus gafas de montura negra.

Ya casi era la hora. La mujer que tenía sentada enfrente, cuyo rostro asustado, al estar situado justo debajo del reloj, había acabado para mí tan unido o imbricado a la esfera que prácticamente me había olvidado de que lo tenía allí delante, comentó que le había parecido muy interesante descubrir lo poco que se fijaba en el mundo concreto. A esas alturas —tenía cuarenta y tres años— su conciencia estaba tan atiborrada no solo de sus propios recuerdos, obligaciones, sueños, conocimientos y un sinfín de responsabilidades diarias, sino también de los ajenos —fruto de años de escuchar, de hablar, de empatizar, de preocuparse—, que lo que más temía era que las fronteras entre las cargas mentales propias y las de los demás, las distinciones entre unas y otras, se derrumbaran hasta no saber ya qué le había pasado a ella y qué le había pasado a sus conocidos, o, a veces, hasta qué era real y qué no. Esa mañana, por ejemplo, su hermana la había llamado muy temprano —como las dos dormían mal, solían hablar a esas horas— para contarle el rato que había pasado con su marido en casa de una amiga que los había invitado a cenar. La amiga acababa de ampliar y renovar totalmente la cocina, cuyo elemento principal era una enorme claraboya en el techo que le daba al espacio la ligereza y la amplitud de una catedral.

—Mi hermana —dijo la mujer— felicitó a su amiga por aquel efecto tan impresionante, y la amiga le confesó que, en realidad, había tomado prestada la idea de otra amiga que había hecho reformas en la cocina unos meses atrás. Pero desde esa reforma había pasado una cosa terrible. Un día, la amiga de mi amiga organizó una cena con muchos invitados. Poco antes de que llegaran, advirtió que en el vidrio de la claraboya había una pequeña grieta, como si algo pequeño pero afilado le hubiera caído

encima. Estaba contrariada, porque la claraboya le había costado lo suyo, y al ser de una sola pieza no veía más alternativa que cambiarla entera, a pesar de lo pequeña que era la zona afectada. Los invitados llegaron y, durante la cena, una tormenta increíble descargó sobre Atenas. La lluvia caía torrencial mientras el grupo comía sentado debajo de la claraboya de vidrio. Estaban todos maravillándose del efecto acústico y visual del agua sobre el vidrio, cuando, con un crujido y un chirrido tremendos, la pieza entera se desplomó encima de ellos, pues, por lo visto, con el defecto del vidrio la estructura había quedado tan debilitada que no había podido soportar el peso del agua que le caía encima.

La mujer hizo una pausa.

—Eso, como recordaréis —continuó—, me lo ha contado mi hermana por teléfono, una anécdota que ni le afectaba ni, en rigor, era de su incumbencia. Y como, por extraño que parezca, nadie resultó herido, no era una historia que fuera a causar sorpresa o que uno pudiera contar precisamente por ese motivo. Y si afectaba a la amiga que se la había contado a mi hermana era únicamente por asociación, porque ella tenía en el techo una claraboya del mismo estilo. La historia que yo recibía, por tanto, era de tercera mano, pero tan real como si la hubiera vivido yo. Me ha preocupado durante toda la mañana. Con todo, yo, como la mayoría de la gente, me entero cada día de desgracias —y casi todas peores— por los periódicos y la televisión, y me intrigaba por qué esa se había instalado en mi mente entre recuerdos y experiencias propias, de los que me costaba distinguirla. La realidad de mi vida corresponde, a grandes rasgos, a lo que podríamos llamar valores de clase media: mis conocidos reforman la cocina a menudo, igual que yo, y tienen invitados a cenar. Pero ahí había algo distinto, porque las personas de esa anécdota parecían un poco más prestantes que las que yo conozco, pocas de las cuales podrían permitirse instalar una claraboya en el techo, aunque la idea les entusiasmaría. Mi hermana, sin embargo, se mueve en círculos ligeramente más selectos que los míos: eso es algo en lo que reconozco una fuente de tiranteces en nuestra relación. Tengo un poquito de envidia de su vida social y de la gente con la que alterna, debo confesarlo, y a veces pienso que podría esforzarse más para incluirme en ese mundo más interesante que ella habita.

»El segundo motivo —continuó— está relacionado con la anécdota misma y con el pequeño defecto por el que la claraboya acabó cediendo a la presión: la presión del agua propiamente dicha y la presión, esta más misteriosa e intangible, de las personas sobre las que se desplegaba la claraboya, que la admiraban absolutamente convencidas de que aguantaría. Y cuando no aguantó, la claraboya se convirtió en fuente de unos estragos y una destrucción inenarrables, en un instrumento del mal, casi, y el simbolismo de esta configuración de los hechos reviste para mí un significado indiscutible.

La mujer se quedó callada unos instantes mientras, sobre su cabeza, el tembloroso segundero recorría la esfera del reloj. Miré el diagrama y descubrí que se llamaba Penélope.

—Me gustaría volver a ver el mundo con más inocencia —continuó—, de forma menos personal, pero no tengo ni idea de cómo lograrlo, aparte de mudándome a un lugar completamente desconocido, y dónde podría estar ese lugar tampoco lo sé; por no hablar de las relaciones y las responsabilidades —concluyó— que me vuelven loca, pero que, al mismo tiempo, no dejan escapatoria.

Todos los integrantes del grupo habían hablado, todos menos uno, una mujer que según mi diagrama se llamaba Casandra y en cuyo semblante yo había visto crecer la amargura a medida que pasaban las horas, una mujer que había manifestado su desagrado mediante unos gemidos y suspiros cada vez más indiscretos, y que ahora, con los brazos implacablemente cruzados, negaba con la cabeza.

Le pregunté si tenía algo que decir antes de que termináramos, y ella dijo que no. Se había confundido, evidentemente: le habían dicho que la clase era para aprender a escribir, algo para lo que, hasta donde ella sabía, hacía falta usar la imaginación. No tenía idea de qué creía yo que habíamos sacado de esa clase, y tampoco tenía muchas ganas de averiguarlo. Ryan, al menos, les había enseñado algo. Iba a pedir a los organizadores que le devolvieran el dinero, y ya se aseguraría bien de hacerles saber su opinión. No sé quién es usted, me dijo levantándose y recogiendo sus cosas, pero voy a decirle una cosa, es usted una profesora malísima.

7

Mi vecino de vuelo me preguntó si me quedaba tiempo para hacer algo de turismo. Estábamos otra vez en su coche, en la estruendosa vía que llevaba al puerto deportivo, con las ventanillas bajadas y las mangas de su camisa agitándose al viento, frenéticas.

Le dije que ya había estado en Atenas varias veces y que sabía cuáles eran sus lugares más típicos, aunque eso no explicaba del todo por qué aún no me había asaltado la necesidad imperiosa de visitarlos. Se quedó sorprendido: no era consciente de que yo hubiera estado en el país tantas veces. Él viajaba a Londres todo el rato, por ejemplo, pero, a saber por qué, no se le había pasado por la cabeza que los viajes también pudieran realizarse en la dirección contraria. ¿Cuánto hacía de mi última visita? Tres años, respondí. Se quedó callado un rato, y una mirada lejana al horizonte le achinó los ojitos.

—Tres años —dijo con aire pensativo—. Por aquel entonces yo volvía a instalarme en Atenas.

Le pregunté dónde había estado y por qué, y él me dijo que había pasado una temporada viviendo y trabajando en Londres. Un banco le había ofrecido un muy buen trabajo en la ciudad, continuó, y aunque no tenía especial interés en abandonar la libertad que le ofrecía su vida en Atenas ni, sobre todo, su barco, intuía que, en cuanto a ofertas de ese tipo, esa podía ser la última. Y en esa época él veía en Atenas todos sus fracasos o, al menos, todas las cosas que ya habían acabado y que él no veía posibilidad de renovar. En realidad, añadió, la oferta de trabajo lo había sorprendido bastante, porque tenía la autoestima muy baja. Era un

momento muy peligroso en lo que a toma de decisiones se refería, dijo, ese momento en el que no sabes qué es lo que te mereces. Y sus amigos compartían su opinión, evidentemente, porque todos le aconsejaron sin la menor vacilación que aceptara. Son curiosas las ganas con las que los demás te animan a hacer cosas que ellos no harían ni en sueños, ese entusiasmo con el que te guían hacia tu propia destrucción: es dificilísimo que hasta los más bondadosos, los que más te quieren, se tomen tus intereses verdaderamente en serio, porque suelen aconsejarte desde una vida más segura y más aislada que la tuya, en la que escapar no es una realidad, sino algo con lo que de vez en cuando sueñan. Tal vez todos seamos como los animales del zoo, continuó mi vecino de vuelo, y en cuanto vemos que uno de nosotros escapa de su recinto, le decimos a gritos que eche a correr como un loco, aunque lo único que vaya a conseguir así sea perderse. Le dije que esa imagen me recordaba a la escena de una ópera que me gustaba —de hecho, en el apartamento de Clelia había encontrado una grabación—, *La zorrita astuta*, en la que un cazador caza a una zorra, a la que mantiene cautiva con el resto de los animales de la granja. Se la queda porque la quiere a pesar de los destrozos que pueda hacer, y ella también aprecia las atenciones del cazador, por mucho que la tengan presa. La naturaleza de la zorra, sin embargo, la empuja hacia la vida salvaje, y un buen día se escapa de la granja y acaba de vuelta en el bosque; pero en vez de sentirse liberada, está muerta de miedo, pues al haber pasado casi toda su vida en la granja, ya no sabe cómo ser libre. No conocía esa ópera, dijo mi vecino de vuelo; la idea del trabajo en Londres, sin embargo, la había enfocado con una especie de fatalismo inverso, como si la libertad que había disfrutado en su vida fuera algo por lo que ahora tuviera que pagar sometiéndose al yugo de la rutina. Él, vástago de *playboys* y millonarios, conocería por fin los trabajos forzados de una jornada laboral: vendió la casa de Atenas, se compró un apartamento pequeño en una zona cara de la capital inglesa y sacó el barco del agua. Esa fue la única vez que el barco, en sus veinticinco años de historia, abandonó su elemento. Mi vecino de vuelo había dispuesto que permaneciera en un almacén del centro de Atenas; todavía hoy le cuesta expresar la emoción que sintió al ver que sacaban el barco del mar, lo dejaban en la plataforma de un camión al que él siguió en su coche y lo

enterraban en un contenedor en el corazón de la ciudad. Y, después, él se marchó a Londres viendo que iba a correr la misma suerte.

Le pregunté qué lo había sacado de su internamiento y él sonrió. Una llamada, me dijo. Aquel era su segundo invierno en Londres y llevaba una existencia triste y solitaria arrastrándose bajo la lluvia de casa al trabajo y luego de vuelta a casa otra vez, echando dieciocho horas en el banco y, ya en su cárcel enmoquetada, cenando tardísimo algo de comida para llevar, cuando el dueño del almacén de Atenas lo llamó para decirle que había habido un robo y se habían llevado el motor del barco. Al día siguiente, mi vecino de vuelo presentaba la renuncia y cogía un vuelo de regreso a Atenas. Cuánto lo aliviaba, cuánto lo reafirmaba sentirse tan seguro de algo. Casi había acabado por creerse una persona sin sentimientos claros sobre nada, sobre todo con ese historial amoroso suyo que lo había llevado por las ciénagas del fracaso, pero ese ataque a su propiedad le había devuelto la vida y la alegría: era como si le hubiese tocado la lotería. Por primera vez en muchos años sabía lo que quería. Ya de vuelta en su país, lo primero que hizo fue comprar un motor, el mejor que pudo encontrar, aunque debía admitir que tal vez le sobrara un poco de potencia.

Estábamos llegando al puerto deportivo, y mi vecino de vuelo me preguntó si me apetecía parar a tomar un café o a beber algo antes de zarpar. ¿Para qué tantas prisas, después de todo? Teníamos todo el tiempo del mundo. Creía recordar que por la playa, no sabía dónde, había un sitio nuevo que acababa de abrir; levantó el pie del acelerador y se entretuvo mirando a través del parabrisas el polvoriento borde de la carretera y la sucesión de bares y restaurantes más allá de los cuales quedaba la arena y el agua con sus flecos de espuma. Dio un volantazo hacia el trecho sin asfaltar que discurría junto a la carretera y se detuvo delante de un local con palmeras plantadas en cubos blancos y una terraza que daba al mar, ocupada por muebles también blancos y cúbicos. Sonaba *jazz*, y unos camareros vestidos de negro se movían con gracia entre el mobiliario vacío dispuesto a la sombra de un toldo blanco asimétrico que recordaba a una vela gigante. Mi vecino de vuelo me preguntó si su elección me parecía bien. Le dije que el sitio era espectacular; nos bajamos del coche y nos sentamos a una mesa, al lado de una de las palmeras.

No debíamos olvidarnos nunca de disfrutar, me dijo mi vecino de vuelo, eso era muy importante: últimamente su filosofía era esa, en cierto sentido. Su tercera mujer era tan puritana que a veces le daba la impresión de que ni todas las escapadas ni todos los ratos de recreo del mundo iban a poder compensar los años que había pasado a su lado, durante los cuales todo se lo habían tomado tal cual, sin embellecerlo ni un poquito, durante los cuales habían cuestionado el menor placer, descartándolo por innecesario o registrándolo —con impuestos incluidos, añadió mi vecino de vuelo — en un cuaderno al efecto que ella siempre llevaba encima. Nunca había conocido a nadie que de manera tan directa y absoluta reflejara el influjo de su familia, un hogar calvinista obsesionado con el ahorro y enemigo del despilfarro. Aunque su mujer tenía una debilidad, me contó él, las carreras de Fórmula Uno que, dándose un capricho, se permitía ver por televisión, fascinada, sobre todo, por esas escenas en las que el ganador rociaba al gentío entusiasmado con un champán que se echaba a perder. Se habían conocido después de que el segundo divorcio de mi vecino de vuelo hubiera hecho estragos en su situación económica, cuando la oda a la austeridad de ella le había parecido música celestial. En la boda, cuando unos amigos le preguntaron qué había visto en él —pregunta que entonces venía bastante a cuento, reconoció mi vecino de vuelo—, ella respondió: «Lo encuentro interesante».

Mi vecino de vuelo le pidió dos cafés a uno de los camareros que daban vueltas, y durante unos instantes nos dedicamos a observar desde nuestro umbrío cautiverio a la gente de la playa, con esos cuerpos expuestos que, difuminados por la calima, parecían misteriosamente primigenios, tumbados o moviéndose despacio por la orilla, medio desnudos. Yo dije que no me parecía mala razón para casarse con alguien y él dirigió una mirada algo misteriosa al mar. Su exmujer no sabía nada del aspecto físico de la vida, me dijo, aunque cuando se conocieron ella ya casi había cumplido los cuarenta. Después de la calculada seducción de su segunda esposa, él se había sentido atraído por la pureza y la simplicidad de aquella mujer, pero era una persona absolutamente ajena al amor, absolutamente ajena al sexo, y la existencia monacal que ella había llevado hasta entonces —y que, por lo que él sabía, había retomado tras su ruptura— no era fruto de la falta de oportunidades, sino un

reflejo preciso de su personalidad. En materia de sexo, su matrimonio había sido un desastre sin paliativos, pues con un hijo ya concebido, algo que lograron casi enseguida, no hubo manera de que su mujer viera la necesidad de mantener relaciones. Fue un golpe, un buen golpe al que había tratado de adelantarse, pero una noche ella le preguntó con mucha franqueza cuántas veces iba a exigir él su participación en un acto que, eso era evidente, a ella le resultaba tan desagradable como incomprensible, pregunta que a él lo dejó totalmente abatido.

Debía reconocer, sin embargo, que esa mujer le había ofrecido su primera y única visión de un tipo de relaciones distinto, y aún diría más, de un tipo de vida distinto, basado en principios a los que él nunca había prestado ninguna atención: consideración, igualdad, virtud, honor y sacrificio; y también ahorro, por supuesto. Su tercera mujer tenía mucho sentido común y un dominio infalible de la disciplina, la rutina y la economía doméstica, y mi vecino de vuelo descubrió que tanto sus finanzas como su salud estaban mucho mejor de lo que habían estado en mucho tiempo. El suyo era un hogar tranquilo y bien dirigido que tenía en la predictibilidad —algo de lo que él siempre había huido, algo que hasta podríamos decir que había temido— su principio más venerado. Ella le recordaba a su madre, y, de hecho, resultó que era así como quería que la llamara, «madre», mientras que ella, de igual modo, iba a llamarlo «padre», pues aquel era el tratamiento que se habían dispensado sus padres, el único que ella había conocido. Aquello fue la gota que colmó el vaso, evidentemente, pero de todos modos, continuó mi vecino de vuelo, debía reconocer que ella no había sido nunca ni aprovechada ni tonta ni egoísta: era, y seguía siendo, una excelente madre de su hijo, el único de sus hijos —tenía que volver a reconocerlo— que podía definir como estable y equilibrado. En vez de tratar de destrozarlo durante los trámites del divorcio, su mujer había aceptado su parte de culpa por lo que había pasado para que así pudieran dar con la mejor solución posible para ellos y para el niño.

—Entonces comprendí que, en cierto sentido —continuó mi vecino—, en la idea que me había formado de la vida imperaba la confrontación: la historia de los hombres y las mujeres era para mí la historia de un conflicto, tanto que en alguna ocasión me había

preguntado si yo le tendría pánico a la paz, si mis ánimos de azuzar no responderían a un miedo al aburrimiento que también podría verse como miedo a la muerte misma. Cuando nos conocimos te dije que no hay nada como el amor, el amor entre un hombre y una mujer, para regenerar la felicidad, pero el amor también regenera el interés. Es lo que tal vez tú llamarías el argumento —sonrió— y, por tanto, a pesar de todas las virtudes de mi tercera esposa, descubrí que, al fin y al cabo, una vida sin argumento no era una vida que yo pudiera vivir.

Pagó la cuenta mientras, tras una vacilación breve pero perceptible, rechazaba con un gesto de la mano el dinero que yo le ofrecía, y nos levantamos para marcharnos. En el coche me preguntó cómo me había ido la clase de la mañana, y yo me descubrí hablándole de la mujer que se había metido conmigo, de que —durante toda la hora— había notado cómo iban creciendo su rabia y su rencor, y de mi certeza, cada vez más absoluta, de que en algún momento me atacaría. Él escuchaba con cara seria mientras yo desgranaba los detalles de la invectiva de la mujer; lo peor, añadí, había sido ese elemento impersonal, responsable de que me sintiera una nulidad, algo insignificante, aun cuando ella me dedicaba, por así decirlo, toda su atención. Ese sentirme negada y, a la vez, al descubierto había obrado sobre mí un efecto particularmente poderoso, le dije. Como si encerrara algo que, en rigor, no existía. Mi vecino de vuelo se quedó un rato callado mientras continuábamos hacia el puerto deportivo. Se detuvo y apagó el motor.

—Esta mañana estaba en casa —dijo—, en mi casa, en la cocina, preparándome un vaso de zumo de naranja, y de repente me ha asaltado el presentimiento fortísimo de que algo malo iba a pasarte. —Por el parabrisas, miraba el agua centelleante en la que cabeceaban los barcos—. Me parece extraordinaria esa señal que he recibido. Recuerdo que hasta he mirado el reloj y todo: debió de ser justo entonces cuando te he enviado el mensaje para preguntarte si querrías salir a navegar hoy. ¿Es eso? —Le sonreí y le dije que tenía razón, que había recibido su mensaje precisamente entonces, más o menos—. Eso es algo muy fuera de lo común —dijo—. Una conexión muy fuerte.

Se bajó del coche y vi cómo, con ligeros andares de pato, se

acercaba al agua y se agachaba para tirar del cabo empapado. Repetimos la rutina del día anterior: yo esperaba mientras él lo disponía todo en cubierta, y después procedimos a un ceremonioso paso a dos mediante el cual, con el cabo entre las manos, cambiamos de lugar. Cuando todo estuvo listo, puso en marcha el motor y el barco se alejó resollando del amarre, del calor del puerto y del aparcamiento, que, con el sol que brillaba y centelleaba en las ventanillas oscuras, parecía un campo de metales brillantes al anochecer. Esta vez no corrió tanto como la víspera; si fue por consideración o porque, habiendo demostrado su poder, mi vecino podía conservar sus energías, eso ya no lo sé. Yo iba sentada en el mullido asiento, con la espalda de mi vecino de vuelo nuevamente ante mis ojos y el viento restregando la cubierta, y me puse a pensar en las extrañas transiciones, del encanto al desencanto y vuelta a empezar, que recorren los asuntos de los hombres como si de bancos de nubes se trataran, a veces grises e imponentes, otras veces, lejanas formas, inescrutables apenas, que ocultan el sol unos instantes y después, con la misma despreocupación, vuelven a exponerlo a la vista. Levantando la voz para que se impusiera al ruido del motor, mi vecino me dijo que estábamos pasando delante del promontorio y el templo de Sunion, desde cuyos acantilados, según la mitología griega, se arrojó el padre de Teseo al ver que el barco de su hijo se acercaba a tierra firme con una vela negra que él tomó por el anuncio de su muerte. Miré y, a lo lejos, vi un templo en ruinas que recordaba a una pequeña diadema hecha pedazos descansando sobre la colina, justo antes de que la tierra se desplomara y se diera contra el mar.

Mensajes cruzados, continuó mi vecino de vuelo mientras nos acercábamos a la cala y empezábamos a reducir la marcha, en los que una trama cruel a veces hallaba su equivalente en la vida: su hermano, el que había fallecido hacía cinco años, una persona buena y generosa, había sufrido el ataque cardiaco fatal mientras esperaba que un amigo suyo llegara a comer. Como acababa de mudarse a un apartamento nuevo y aún no se acordaba bien de la dirección, se la había dado mal a su amigo —que, por más señas, resultaba que era médico—, y mientras su invitado lo buscaba en una calle de nombre parecido en la otra punta de la ciudad, él yacía en el suelo de su cocina con la vida escapándosele, una vida que,

según parece, podría haberse salvado de haber llegado alguien a tiempo. La reacción al suceso de su esquivo hermano mayor, el retraído millonario suizo, había consistido en instalar un complejo sistema de alarmas en su apartamento, pues, aunque era de esos hombres que jamás olvidarían su dirección, también era una persona completamente desprovista de amigos y muy tacaña que no había tenido invitados a comer en la vida; y cuando a él también le llegó su ataque al corazón —algo que, dado el historial médico de su familia, entraba dentro de lo probable—, se limitó a presionar el botón de emergencia más cercano, y al cabo de unos minutos ya estaba en un helicóptero que lo llevaba a toda prisa a una puntera unidad de cardiología de Ginebra. A veces, continuó mi vecino de vuelo, lo mejor —y ahora le venía a la cabeza el padre de Teseo— era no aceptar un no por respuesta; por principio, casi.

Le dije que yo, al contrario, había acabado cada vez más convencida de las virtudes de la pasividad, de vivir una vida en la que el yo dejara una impronta lo más pequeña posible. Si nos empeñábamos, podíamos lograr casi todo lo que nos propusiéramos, pero empeñarse —me parecía a mí— era casi siempre una señal de ir a contracorriente, de forzar los acontecimientos en una dirección en la que, por naturaleza, no querían ir, y aunque podría decirse que sin forzar un poco la naturaleza de las cosas nunca conseguiríamos nada, la artificialidad de esa postura y sus consecuencias habían acabado —por decirlo sin rodeos— repugnándome. Como existía una diferencia enorme entre las cosas que yo deseaba y las que, por lo visto, podía tener, continué, hasta que me reconciliara definitivamente con ese hecho, me había propuesto no desear nada.

Mi vecino de vuelo se quedó callado un buen rato. Condujo el barco hacia la cala desierta, donde las aves marinas se habían posado en las rocas y el agua formaba remolinos en la pequeña ensenada, y sacó el ancla de su compartimento. Se inclinó hacia mí para echarla por la borda y fue soltándola despacio hasta que notó que descansaba en el lecho marino.

—¿No ha habido nadie, de verdad? —me preguntó.

Había habido alguien, le respondí. Seguíamos siendo muy buenos amigos. Pero no había querido seguir con la historia. Estaba tratando de dar con una manera distinta de habitar en el mundo.

Ahora que nos habíamos detenido, el calor apretaba. El sol caía justo sobre el banco acolchado en el que estaba sentada, y el único espacio a la sombra estaba justo debajo del toldo, donde mi vecino se apoyaba contra un lado del barco, de pie con los brazos cruzados. Levantarme y ponerme a su lado habría sido algo incómodo. Notaba que la piel de la espalda me ardía. En ese preciso instante, mi vecino de vuelo se movió, pero lo único que hizo fue tapar el compartimento en el que guardaba el ancla, después de lo cual retomó su posición. Entendía, me dijo, que yo aún estaba muy dolida. Los ratos que había pasado conmigo le habían traído a la memoria episodios de su vida en los que llevaba muchos años sin pensar y le habían hecho revivir algunos de esos sentimientos. El auténtico final de su primer matrimonio había coincidido con una gran celebración familiar a la que habían invitado a parientes de las dos partes, una comida que habían organizado en la mansión que tenían a las afueras de Atenas, lo bastante grande y lo bastante lujosa como para que cupieran todos. La fiesta había sido un éxito, y cuando ya no quedaba más comida ni bebida, todo estaba recogido y los invitados se habían marchado por fin, mi vecino de vuelo, agotado, se había tumbado en el sofá para echar una cabezadita. Su mujer estaba en la cocina lavando los últimos platos, los niños estaban fuera, jugando no sabía dónde, un partido de críquet seguía su lento curso en el televisor y, en medio de esa estampa de satisfacción doméstica, mi vecino de vuelo cayó en un sueño profundo.

Apoyado contra un lado del barco, se quedó callado unos instantes con los carnosos brazos cubiertos de pelo blanco y de venas como cuerdas cruzados sobre el pecho.

—Creo —continuó— que lo que hizo mi mujer fue premeditado, que me vio allí tumbado y recurrió a la sorpresa para arrancarme una confesión. Se acercó al sofá y me sacudió el hombro despertándome de un sueño muy profundo, y antes de que pudiera darme cuenta de dónde estaba o tuviera tiempo para pensar, me preguntó si estaba teniendo una aventura. La estupefacción no me permitió inventar una mentira a tiempo, y aunque no creo que llegara a admitir mi aventura, el margen de duda que dejé confirmó sus sospechas; y a partir de entonces —dijo mi vecino de vuelo— fue creciendo la discusión que puso fin a nuestro matrimonio y por

la que, poco después, me fui de casa. Me parece que todavía no puedo perdonarla por el modo en que se aprovechó a propósito de un momento de vulnerabilidad para sonsacarme algo de lo que ya tenía una idea preconcebida. Su actitud todavía me enfurece —continuó—, y creo que determinó todo lo que pasó a continuación, su indignación y su negativa a aceptar culpa alguna por nuestra situación, y también el maltrato al que me sometió durante el divorcio. Nadie podría decir que obrara mal por despertarme de la siesta, por supuesto, por mucho que no tuviera ningún motivo para hacerlo y yo hubiera podido seguir durmiendo durante horas. Aunque creo, como digo, que fue precisamente esa maniobra solapada la causante de la virulencia de mi mujer, pues nadie se muestra menos dispuesto al perdón que las personas que han ofendido de forma ladina, como si quisieran arrancarte su propia inocencia a cualquier precio.

Su confesión, si es que de eso se trataba, la escuché en silencio. Descubrí que mi vecino de vuelo me había decepcionado, y ese descubrimiento hizo que, por primera vez, le temiera. Algunos podrían tachar su acusación de un poquito interesada. Al menos te despertó, le dije: podría haberte aporreado ahí mismo hasta matarte.

—No había sido nada —respondió con un gesto de la mano, como apartando el asunto—, una tontería, un coqueteo de despacho que se nos fue de las manos.

Mientras hablaba, cruzó su rostro una mirada tan manifiestamente culpable que me pareció estar viendo ahí mismo, al cabo de tantos años, la escena del sofá. Mentir se le daba muy mal, de eso me daba cuenta, y le dije que costaba mucho no comprender a su mujer, la madre de sus hijos, aunque esa, obviamente, no era la reacción a su historia que él quería. Se encogió de hombros. ¿Por qué tenía que asumir él toda la culpa de que su matrimonio —que, a fin de cuentas, se remontaba a un compromiso de su adolescencia— se hubiera vuelto, si no aburrido, sí confortable hasta el embotamiento? Si hubiera podido prever las consecuencias… Dejó la frase sin terminar. Bueno, aun así, un desenlace parecido habría sido inevitable, admitió. Su romance clandestino, insignificante como había sido, le había hecho señas como las luces de la ciudad en la distancia. Se había sentido atraído

no tanto por esa mujer en concreto como por el concepto mismo de emoción y posibilidad que, inmensa y prometedora, parecía acogerlo —desde lejos, como ya había dicho— y brindarle un anonimato que tal vez también supusiera un replanteamiento de su personaje en su totalidad, de él mismo, a quien tan a fondo y, sin embargo, con tantos límites había conocido su mujer y, antes que ella, sus padres, sus hermanos, sus tíos y sus tías. Para poder liberarse del conocimiento que de él tenían, mi vecino de vuelo había buscado ese mundo más prometedor que, en su juventud, había tomado por mucho más extenso de lo que en realidad era. Sus relaciones con las mujeres le han valido más desilusiones de las que puede contar. Aun así, parte de esa sensación —la sensación de entusiasmo que también es un renacimiento de la identidad— ha estado presente en todas sus experiencias de enamoramiento; y, al final, a pesar de todo, esos han sido los momentos más absorbentes de su vida.

Le dije que me intrigaba que no fuera capaz de ver la relación entre la desilusión y el conocimiento en ese relato. Si él solo era capaz de amar lo que no conocía y sentirse amado en las mismas condiciones, el conocimiento desembocaba, entonces, en un desencanto inexorable cuya única cura consistía en enamorarse de alguien nuevo. Silencio. Se quedó ahí parado con aire entre avejentado y llorica, con los brazos peludos cruzados sobre la panza, el bañador colgándole entre las piernas y una expresión perpleja casi fosilizada en esa cara de pájaro suya. El silencio se extendía entre el mar centelleante y el sol cegador. Adquirí conciencia del ruido del agua que chocaba contra los flancos del barco, de los estridentes gritos de las gaviotas en sus rocas, del débil sonido de motores que llegaba de tierra. Mi vecino de vuelo alzó la cabeza y miró hacia el mar con la barbilla levantada y los ojos escudriñando el horizonte. Había cierta rigidez en su ademán, una incomodidad como la del actor que está a punto de pronunciar una frase demasiado célebre.

—Llevo tiempo preguntándome por qué me siento tan atraído por ti —dijo.

Su tono era tan trascendente que no pude reprimir una carcajada. Aquello lo confundió y lo dejó algo perplejo, por lo visto, pero aun así se acercó hacia mí; salió de la sombra al sol, lenta pero

inexorablemente, cual criatura prehistórica emergiendo de su cueva. Se agachó, rodeó con torpeza la nevera portátil que yo tenía a mis pies y, de lado, fue a abrazarme pasándome un brazo por los hombros mientras trataba de que su cara tocara la mía. Me llegaba el olor de su aliento y sus pobladas cejas grises me rascaban la piel. El enorme pico que tenía por nariz asomaba imponente a un extremo de mi campo visual, sus manos como garras, con su pelo blanco, me sobaban los hombros; por unos instantes me sentí envuelta en su grisura y su aridez, como si la criatura prehistórica estuviera estrechándome entre sus secas alas de murciélago. Noté que su escamosa boca erraba el blanco y, a ciegas, se desviaba hacia mi mejilla. El trance lo pasé rígidamente inmóvil, con la vista al frente, clavada en el timón, hasta que por fin se apartó y regresó a la sombra.

Le dije que tenía que guarecerme del sol y que iba a meterme en el agua, y él asintió con la cabeza, mirándome sin decir palabra. Salté por la borda y me puse a nadar por la cala acordándome de la familia del barco del otro día, y al echarlos en falta experimenté un extraño dolor que se convirtió en añoranza por mis hijos, tan repentinamente lejanos para mí que hasta me costaba creer en su existencia. Nadé tanto rato como pude, pero al final volví al barco y subí despacio por la escalera. Mi vecino de vuelo andaba ocupado en algo, soltando y ajustando los finos cabos a los que estaban sujetas las defensas dispuestas a los costados del barco. Empapada, me quedé de pie en cubierta con una toalla echada sobre los hombros, allí donde la piel me dolía por el sol, y lo miré. Tenía una navaja en la mano, una navaja suiza roja con una cuchilla de sierra muy larga; estaba cortando los extremos deshilachados de los cabos con aire muy resuelto, y al serrar, los gruesos antebrazos se le hinchaban. Volvió a atar los cabos mientras yo le miraba, y después, echando a andar por la cubierta, se me acercó sin soltar la navaja. ¿Había nadado a gusto?, me preguntó.

Sí. Gracias por tomarse la molestia de llevarme a un sitio tan bonito, contesté. Pero tenía que entender que yo no buscaba una relación con ningún hombre, ni ahora ni, probablemente, nunca más. Mientras hablaba, me daba en la cara un sol muy molesto. Lo que yo más valoraba era la amistad, continué mientras él jugueteaba con la navaja que tenía en la mano, sacando y metiendo

las cuchillas. Yo lo miraba mientras entre sus dedos aparecían y desaparecían piezas de acero, cada una con una forma particular, algunas largas y puntiagudas y afiladas, otras extrañamente provistas de pinchos y cuernos. Y ahora, le dije, si no le importaba, deberíamos regresar.

Inclinó la cabeza despacio. Por supuesto; él también tenía cosas que hacer. Si me parecía bien, podríamos esperar a que él se refrescase y después nos pondríamos en marcha. Mientras se alejaba a nado abriendo un surco con su crol pesado y breve, su teléfono, que estaba en algún lugar de la cubierta, sonó. Yo me quedé sentada al sol mientras sonaba y volvía a sonar, esperando a que enmudeciera.

8

Mi amiga Elena era muy guapa: Ryan estaba fuera de sí. Llevaba un rato paseando tranquilamente por la calle cuando nos vio sentadas en un bar. Juega en otra liga, me dijo cuando ella se disculpó y se levantó para hacer una llamada. Elena tenía treinta y seis años, era inteligente y vestía de un modo exquisito. Otro mundo, añadió Ryan.

El bar estaba en una callejuela estrecha y tan empinada que las mesas y las sillas quedaban inclinadas, bailando sobre la acera irregular. Yo acababa de ver cómo una mujer, una turista, se caía de espaldas en un parterre y sus bolsas de la compra y sus guías salían volando hacia los lados mientras su marido permanecía inmóvil en su silla, asustado, con más vergüenza que preocupación, por lo visto. El hombre llevaba unos prismáticos colgados al cuello y botas de montaña en los pies, unos pies que permanecieron escrupulosamente ocultos bajo la mesa mientras su mujer se debatía en la vegetación seca y llena de pinchos. Por fin, el hombre alargó el brazo hasta el otro lado de la mesa para ayudar a su mujer a levantarse, pero como ella no llegaba a alcanzarlo, no tuvo más remedio que salir de allí ella sola.

Le pregunté a Ryan a qué había dedicado el día y él me contó que había ido a un par de museos y que después había pasado la tarde paseando por el Ágora, aunque, para ser sinceros, estaba algo perjudicado. Había trasnochado con algunos de sus alumnos más jóvenes. Lo habían llevado a varios bares, cada uno a unos buenos cuarenta minutos andando del siguiente. Los años ya me pesan, me dijo. Yo solo quería tomarme una copa, dónde o cómo conseguirla

me daba igual, y no tenía ninguna necesidad de ir andando hasta la otra punta de la ciudad para tomármela en un sofá con forma de labios. Pero era un grupo bastante majo, dijo. Le habían enseñado algunas palabras en griego; no sabía cuán lejos lo llevarían, con una pronunciación como la suya, pero de todos modos, hacerse una idea de las cosas a nivel verbal era muy interesante. Hasta entonces no había reparado nunca en la cantidad de términos en inglés que venían de compuestos griegos. La palabra «elipsis», por ejemplo, podía traducirse, por lo visto, como «ocultarse tras el silencio». Qué cosa tan fascinante, dijo.

Elena volvió y se sentó. Esa noche me recordaba especialmente a Lorelei, la ondina del Rin, toda curvas y ondas.

—Mi amiga se reunirá con nosotros en breve —dijo—, en un local que no queda demasiado lejos de aquí.

Ryan arqueó una ceja.

—¿Vais a alguna parte, vosotras dos?

—Vamos a encontrarnos con Melete —respondió Elena—. ¿Te suena el nombre? Es una de las más destacadas poetas lesbianas de Grecia.

Ryan dijo que no se encontraba muy bien; iba a tener que dejarnos. Como ya nos había dicho, se había acostado muy tarde. Y al volver al apartamento a las tres de la madrugada se lo había encontrado lleno de unas enormes criaturas, una especie de escarabajos alados que revoloteaban por ahí y que había tenido que cargarse a zapatazos. Alguien —y no había sido él— se había dejado la luz encendida con una ventana abierta. De todos modos, le llamaba la atención lo poco que le había importado ponerse a masacrar alegremente a esos cabrones: de joven, una cosa así le habría dado demasiado miedo. Ser padre te vuelve valiente, dijo. O puede que te desinhiba. Lo había notado la víspera, tratando con esos veinteañeros. Ya no se acordaba de lo tímidos que, en materia corporal, podían llegar a ser.

Caía la noche, repentina y cálida, y la callejuela no tardó en llenarse de oscuridad. El hombre de las botas de montaña y su mujer ya se habían ido. El móvil de Ryan sonó y él lo cogió enseñándonos la fotografía de un niño sonriente y desdentado que parpadeaba en la pantalla. Estará a punto de irse a la cama, dijo; hasta la próxima, chicas. Se levantó y, tras despedirse con la mano,

echó a andar colina abajo, hablando. Elena pagó la cuenta con la tarjeta de la empresa —como trabajaba en una editorial, me dijo, nuestra cita podía considerarse, en sentido estricto, una reunión de trabajo— y nos dirigimos hacia la luz y el ruido de la calle principal. Caminaba a mi lado calzada con sandalias de tacón y paso rápido y ligero; llevaba un vestido suelto de punto de un dorado oscuro idéntico al de su largo pelo ondulado. Al pasar, todos los hombres, uno tras otro, la miraban. Cruzamos la plaza Kolonaki, que ahora, y salvo por una o dos figuras oscuras que yacían acurrucadas en los bancos, estaba vacía. En uno de los muros bajos de hormigón había una mujer sentada con las piernas extrañamente salpicadas de barro seco que comía galletitas saladas de un paquete. En el quiosco, cerca de la mujer, un niño pequeño miraba las chocolatinas. Subimos por un callejón y salimos a una placita muy concurrida, llena del ruido de las personas que abarrotaban las terrazas de los restaurantes, todas con caras que, en esa penumbra, la luz eléctrica volvía chillonas. El calor y el ruido y la luz eléctrica que alumbraba la oscuridad creaban una atmósfera de excitación sostenida, como una ola que rompiera constantemente, y aunque era imposible distinguir un restaurante de otro, Elena dejó varios atrás antes de entrar muy decidida en uno. El lugar de encuentro era ese; Melete le había dicho que cogiera sitio y que la esperara allí. Después de zigzaguear entre las mesas, Elena habló con un camarero que, sin moverse de su sitio, implacable como un agente de policía, se puso a mover la cabeza mientras ella hablaba.

—Dice que están llenos —me comunicó alicaída dejando caer los brazos a los costados.

Se había llevado un chasco tan grande que ni se movió, se quedó parada entre las mesas, mirándolas como si quisiera que acabaran rindiéndose ante ella. Al ver aquella actuación, el camarero cambió de opinión, por lo visto sí que había mesa, si nos conformábamos con sentarnos en la de esa esquina, me tradujo Elena. Nos enseñó la mesa, que Elena inspeccionó como si al final no fuera a cogerla. Está demasiado cerca de la pared, comentó. ¿Te parece que vamos a estar a gusto? Le dije que no me importaba estar pegada a la pared: ella podía sentarse más hacia fuera, si quería.

—¿Por qué llevas esta ropa tan oscura? —me preguntó en cuanto nos sentamos—. No lo entiendo. Cuando hace calor, yo me

pongo cosas claras. Y me parece, también, que te has quemado un poco con el sol —añadió—. Entre los hombros, justo ahí, tienes la piel quemada.

Le conté que había pasado la tarde en un barco con alguien a quien no conocía tan bien como para pedirle que me pusiera crema en la espalda. Me preguntó de quién se trataba. ¿Era un hombre?

Sí, contesté yo, un hombre al que había conocido en el avión y con quien había trabado conversación. Elena abrió los ojos sorprendida.

—Nunca habría dicho que tú fueras a subirte a un barco con un completo desconocido —me dijo Elena—. ¿Cómo es? ¿Te gusta?

Cerré los ojos para traer a la memoria los sentimientos que mi vecino de vuelo me despertaba. Cuando volví a abrirlos, Elena seguía mirándome, esperando. Le dije que estaba ya tan poco acostumbrada a considerar las cosas según me gustaran o no, que no era capaz de responder a su pregunta. Mi vecino de vuelo tan solo era un ejemplo perfecto de algo que no suscitaba en mí más que una ambivalencia absoluta.

—Pero aun así has dejado que te llevara a navegar —me dijo.

Hacía calor, respondí. Y cuando habíamos salido del puerto, lo habíamos hecho como amigos, o eso creía yo. Le describí su tentativa de darme un beso con el barco anclado lejos de la costa. Le conté que era viejo y que decirle que era feo me había parecido cruel; sus insinuaciones físicas me habían resultado tan repelentes como inesperadas. No habría imaginado en la vida que fuera a hacer una cosa así; o, para ser más precisos, y antes de que Elena señalara que había que ser estúpido para descartar esa posibilidad, lo que yo pensaba era que jamás se atrevería a hacer nada semejante. Yo creía que las diferencias entre nosotros eran muy evidentes, pero a él no se lo habían parecido.

Esperaba que le hubiera dejado las cosas bien claras, me dijo Elena. Al contrario, contesté, le había salido con excusas de todo tipo para no herir sus sentimientos. Elena se quedó callada un rato.

—Si le hubieras dicho la verdad —dijo—, si le hubieras dicho, mira, eres viejo y bajo y gordo, y aunque me caes bien, la verdad es que solo he venido a dar una vuelta en tu barco —Elena se echó a reír abanicándose la cara con la carta—, si le hubieras dicho todas esas cosas, sabes, te habrían devuelto algunas verdades. Siendo

sincera, habrías obtenido sinceridad.

Ella misma, continuó, había conocido los pozos de la desilusión con el carácter masculino por haber echado mano de la misma franqueza, precisamente: hombres que decían morir de amor por ella y que al minuto siguiente la insultaban abiertamente; en cierto modo, había tenido que alcanzar ese espacio de sinceridad mutua para poder descubrir quién era ella y qué quería de verdad. Lo que no soportaba, continuó, era el fingimiento, de la clase que fuera, sobre todo ese deseo fingido que llevaba a alguien a simular la necesidad de poseerla por completo cuando, en realidad, lo que de verdad quería era utilizarla de forma temporal. Ella, por su parte, continuó Elena, estaba bastante dispuesta a utilizar también a los demás, pero eso solo lo admitía una vez que los demás ya habían confesado esa intención en sí mismos.

Sin que Elena la hubiera visto, una mujer delgada de cara zorruna se acercaba a la mesa. Supuse que sería Melete. Con mucho sigilo, se puso detrás de la silla de Elena y le apoyó una mano en el hombro.

—*Yassas* —dijo con voz lúgubre.

Llevaba un chaleco masculino de color negro y pantalones, y el pelo corto y liso que formaba dos relucientes alas negras le caía a ambos lados de una cara tímida, delgada y afilada.

Elena se volvió en su silla para saludarla.

—¡Tú también! —exclamó—. Esta ropa negra, las dos… ¿por qué vais siempre de negro?

Melete se tomó su tiempo antes de responder. Se sentó en la silla que quedaba libre, se reclinó y cruzó las piernas, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del chaleco y se encendió uno.

—Elena —dijo—, hablar del aspecto de los demás es de mala educación. Lo que llevemos es asunto nuestro. —Desde el otro lado de la mesa, me tendió la mano y estrechó la mía—. Hoy esto está muy ruidoso —dijo mirando a su alrededor—. Acabo de participar en un recital poético cuyo público ascendía a seis personas. La diferencia es bastante notable.

Cogió la carta de vinos de la mesa y empezó a estudiarla con el cigarrillo humeante entre los dedos, un ligero temblor en la fina nariz y el pelo brillante que le caía hacia adelante, sobre las mejillas.

Una de las seis, continuó levantando la vista, era un hombre que asistía a casi todos los actos públicos en los que ella participaba y se sentaba en la primera fila haciéndole muecas. Llevaba ya varios años así. A la que ella levantaba la vista del atril, y no solo en Atenas, sino también en otras ciudades que quedaban bastante lejos, allí estaba él, justo delante de ella, sacándole la lengua y haciéndole gestos groseros.

—Pero ¿lo conoces? —preguntó Elena estupefacta—. ¿Has hablado alguna vez con él?

—Fui profesora suya —contestó Melete—. Lo tenía de alumno, de eso hace mucho tiempo, cuando daba clase en la universidad.

—¿Y qué le hiciste? ¿Por qué te tortura así?

—No me queda más remedio que suponer que no tiene motivo alguno —respondió Melete muy seria dando una calada al cigarrillo —. Yo no le hice nada: apenas si recuerdo haberle dado clase. Él pasó por uno de mis cursos, uno con más de cincuenta alumnos. No me fijé en él. He tratado de recordar algún incidente en particular, claro está, pero no hubo ninguno. Podrías pasarte la vida entera tratando de localizar el error que lo desencadenó todo. Los personajes de los mitos creían que sus desgracias venían de no haberles ofrecido sus libaciones a ciertos dioses. Pero hay otra explicación, la de que, sencillamente, está loco.

—¿Has probado a hablar con él? —le preguntó Elena.

Melete negó con la cabeza, despacio.

—Como ya he dicho, no lo recuerdo casi, aunque no me olvido de la gente tan fácilmente. Podríamos decir que este ataque llega de donde menos me lo esperaba. En realidad, no miento si digo que este alumno era la última persona en quien habría podido ver una amenaza potencial.

A veces, continuó Melete, casi pensaba que era precisamente eso lo que había desencadenado el comportamiento del chico. El sentido de la realidad que ella tenía, en otras palabras, había suscitado un ataque, había creado un ente ajeno a sí mismo que se burlaba de ella, que la odiaba. Pero como os decía, añadió, esas ideas pertenecen al terreno de la sensibilidad religiosa, que en nuestra época se ha convertido en el idioma de la neurosis.

—Prefiero llamarlo locura —dijo Melete—, mía o suya, no lo sé, y lo que he hecho ha sido tratar de encariñarme con él. Siempre que

levanto la vista, allí lo tengo, moviendo los dedos y sacándome la lengua. En realidad, puedo contar con él absolutamente siempre, es más fiel que cualquier amante que haya tenido. Y yo trato de devolverle su amor.

Cerró la carta de vinos y levantó el dedo para llamar al camarero. Elena le dijo algo en griego, acción que desencadenó una breve disputa entre las dos a la que el camarero se sumó cuando ya andaba mediada y en la que, sin lugar a dudas, tomó partido por Melete, apuntando su pedido mientras sacudía la cabeza bruscamente y hacía caso omiso de las continuas interrupciones de Elena.

—Elena no sabe de vinos —me dijo Melete.

Elena no pareció ofenderse por el comentario. Volvió a sacar el tema del acosador de Melete.

—Lo que nos has descrito —dijo— es completamente subjetivo. La idea de que debemos amar a nuestros enemigos es, a todas luces, una ridiculez. Es un concepto totalmente religioso. Decir que amas lo que odias y lo que te odia es como admitir que te han derrotado, que aceptas la opresión y que tan solo procuras no sentirte tan mal por ello. Y decir que lo amas es como decir que no quieres saber lo que de verdad piensa de ti. Si hablaras con él, lo descubrirías.

Observé a las personas que ocupaban las otras mesas del restaurante y las de las terrazas contiguas; estaban todas tan apiñadas que las conversaciones parecían incendiar la plaza entera. Aquí y allá, los mendigos se movían entre los interlocutores, que a menudo tardaban en reparar en su presencia y, o bien les daban algo, o bien se los sacudían de encima. Vi que la escena se repetía varias veces, esa figura espectral parada detrás de una persona que comía y bebía sin hacerle ningún caso, absorta en la vida. Una mujer menudísima y muy seca cubierta con una capucha deambulaba entre las mesas cercanas, y se nos acercó murmurando con una especie de garrita tendida por mano. Vi que Melete le ponía unas monedas en la palma y le decía unas palabras acariciándole los dedos con delicadeza.

—Lo que él piense no tiene importancia —continuó Melete—. Si averiguara más cosas sobre lo que piensa, podría empezar a confundirlo conmigo. Y no estoy hecha de las ideas ajenas, como tampoco hago mis versos con los poemas de otros.

—Pero él lo ve como un juego, una fantasía —replicó Elena—. A los hombres les gusta jugar a este juego. Y el caso es que temen tu sinceridad, porque lo echaría a perder. Al no ser sincera con un hombre, permites que siga adelante con su juego, que viva en su fantasía.

Como validando su teoría, me sonó el móvil, que tenía encima de la mesa. Era un mensaje de mi vecino de vuelo: «Te echo de menos», decía.

Solo yendo más allá de las fantasías que los demás construyen sobre sí mismos y sobre el otro, continuó Elena, podemos alcanzar un nivel de realidad en el que las cosas asumen su auténtico valor y son lo que parecían. Algunas de esas verdades, eso había que reconocerlo, eran desagradables, pero otras no. Lo peor, creía ella, era tratar con una versión de alguien cuando, oculta a la vista, existía otra versión distinta. Y si la personalidad de un hombre tenía su lado feo, ella prefería llegar a ese lado enseguida y hacerle frente. No quería que ese lado vagara oculto por las zonas más remotas de su relación: quería provocarlo y sacarlo a la luz, no fuera a atacarla por la espalda.

Melete se echó a reír.

—Según ese razonamiento —dijo—, no puede existir relación alguna, solo personas acechándose mutuamente.

El camarero trajo el vino, una botellita sin etiqueta del color de la tinta, y Melete se dispuso a servirnos.

—La verdad —contestó Elena— es que mi necesidad de provocar es algo que a los demás les cuesta mucho entender. Pero a mí siempre me ha parecido muy lógica. Admito, sin embargo, que ha supuesto el final de casi todas mis relaciones, porque es inevitable que ese final también sea, como dices, por ese mismo razonamiento, algo que me siento impelida a provocar. En otras palabras, si la relación va a terminar, quiero saberlo y enfrentarme a ello cuanto antes. A veces —continuó—, el proceso es tan rápido que la relación termina casi en cuanto empieza. Muy a menudo tengo la sensación de que a mis relaciones les falta historia, y eso se debe a que me adelanto a mí misma igual que cuando pasaba las páginas de un libro para conocer el desenlace en el último capítulo. Quiero saberlo todo enseguida. Quiero descubrir el contenido sin tener que atravesar el arco temporal.

La persona con la que en esos momentos mantenía una relación, dijo Elena —un hombre que se llamaba Konstantin—, le había hecho temer por primera vez en su vida esas tendencias, porque —a diferencia de cualquier otro hombre con el que se hubiera topado, para ser franca— lo consideraba su igual. Era inteligente, guapo, divertido, un intelectual: le gustaba tenerlo a su lado, le gustaba verse en el reflejo que él le devolvía. Y como él era un hombre con una ética y unas actitudes propias, ella sentía —por primera vez, como nos había dicho— una especie de frontera invisible a su alrededor, una línea que, aun sin que nadie se hubiera pronunciado al respecto, estaba claro que no debía cruzar. Esa línea, esa frontera, era algo que nunca le había parecido tan palpable en ningún otro hombre, en ninguno de esos hombres cuyas defensas solían estar hechas a toda prisa, armadas a partir de fantasías y mentiras que nadie —y ellos los últimos— iba a culparla por querer romper. Así, cuando veía a Konstantin no solo la embargaba el sentido de lo prohibido, la sensación de que, para él, ver que ella lo asaltaba en busca de la verdad sería lo mismo que descubrir que había entrado en su casa y le había robado sus cosas, sino que había acabado temiendo, precisamente, aquello por lo que lo amaba: esa igualdad con ella misma.

Y, por tanto, él seguía teniendo a mano esa arma que, hasta entonces, tan rápidamente había podido arrebatarle ella a cualquier otro hombre: la capacidad de herirla. Hacía poco, en una fiesta a la que lo había llevado y donde le había presentado a muchos de sus amigos, había disfrutado pavoneándose delante de su círculo social, viendo la belleza, el ingenio y la integridad de Konstantin a través de esos ojos ajenos —y viceversa, porque era una casa de artistas y de otra gente interesante de su mundo—, y se había puesto a escuchar a escondidas la conversación de Konstantin con una mujer a la que conocía y que no le caía muy bien, una mujer que se llamaba Yanna. Si había caído en la tentación de fisgar era por la ojeriza que le tenía a esa mujer: quería oír a Konstantin hablando para imaginar la envidia de Yanna por la inteligencia y la apostura de su novio. Yanna se interesó por los hijos de Konstantin, dos de un matrimonio anterior, y entonces, mientras Elena escuchaba, Yanna le preguntó tan tranquila si le gustaría tener más hijos. No, contestó él, mientras Elena, que escuchaba, notaba cómo unos

cuchillos se le iban clavando desde todas las direcciones; no, no creía que fuera a querer más hijos, ya estaba contento con las cosas tal como estaban.

Elena se llevó la copa a los labios con una mano temblorosa.

—Nunca habíamos hablado del tema de los hijos —continuó en voz baja—, pero está claro que, para mí, es un asunto todavía abierto, que yo podría perfectamente querer tenerlos. Y, de repente, esa fiesta que tanto disfrutaba y donde tan bien me lo estaba pasando se convirtió en una tortura. No era capaz de reír ni de sonreír ni de hablar en condiciones con nadie, lo único que quería era salir de allí y estar sola, pero tuve que quedarme con Konstantin hasta el final. Y él, que por supuesto había advertido mi enfado, no paraba de preguntar qué me pasaba; y durante el resto de la velada, y por la noche, siguió pidiéndome que le dijera cuál era el problema. Por la mañana se marchaba, iba a pasar unos días fuera por trabajo. Tenía que contárselo, me dijo. Se le hacía imposible ir al aeropuerto y subirse al avión conmigo en ese estado. Pero contárselo habría sido tremendamente humillante, claro está: lo que yo había descubierto por casualidad no iba dirigido a mis oídos, y luego estaba el tema en cuestión, que debía abordarse de otro modo.

—Me parecía que, mientras la opinión que cada uno tenía del otro no cambiara, la situación no tendría salida. Tenía la sensación —continuó—, sensación que conservo desde entonces y que se agudiza cada vez que discutimos, de estar atrapada con él en una red de palabras, los dos enredados entre nudos y cuerdas, convencidos de que podríamos decir algo para liberarnos, pero cuantas más palabras pronunciábamos, más enredos y nudos había. Me descubro acordándome de lo sencillos que eran esos tiempos en los que todavía no habíamos cruzado una sola palabra: ese es el momento al que me gustaría volver, justo antes de que abriéramos la boca para hablar.

Miré a la pareja de la mesa de al lado, un hombre y una mujer que habían cenado en un silencio prácticamente absoluto. Ella había dejado el bolso en la mesa, delante del plato, como si le preocupara que pudieran robárselo. Estaba entre los dos, y los dos lo miraban de vez en cuando.

—Pero ¿le dijiste a Konstantin que lo habías oído? —preguntó

Melete—. Esa mañana, mientras esperabais su taxi, ¿lo confesaste?

—Sí —respondió Elena—. Estaba avergonzado, naturalmente, y me dijo que había sido un comentario irreflexivo, que no significaba nada, y, en cierto modo, yo lo creí y me quedé más tranquila, pero en el fondo pensé: ¿para qué molestarse en hablar? ¿Para qué decir nada, si al minuto ya puedes retirar lo que has dicho? Aunque yo quería que lo retirara, claro está. Y si ahora me paro a pensar en el asunto, me parece ligeramente irreal, como si, permitiendo que se desdiga, yo ya no pudiera estar segura de lo que pasó en realidad. Bueno —continuó Elena—, el taxi llegó y él se subió y se marchó, los dos hicimos las paces, pero después empecé a notar una mancha, algo pequeño pero permanente, como una manchita que estropea el vestido entero; imaginé que pasarían los años, que tendríamos hijos y que yo nunca sería capaz de olvidar cómo había sacudido la cabeza, negando, cuando alguien le había preguntado si quería tenerlos. Y tal vez él se acordara de que yo era una persona capaz de invadir su intimidad y de juzgarlo a partir de lo que había encontrado. La idea me dio ganas de escapar de él, del apartamento y de la vida que compartíamos, de esconderme en algún lado, en algo todavía sin mácula.

Se hizo un silencio en el que no tardó en colarse el ruido de las mesas circundantes. Bebimos el vino oscuro y suave, tan suave que casi ni lo notaba en la lengua.

—Anoche tuve un sueño en el que yo y otras mujeres, algunas amigas mías y otras desconocidas, tratábamos de entrar en la ópera —dijo Melete—. Pero todas sangrábamos, la sangre menstrual nos salía a borbotones: un desmadre justo en la entrada del teatro de la ópera. Teníamos sangre en el vestido, nos chorreaba sobre los zapatos; cada vez que una mujer paraba de sangrar, otra tomaba el relevo, y las mujeres iban dejando sus compresas ensangrentadas en una pila muy ordenada al lado de la puerta del edificio, una pila que iba creciendo cada vez más y por cuyo lado los demás tenían que pasar para entrar en el teatro. Al pasar, nos miraban hombres con esmoquin y pajarita absolutamente asqueados. La ópera empezó; oíamos la música que llegaba del interior, pero no había manera de franquear el umbral. Me angustiaba muchísimo —dijo Melete— que todo aquello fuera culpa mía, porque yo había sido la primera en ver la sangre, la había descubierto en mi ropa, y, por lo

visto, en mi tremenda vergüenza había creado ese problema, mucho mayor. Y me parece —le dijo a Elena— que la historia de Konstantin es, en realidad, una historia sobre el asco, el asco que siempre, de forma indeleble, existirá entre hombres y mujeres y que siempre tratas de purgar con eso que tú denominas franqueza. En cuanto dejas de ser franca, ves una mancha y te sientes obligada a admitir la imperfección, y lo único que quieres es escapar y esconderte, avergonzada.

Elena asintió en silencio con su cabeza dorada y, desde el otro lado de la mesa, alargó la mano para tocar los dedos de Melete.

De niña, continuó Melete, solía sufrir unos ataques de vómito terribles. El trastorno, que le producía una fatiga muy intensa, lo padeció durante años. El momento del día en que tenían lugar los ataques y sus circunstancias eran siempre idénticos: la hora de volver del colegio a la casa en la que convivía con su madre y su padrastro. Como es natural, la madre de Melete estaba preocupadísima por los sufrimientos de su hija, que, sin una causa aparente, le parecían nada más y nada menos que una crítica de su estilo de vida y del hombre al que había metido en su hogar, un hombre al que su única hija se negaba —como por principio— a querer o hasta a reconocer. Cada día, en el colegio, Melete se olvidaba de los vómitos, pero cuando llegaba la hora de volver a casa, empezaba a notar las primeras señales, una sensación de ingravidez, casi como si el suelo cediera bajo sus pies. Volvía corriendo a su casa presa de la ansiedad, y allí, normalmente en la cocina, donde su madre la esperaba para darle la merienda, empezaba a sentir una náusea extraordinaria. La llevaban al sofá para que se tumbara; la cubrían con una manta, encendían la televisión y le dejaban un cuenco al lado; y mientras Melete tenía arcadas, su madre y su padrastro pasaban la velada juntos en la cocina, hablando y cenando. Su madre la llevó a médicos, a terapeutas y, por fin, a un psicoanalista infantil que propuso —para desconcierto de los adultos que le pagaban sus honorarios— que Melete aprendiera a tocar un instrumento musical. El psicoanalista le preguntó a Melete si había algún instrumento en particular que le apeteciera tocar, y ella le respondió que la trompeta. Conque, muy a regañadientes, su madre y su padrastro le compraron una. Y, a partir de entonces, a la salida del colegio Melete ya no tenía ante sí

la perspectiva de vomitar, sino otra distinta, la de soplar el instrumento de metal para arrancarle un ruido desagradable y estridente. Así había logrado hacer patente el asco que le producía la humanidad imperfecta, y también había conseguido interrumpir esas conversaciones íntimas en la cocina, que, sin Melete de víctima, ya nunca podrían volver a ser las mismas.

—Últimamente —dijo Melete—, saco la trompeta de la funda y me pongo a practicar. La toco en mi pequeño apartamento. —Se echó a reír—. Volver a causar ese estruendo es un gusto.

Ya de regreso a casa, cuando bajábamos por la colina, Elena dijo que iba a tener que parar en la plaza Kolonaki para coger la moto. Como las dos vivían cerca, se ofreció a llevar a Melete, que podía sentarse detrás. Había sitio de sobra para dos personas, me dijo, y era lo más rápido. Así se había recorrido Grecia entera con Hermione, su más vieja amiga; hasta habían subido la moto al ferri para ir a las islas; cogían un poco de dinero y los bañadores y llegaban a playas al final de caminos de tierra donde no se veía a nadie más. Agarrada a su espalda, Hermione había bajado unas cuestas impresionantes, dijo Elena, y nunca se habían caído. Volviendo la vista atrás, aquellos le parecían ahora algunos de los mejores momentos de su vida, aunque entonces los había visto como un preludio, como un periodo de espera antes de que diera comienzo el auténtico drama de la vida. Ahora que estaba con Konstantin, esos tiempos habían quedado atrás, más o menos: no sabía muy bien por qué, él nunca le habría impedido que se fuera de viaje con Hermione, es más, le habría gustado; en realidad, a los hombres modernos siempre les gusta que les demuestres tu independencia. Pero, en cierto modo, lo habría visto como una especie de imitación, añadió, como una copia, ese intento de volver a ser las chicas que bajaban los caminos de tierra a toda velocidad sin saber nunca qué iban a encontrar.

9

La tarea consistía en escribir un relato en el que saliera un animal, pero no todos la habían terminado. Christos había invitado a sus compañeros de clase a que lo acompañaran a bailar *lindy hop* la víspera; habían trasnochado mucho y estaban exhaustos, aunque a Christos no se lo veía afectado. Ahí estaba él con una sonrisa radiante, lozano y orgulloso, riendo súbita y ruidosamente de los comentarios sobre los sucesos de la velada. Se había levantado muy temprano para escribir su cuento, dijo, aunque le había costado mucho introducir un animal en el tema de su elección, que era la hipocresía de nuestros líderes religiosos y la incapacidad de los analistas políticos de someterlos a un examen adecuado. ¿Cómo iba la gente común y corriente a politizarse si los intelectuales no les marcaban el camino? En eso, por cierto, él y su íntima amiga María no estaban de acuerdo. Ella era partidaria de la filosofía de la persuasión: a veces, creía ella, obligar a la gente a reconocer las verdades desagradables hacía más mal que bien. Había que permanecer cerca del borde de las cosas, cerca pero sin pegarse, como una golondrina que desciende en picado sobre los perfiles del paisaje, trazándolos sin posarse jamás.

Así que le había costado lo suyo, dijo Christos, introducir un animal en su cuento sobre el escandaloso comportamiento de dos obispos ortodoxos en una discusión pública reciente. Hasta que se le había ocurrido que tal vez fuera eso lo que yo me había propuesto. En otras palabras, yo había querido plantearle un obstáculo que le impidiera ir por donde la inclinación natural le dictaba y lo obligara a escoger un camino distinto. Pero por mucho que lo intentaba, no

lograba dar con la manera de meter un animal en el salón de plenos de un edificio público, donde tenían vetado el acceso. Y su madre no dejaba de molestarlo entrando y saliendo del comedor, la pieza menos usada de su pequeño apartamento y donde, por tanto, solía estudiar desplegando sus libros y sus papeles sobre la antigua mesa de caoba que, desde que la memoria le alcanzaba, siempre había estado allí. Hoy, sin embargo, ella le había pedido que recogiera sus cosas. Venían a cenar varios parientes y quería limpiar la habitación a fondo para cuando llegaran.

Él le había pedido, algo irritado, que lo dejara tranquilo. Estoy tratando de escribir, le había dicho, ¿cómo voy a escribir sin mis libros y mis papeles, y contigo entrando y saliendo todo el rato? Se había olvidado por completo de la cena, fijada hacía ya mucho tiempo en honor de su tío, su tía y sus primos de California, que volvían a Grecia de visita por primera vez en muchos años. A su madre, eso él lo sabía, la velada no le hacía mucha ilusión: esa rama de la familia en particular era muy fanfarrona y ostentosa, y su tía y su tío siempre andaban escribiendo a sus parientes griegos unas cartas llenas de cariño e interés fingidos que, en realidad, no eran más que ocasiones para alardear de cuánto dinero tenían en América, de lo grandes que eran sus coches, de la piscina que acababan de instalarles y de lo demasiado ocupados que estaban como para volver a Grecia de visita. Y así, continuó Christos, habían ido pasando los años, años durante los cuales su madre no había visto a esos parientes más que en las fotografías que enviaban de forma regular y en las que aparecían bajo un sol radiante al lado de su casa o de su coche, o en Disneylandia, o delante del Hard Rock Café, o en algún lugar desde donde, al fondo, se viera el gran letrero de Hollywood. También enviaban fotografías de sus hijos, de su acto de graduación en tal o cual universidad, con los birretes y las togas fruncidas y enseñando bien sus carísimos dientes con un falso cielo azul de fondo. Su madre, diligente, colocaba esas fotografías en el aparador; un día, esperaba su madre, y él lo sabía, Christos también terminaría la carrera y ella podría poner la fotografía de su hijo al lado de las otras. La que Christos más detestaba era una de su apuesto, sonriente y musculado primo Nicky en una especie de desierto con una serpiente gigante —una boa constrictor— sobre los hombros. Esa imagen de virilidad

superior lo había perseguido a menudo desde el aparador, y al mirarla esa mañana, el enfado con su madre se le pasó: la compadecía y querría haber sido mejor hijo, más valiente. Así que dejó lo que estaba haciendo y la ayudó a recogerlo todo.

Georgeou levantó la mano. Había observado, comentó, que mientras que la víspera habían tenido las ventanas abiertas y la puerta cerrada, hoy sucedía lo contrario: las ventanas estaban cerradas a cal y canto, y la puerta que daba al pasillo, apreciablemente entreabierta. Y también sentía curiosidad por saber si yo me había fijado en que el reloj se había movido. Ya no estaba en la pared de la izquierda, sino que su posición se había invertido desplazándose a la pared de enfrente. El cambio del reloj tendría una explicación, sin duda, pero le costaba imaginar cuál debía de ser. Si a mí se me ocurría, tal vez podría contársela, porque la situación lo tenía descolocado.

Había terminado de escribir su relato en el autobús que lo había llevado a clase, continuó Christos; había entendido que, después de todo, la fotografía de Nicky le ofrecía una salida del atolladero. Uno de los obispos tiene una alucinación en la sala de plenos: ve una serpiente gigantesca sobre los hombros del otro obispo y se da cuenta de que la serpiente simboliza la hipocresía y las mentiras que los dos han soltado. Allí mismo, en el acto, promete solemnemente que será mejor persona, que solo dirá la verdad y que nunca más volverá a mentir ni a engañar a su pueblo.

Christos volvió a cruzarse de brazos y dirigió a la sala una enorme sonrisa. Al instante, Clio, la pianista, levantó la mano. Dijo que a ella también le había costado escribir sobre un animal. No sabía nada de animales: ni siquiera había tenido una mascota. Le habría resultado imposible, con el horario de ensayos que tenía ya desde muy pequeña. No habría podido cuidarla y dedicarle la atención que necesitaba. Pero la tarea que les había asignado le había hecho ver las cosas de otra manera: de camino a casa, no solo se había fijado en las cosas en las que normalmente se fijaba, sino que, mientras andaba, había prestado cada vez más atención a los pájaros, no solo a los que veía, sino también al sonido que hacían y por el que, en cuanto hubo aguzado el oído, se sintió constantemente rodeada. Entonces le vino a la cabeza una pieza que hacía mucho que no escuchaba, una obra que el francés Olivier

Messiaen había compuesto durante la segunda guerra mundial, mientras permanecía interno en un campo de prisioneros. Estaba parcialmente basada, o eso había entendido ella, en patrones de cantos de pájaro que había oído durante su confinamiento en el campo. Clio advertía ahora que el hombre había vivido enjaulado mientras los pájaros estaban libres, y que lo que había registrado era el sonido de su libertad.

Sería interesante que nos planteáramos, dijo Georgeou, si el papel del artista no debería consistir sencillamente en registrar secuencias, algo para lo que quizá algún día alguien pudiera programar un ordenador. Quién sabe si hasta la cuestión del estilo personal podría reducirse a secuencias configuradas a partir de un número de alternativas finito. Le asaltaba la duda de si sería posible inventar un ordenador capaz de dejarse influir por sus propios conocimientos vastísimos. Sería muy interesante, continuó, ver un ordenador así. Pero él intuía que cualquier sistema de representación podría deshacerse mediante la simple transgresión de sus propias reglas. Él mismo, por ejemplo, al salir de casa esa mañana, había visto, posado en el trecho de césped de la acera, un pajarito al que solo habría podido describir como ensimismado. Estaba mirando algo con esa mirada perdida que advertimos en quien trata de resolver mentalmente un problema matemático, por ejemplo, y Georgeou se había acercado a él mientras este seguía completamente ajeno a todo. Podría haber alargado la mano para agarrarlo. Al final, el pájaro había advertido su presencia y se había llevado un susto de muerte. La capacidad de supervivencia del pájaro, sin embargo, lo preocupaba. Su relato, añadió, se basaba por completo en su experiencia personal y describía minuciosamente una conversación con su tía, que investigaba las mutaciones de unas partículas en un instituto científico de Dubái. La única invención de Georgeou había consistido en introducir un lagarto que nunca había existido, pero que, en el cuento, su tía tenía arropado bajo el brazo mientras hablaban. Le había enseñado el relato a su padre, que le había confirmado todos los particulares y le había dicho que había disfrutado reviviendo la conversación, por cuyo tema sentía mucho interés. A su padre, el lagarto le había parecido, y Georgeou creía estar recordando la frase exacta, un detalle simpático.

Sylvia dijo que no había escrito nada. En su intervención de la

víspera había hablado de un animal, el perrito blanco que había visto encaramado al hombro del hombre alto y moreno. Sin embargo, cuando todos hubieron hablado le entraron ganas de haber escogido algo más personal, algo que le hubiera permitido expresar un aspecto de su personalidad en vez de una escena que pidiera a gritos ser vista, como quien dice. Resultaba que había vuelto a buscar al hombre en el tren de regreso a casa convencida de que tenía algo que decirle. Quería pedirle que se bajara el perrito del hombro y lo dejara caminar, o mejor aún, que se comprara un perro feo y vulgar para que personas como ella misma no se distrajeran tanto de su propia vida. La había fastidiado con sus ganas de llamar la atención y por haberla hecho sentir tan poco interesante; ¡y ahí estaba ella ahora, hablando de él en clase por segunda vez!

Sylvia tenía una cara pequeña, inquieta y bonita, y gran cantidad de pelo color ceniza recogido en unas virginales espirales y trenzas —que se tocaba y atusaba muy a menudo— que le caían por los hombros. En cualquier caso, continuó, de regreso a casa no había vuelto a ver al hombre, evidentemente, porque la vida no era así: había vuelto a su apartamento, que, como vivía sola, seguía exactamente como lo había dejado por la mañana. Sonó el teléfono. Era su madre, que siempre la llamaba a esa hora. Quería saber cómo le había ido en el colegio —Sylvia es profesora de literatura en un colegio a las afueras de Atenas—. Su madre se había olvidado de que se había tomado la semana libre para asistir al curso de escritura.

—Le recordé lo que había estado haciendo —dijo Sylvia—. Mi madre no tiene mucha fe en mi escritura, claro está, ese olvido es muy típico de ella. Lo que tendrías que haber hecho es irte de vacaciones, me dijo, tendrías que haber salido a las islas con algunos amigos. Tendrías que vivir, me dijo, y no pasar más tiempo pensando en los libros. Para cambiar de tema, le dije: Mamá, cuéntame algo en lo que te hayas fijado hoy. ¿En qué voy a haberme fijado?, me contestó. Llevo todo el día en casa esperando al hombre que tiene que venir a arreglar la lavadora. Ni siquiera se ha presentado, me dijo. Después de nuestra conversación, fui a mirar el ordenador. Les había mandado a mis alumnos que escribieran un ensayo, y el plazo ya había vencido, pero cuando

revisé el correo electrónico, vi que ni uno solo me había enviado la tarea. Era un ensayo sobre *Hijos y amantes*, de D. H. Lawrence, el libro que más me ha inspirado en la vida, más que ninguna otra cosa, y ninguno tenía una sola palabra que decir al respecto.

»Fui a la cocina y me quedé allí parada —continuó—, y pensé en escribir un relato. Pero lo único que se me ocurría era una línea que describía el momento preciso que estaba viviendo: "Una mujer se quedó parada en la cocina y pensó en escribir un relato". Lo que pasaba era que la frase no conectaba con ninguna otra. No venía de ningún lado ni tampoco iba a ninguna parte, como yo, que tampoco iba a ir a ninguna parte quedándome parada en la cocina. Así que entré en la otra habitación y cogí un libro de la repisa, un libro de relatos de D. H. Lawrence. D. H. Lawrence es mi escritor favorito —dijo Sylvia—. En realidad, aunque está muerto, en cierto modo creo que es la persona a la que más quiero en este mundo. Me gustaría ser un personaje de D. H. Lawrence y vivir en una de sus novelas. Las personas que conozco ni siquiera parecen tener personalidad. Vista a través de los ojos de D. H. Lawrence, la vida parece riquísima, y, sin embargo, la mía a menudo me parece yerma, como una parcela mala, como si, por mucho que yo me empeñe, allí no pudiera crecer nada. El relato que había empezado a leer —continuó— se titulaba "El pavo real blanco". Es un relato autobiográfico: Lawrence está en un rincón perdido de la campiña inglesa, es invierno, y un día, dando un paseo, oye un ruido extraño y descubre que se trata de un pavo real atrapado en la ladera, hundido en la nieve. Le devuelve el pájaro a su dueña, una extraña mujer de una granja cercana que está esperando a que su esposo regrese de la guerra.

»En ese punto —dijo Sylvia—, dejé de leer: por primera vez tenía la impresión de que Lawrence no iba a poder arrancarme de mi propia vida. Tal vez fuera la nieve o la singularidad de esa mujer o incluso el pavo real mismo, pero de repente sentí que esos sucesos y el mundo que Lawrence describía no tenían nada que ver conmigo, allí, en ese apartamento moderno mío, en mitad del calor de Atenas. Sin saber por qué, ya no pude soportarla más, soportar esa sensación de ser la impotente pasajera de la visión del escritor, así que cerré el libro —añadió— y me fui a la cama.

Sylvia se detuvo. Mi móvil, delante de mí, en la mesa, volvió a

sonar. Vi que en la pantalla aparecía el número de Lydia, la del banco hipotecario, y le dije al grupo que haríamos una breve pausa. Salí y me quedé en el pasillo, entre los tablones de anuncios. El corazón me latía nervioso en el pecho.

—¿Hablo con Faye? —dijo Lydia.

—Sí —respondí.

Me preguntó cómo estaba. Por el tono de llamada debía de estar en el extranjero, me dijo. ¿Dónde? En Atenas, contesté. Qué bien, me dijo ella. Sentía no haberse puesto en contacto conmigo antes. Hacía un par de días que no pasaba por el despacho. En el departamento habían repartido unas entradas de empresa para Wimbledon: la víspera había visto cómo le daban una paliza a Nadal, toda una sorpresa. Bueno, total, que esperaba no fastidiarme las vacaciones, pero tenía que informarme de que la aseguradora había rechazado mi solicitud de ampliación de crédito. No tienen que justificar su decisión, me dijo cuando yo le pregunté por qué. Lo han decidido ellos, nada más, a partir de la información que les habían facilitado. Como te digo, continuó, espero no amargarte demasiado las vacaciones. Cuando le di las gracias por haberme llamado para contármelo, me dijo que no había sido ninguna molestia. Siento mucho no haberte dado mejores noticias, concluyó.

Eché a andar por el pasillo, crucé las puertas de vidrio de la entrada y salí al fiero calor de la calle. Me quedé allí parada bajo la luz cegadora, ante el desfile de coches y personas, como si esperara que fuera a pasar algo, que se presentara alguna alternativa. Una mujer que llevaba un sombrero de lunares y una gigantesca máquina de hacer fotos colgada al cuello de una correa me preguntó cómo se iba al museo Benaki. Se lo expliqué y después entré, volví al aula y me senté. Georgeou me preguntó si pasaba algo. Se había fijado en que había cerrado la puerta y se preguntaba si aquello significaría que ahora prefería abrir las ventanas, en cuyo caso estaría encantado de hacerme ese favor. Adelante, le dije. Pegó un brinco para levantarse de la silla, con tanto entusiasmo que la tiró hacia atrás. Con una pericia sorprendente, Penélope alargó la mano para coger la silla y, con mucho cuidado, volvió a dejarla apoyada sobre sus patas. Estaba convencida, dijo con cierto misterio, de que lo único que podría aportar en clase eran sus sueños, que solían ser tan escabrosos y extraños que debería

contárselos a alguien, creía ella. Pero en líneas generales, y eso lo había aceptado después de la clase del día anterior, para alguien en sus circunstancias, para una persona que no era dueña de su tiempo, dedicarse a escribir resultaba imposible. Así que había pasado la tarde haciendo lo que solía, preparándoles la cena a sus hijos y atendiendo sus incesantes exigencias.

Mientras cenaban habían llamado a la puerta: era Stavros, el vecino de al lado, que pasaba por allí para enseñarles un cachorrito de la camada que su perra acababa de tener. Los niños se habían vuelto locos con el perrito, naturalmente: con la cena enfriándose en el plato, se habían congregado todos alrededor de Stavros suplicándole, primero uno y luego otro, que les dejara cogerlo. Era un cachorrito pequeñísimo, casi ni había abierto los ojos, y Stavros les dijo que tendrían que ir con mucho cuidado, pero dejó que se turnaran para cogerlo.

—Vi cómo, al recibir al cachorrito en los brazos —dijo Penélope—, los niños se transformaban en criaturas de una prudencia y una delicadeza extraordinarias, tanto que hasta podría pensarse que el cachorrito había logrado, de verdad, refinar su carácter. Le acariciaban la suave cabecita con los dedos y le susurraban al oído, y si Stavros no hubiera dicho que tenía que irse, la cosa habría seguido para siempre. Los cachorritos estaban a la venta, comentó; y al oír esas palabras, los niños se pusieron a dar brincos con un entusiasmo absolutamente genuino y contagioso, tanto que, para mi sorpresa —continuó Penélope—, yo también empecé a entusiasmarme. La idea de ceder y del amor que recibiría si lo hacía era casi irresistible. Pero conocía a la perra de Stavros, un animal gordo y desagradable, y aquello se impuso. No, le dije a Stavros, no íbamos a tener perro; pero le di las gracias por enseñárnoslo y se marchó. Los niños se llevaron una desilusión. Siempre lo estropeas todo, me dijo mi hijo. Y solo entonces, cuando la magia del cachorrito se hubo disipado del todo, recuperé la sensatez, y la sensación de realidad era tan dura y potente que parecía estar dejando a la vista nuestro hogar con una inclemencia extraordinaria, como si nos hubieran arrancado el tejado del edificio que ocupábamos.

»Envié a los niños a su cuarto con la cena a medio terminar y, con manos temblorosas, me senté a la mesa de la cocina y me puse

a escribir. El caso es que, en realidad, yo ya les había comprado un cachorrito dos años atrás, en circunstancias prácticamente idénticas a las que acabo de detallar, y haber vuelto al mismo punto sin haber aprendido nada me hizo ver nuestra vida, y sobre todo a los niños mismos, con la mayor frialdad. De eso hace dos años, como ya he dicho: la perra, un animal precioso al que llamamos *Mimi*, tenía el pelo rizado color tabaco y unos ojos que parecían dos bombones, y cuando llegó a nuestra casa era tan pequeñita y encantadora que el trabajo que me daba cuidarla quedaba compensado por el placer que les procuraba a los niños jugar con ella y enseñársela a sus amigos. Podría decirse, casi, que no quería que tuvieran que andar limpiando detrás de *Mimi*, con esos regalitos de hedor insoportable que iba dejando, por miedo a aguarles la fiesta; pero cuando *Mimi* fue creciendo y exigiendo cada vez más, me entraron ganas de que los niños se hicieran un poco responsables de ella, pues, como yo les repetía constantemente, si teníamos un perro era porque ellos lo habían querido. Mis comentarios, sin embargo, dejaron de hacerles efecto enseguida: no querían sacar a *Mimi* a pasear ni limpiar lo que ensuciaba; como ladraba y, a veces, metiéndose en sus habitaciones, hacía destrozos y se lo dejaba todo patas arriba, la perra empezó a molestarles. Ni siquiera querían que los acompañara en el salón por la noche, porque en vez de quedarse quieta en el sofá, se ponía a dar vueltas por la habitación tapándoles el televisor.

»Además de una energía y unas dimensiones mayores de las que había previsto, *Mimi* también tenía una obsesión con la comida, y a la que le quitaba los ojos de encima un momento, ya la tenía en la encimera de la cocina, hurgando y comiendo todo lo que pudiera encontrar. Aprendí enseguida a guardarlo todo, pero tenía que estar muy atenta y acordarme de cerrar todas las puertas de casa para que no entrara en las otras habitaciones, aunque los niños siempre volvían a dejarlas abiertas; y, por supuesto, tenía que sacarla a pasear, y entonces ella tiraba de mí tan deprisa que me daba la impresión de que el brazo se me iba a desencajar. Nunca podía soltarla de la correa, porque, con ese amor suyo por la comida, siempre salía disparada en todas direcciones. En una ocasión entró en la cocina de una cafetería próxima al parque y el cocinero se la encontró comiendo una ristra de salchichas que había dejado en la

encimera; en otra, le arrancó el sándwich de la mano a un hombre que estaba sentado en un banco con su almuerzo. Al final vi que cuando saliéramos iba a tener que llevarla con correa todo el rato, y también descubrí que en casa era ella la que me tenía muy atada; que, al comprarles el perro a los niños sin pararme a pensar demasiado, había renunciado por entero a mi libertad.

»Seguía siendo una perra muy bonita y todo el mundo se fijaba en ella. Si la llevaba con la correa, los transeúntes siempre le dedicaban unos cumplidos espléndidos. Con mis nervios, sin embargo, la belleza de *Mimi* y la atención que recibía empezaron a dolerme, a darme celos. Resumiendo, empecé a odiarla, y un día que se había pasado la tarde entera ladrando, que los niños se habían negado a sacarla a la calle y que la descubrí en el salón masticando los jirones de un cojín nuevo que acababa de comprar mientras los niños se la quedaban mirando, me asaltó una furia incontrolable y le pegué. Los niños se quedaron impactados y enfadadísimos. Se abalanzaron sobre *Mimi* para protegerla de mí; me miraron como si fuera un monstruo. Pero si me había convertido en un monstruo, la culpa era de *Mimi*, creía yo.

»Durante un tiempo no dejaron de recordarme el incidente, pero fueron olvidándolo poco a poco, y un día, tras una provocación semejante, volví a pegar a la perra, y luego otro, hasta que aquello se convirtió en algo que casi aceptaron. La perra empezó a evitarme, me miraba con unos ojos distintos y, muy taimada, se escabullía por la casa destrozando cosas, mientras que los niños, por su parte, desarrollaron una levísima frialdad en su trato conmigo, una especie de distancia nueva que en cierto modo me liberó, pero que también volvió mi vida menos gratificante. Tal vez para compensar esa sensación y para tratar de salvar la distancia que nos separaba, decidí esmerarme muchísimo para el cumpleaños de mi hijo y pasé media noche en vela haciéndole un pastel. Era un pastel absolutamente espléndido y excesivo, con harina de castañas y virutas de chocolate por encima, y cuando estuvo listo lo dejé fuera del alcance de *Mimi* y me fui a dormir.

»Por la mañana, después de que los niños se hubieran ido al colegio, mi hermana vino a verme. En compañía de mi hermana siempre acabo desviándome de mi propósito; me siento en la obligación de hacer cosas para ella, de presentárselas, de mostrarle

mi vida en vez de dejar que la vea sin artificio, como realmente es. Así que le enseñé el pastel, que habría acabado viendo de todos modos porque más tarde iba a venir a la fiesta de cumpleaños. En ese preciso instante se disparó la alarma de un coche en la calle, y pensando que sería el suyo, mi hermana, que tiene coche nuevo y no le gusta dejarlo aparcado delante de casa porque la zona, dice, no es tan segura como la suya, salió a la calle corriendo. Yo la seguí, porque, como decía, cuando estoy con mi hermana veo las cosas desde su punto de vista en vez de verlas desde el mío, me siento obligada a entrar en su visión como cuando, de niña, me sentía obligada a entrar en su cuarto convencida de que era mejor que el mío. Ya en la calle, mientras nos asegurábamos de que el coche estaba intacto, y lo estaba, como era de esperar, tomé conciencia de haber abandonado mi vida como antaño abandonaba mi habitación; y, de repente, me asaltó una sensación absolutamente extraordinaria: la existencia como dolor secreto, como tormento interior imposible de compartir con los demás, que te pedían que te ocuparas de ellos y, a la vez, hicieras caso omiso de lo que sucedía en tu fuero interno, como la sirena del cuento, caminando sobre cuchillos que nadie más puede ver.

»Parada allí mientras mi hermana hablaba de su coche y se preguntaba qué podría haber activado la alarma, sentí una punzada de soledad; y supe que, al aceptarla, también estaba aceptando la versión más negra de la vida. Sabía, en otras palabras, que algo terrible podría suceder, que estaba sucediendo en ese mismo instante, así que cuando volvimos a entrar y encontramos a *Mimi* sobre la encimera, con la cara hundida en el pastel mientras batía la mandíbula, no me llevé la menor sorpresa. Levantó la cabeza cuando entramos y se quedó paralizada en el acto, con las virutas de chocolate colgándole todavía del hocico; y entonces, como si hubiera tomado una decisión, en lugar de saltar de la encimera y correr a esconderse, me miró a los ojos con aire desafiante, se encorvó otra vez y, voraz, volvió a clavar el hocico en el pastel para terminárselo.

»Crucé la cocina y la agarré del collar, y delante de mi hermana, tiré de ella, y de la encimera cayó al suelo, donde trató de ponerse en pie como pudo, y entonces comencé a pegarle mientras la perra aullaba oponiendo resistencia. Las dos peleábamos, yo jadeaba y

trataba de pegarle tan fuerte como podía, ella se retorcía y aullaba, hasta que por fin logró zafarse y liberar su cabeza del collar. Corriendo, salió de la cocina arañando con las garras los azulejos del suelo, deslizándose sobre ellos, llegó al vestíbulo —la puerta de entrada seguía abierta— y de ahí salió a la calle, donde, rasgando la acera, desapareció.

Penélope hizo una pausa y se llevó los dedos a las sienes, primero suavemente y luego con más fuerza.

—Durante toda la tarde —continuó pasado un instante—, el teléfono no dejó de sonar. Como ya he dicho, *Mimi* era una perra muy bonita y diferente, la conocían todos los vecinos de la zona y también mis conocidos del resto de la ciudad. Y, así, todos empezaron a llamarme para decirme que la habían visto huir. La habían visto por todas partes, corriendo en el parque y en el centro comercial, pasando por la lavandería y donde el dentista, por la peluquería, por el banco, por la escuela: había echado a correr hacia todos los lugares a los que yo la había llevado, a casa de mis amigos y a casa del profesor de piano, a la piscina y a la biblioteca, al parque y a las canchas de tenis, y allí por donde pasaba, los que la veían cogían el teléfono y me llamaban para decirme que la habían visto. Muchos habían intentado atraparla; algunos habían echado a correr detrás de ella, y el limpiacristales la había perseguido en su camioneta, pero nadie había podido alcanzarla. Finalmente, llegó a la estación de tren, donde mi cuñado, por casualidad, estaba bajando del tren: me llamó para decirme que había tratado de acorralarla con la ayuda de otros pasajeros y de los guardas de la estación, pero *Mimi* había escapado a su alcance. Uno de los guardias se había lesionado ligeramente al chocar contra un carrito de equipaje justo cuando se abalanzaba sobre la perra para agarrarla de la cola; pero, al final, todos la habían visto escabullirse por los raíles. Dónde, eso no lo sabía nadie.

Penélope dejó escapar un esforzado suspiro y se quedó callada con la respiración visiblemente agitada y expresión afligida.

—Esa es la historia que escribí —dijo al final— anoche en la mesa de la cocina, después de la visita de Stavros y el cachorro.

Theo dijo que el problema parecía ser que, en primer lugar, ella había escogido el perro equivocado. Él tenía un carlino y nunca había tenido ningún problema.

Al oír eso, Marielle se dispuso a intervenir. Recordaba a un pavo real que agitara sus rígidas plumas para mover su gran cola abanicada. Hoy se había vestido de color cereza, con cuello alto, se había recogido el cabello rubio en una coleta y llevaba una suerte de mantilla de encaje negro alrededor de los hombros.

—Yo también le compré un perro a mi hijo cuando era pequeño —dijo con voz afectada y temblorosa—. Lo quería con locura, pero cuando todavía era un cachorro, un coche lo atropelló en la calle, ante sus propios ojos. Mi hijo lo cogió y lo llevó en brazos de vuelta a nuestro piso; lloraba con el llanto más desesperado que he oído nunca. Esa experiencia echó a perder su carácter por completo —añadió la mujer—. Ahora es un hombre frío y calculador, únicamente interesado en lo material. Yo confío en los gatos, que, al menos, tienen el tema de la supervivencia bien resuelto, y aunque tal vez carezcan de cierta capacidad de poder e influencia y se los pueda acusar de servirse de los celos y de cierto grado de egoísmo para subsistir, poseen también instintos asombrosos y una excelencia acusadísima en materia de gusto.

»Mi esposo me cedió los gatos a cambio de algunos objetos precolombinos de los que no se quería desprender —continuó Marielle—, pero sostenía que una parte de sí se había quedado con los gatos, y llegaba al extremo de temer estar expuesto en el mundo desprovisto del sentido de orientación que le aportaban. Y lo cierto —añadió Marielle— es que, desde entonces, todas sus decisiones han sido menos afortunadas: compró un grabado de Klimt que después resultó ser una falsificación, y luego hizo importantísimas inversiones en dadaísmo cuando ya era bien sabido que el interés por ese movimiento iba, irreparablemente, a la baja. Yo, en cambio, no he podido escapar a generosísimas atenciones por parte de los dioses; hasta llegué a encontrar en un mercadillo un pequeño brazalete en forma de serpiente que compré por cincuenta céntimos y que Arturo, un amigo de mi esposo, me vio en el brazo un día que nos encontramos en la calle. Se lo llevó a su instituto para analizarlo, y cuando me lo devolvió, me dijo que había salido del mismísimo tesoro de Micenas y que tenía un valor incalculable, dato que, estoy segura de ello, le hizo llegar a mi marido en alguna de sus charlas nocturnas en el bar Brettos.

»Pero los gatos, como he dicho, son criaturas celosas y exigentes,

y desde que mi amante se ha instalado en mi apartamento, han sido muy lentos en ceder a pesar de las constantes atenciones que él les prodiga, atenciones que, en cuanto él se da media vuelta, ellos parecen olvidar. Desafortunadamente, mi amante es un hombre poco ordenado, un filósofo que deja libros y papeles por todas partes, y aunque a mi apartamento no le falta belleza, debe vestirse de un modo determinado para lucir en todo su esplendor. Todo está pintado de amarillo, el color de la alegría y el sol, pero también, como dice mi amante, el color de la locura; por eso necesita salir a menudo a la azotea, donde, de pie, se concentra en el azul cerebral del cielo. Mientras está fuera, siento que la felicidad regresa y comienzo a recoger sus libros, algunos de los cuales son tan pesados que apenas logro levantarlos con las dos manos. Después de mucho pelear, le he cedido dos estantes de mi biblioteca, y él, muy atento, ha escogido los que están más abajo, aunque sé que hubiera preferido los de arriba. Pero esos están muy arriba, y los libros de Jürgen Habermas, de los que mi amante posee una colección completísima, son pesados como las piedras con las que construyeron las pirámides. Muchos hombres caminaron hacia su muerte para construir esas estructuras de enorme base y cima pequeñísima y lejana, le digo a mi amante; pero Habermas es su especialidad, dice, y a esas alturas de la vida no van a ofrecerle ninguna otra. ¿Es un hombre o es un poni? Esa es la pregunta que me hago cuando lo veo mirar el cielo desde la azotea, casi añorando la terrible naturaleza de mi esposo, que me hacía correr tan rápido que siempre dormía muy bien por las noches. A veces —continuó Marielle— me reúno con mis amigas y nos ponemos a llorar o a tejer juntas, y entonces mi amante abre el piano y toca una tarantela, o asa un cabrito al horno durante toda la tarde, marinado en clavos y vino, y, seducida por esos sonidos y esos olores, regreso, levanto los tomos de Habermas y los coloco de vuelta en los estantes. Hasta que un día desistí y reconocí que no podía más, que el desorden debía imponerse; pinté las paredes de color verde Nilo, saqué mis libros de los estantes y los dejé tirados por ahí, permití que las rosas se marchitaran y murieran en sus jarrones. Él estaba loco de alegría, era un paso importantísimo, me dijo. Salimos a celebrarlo, y cuando regresamos, los gatos estaban fuera de sí entre los libros tirados por el suelo, en medio de una tormenta de

páginas, destrozando los lomos con sus afilados dientes ante nuestros ojos mientras el Chablis todavía corría por nuestras venas. Mis novelas y los volúmenes de cuero repujado estaban intactos; los únicos ataques los había sufrido Habermas: su fotografía estaba desgarrada en todas las cubiertas, marcas de sus garras consumían *La transformación estructural de la vida pública*. Así que —dijo Marielle— mi amante aprendió a ordenar los libros; ha dejado de cocinar al horno y de tocar el piano, y esta desigual bendición, esta reducción de su carácter, tal vez deba agradecérsela a mi marido y, sin duda alguna, a los gatos.

¿Acaso no era cierto, preguntó Aris —el chico que el día anterior había mencionado el perro putrefacto—, que los animales nos sirven de puro reflejo de nuestra conciencia humana, mientras que, al mismo tiempo, su existencia ejerce una suerte de fuerza moral por la cual los seres humanos nos sentimos despersonalizados y, por tanto, contenidos de manera segura? Como los esclavos o los sirvientes, añadió, ante cuya ausencia sus amos podrían sentirse vulnerables. Observan cómo vivimos, comprueban que somos reales; es a través de ellos que tenemos acceso a nuestra historia. En nuestras interacciones con ellos, a nosotros —no a ellos— se nos muestra lo que somos. Para los seres humanos, lo más importante de un animal, sin duda, es que no puede hablar. Su cuento trataba de un hámster que tenía de niño. De cuando lo miraba correr en su jaula. Tenía una rueda por la que corría. Siempre estaba corriendo, la rueda no paraba de zumbar. Y, con todo, el hámster nunca fue a ninguna parte. Él quería a su hámster. Comprendió que si lo quería tenía que dejarlo en libertad. El hámster escapó y nunca lo volvió a ver.

Georgeou me informó de que, según el reloj que yo no podía ver, porque estaba situado justo detrás de mi cabeza, la clase había terminado. Había añadido algunos minutos para recuperar el tiempo que yo había pasado en el pasillo; confiaba en que la decisión, que había tenido que tomar él solo, para no interrumpir, me pareciera bien.

Le agradecí esa información y les di las gracias a todos por sus relatos, que me habían gustado mucho. Rosa había sacado una caja de color rosa atada con una cinta que me tendió desde el otro lado de la mesa. Eran pastelitos de almendra que ella misma había

horneado, me explicó; la receta se la había dado su abuela. Podía llevármelos a casa o, si lo prefería, compartirlos. Había hecho bastantes para que, en clase, cada alumno tuviera el suyo, aunque como Casandra no había asistido, sobraba uno. Desaté la cinta y abrí la caja de olor dulce. Dentro había once pastelitos perfectamente ordenados en envoltorios blancos con blonda. Antes de pasarla, incliné la caja para que todos vieran lo que Rosa había hecho. Georgeou dijo que examinar el contenido de la caja, en la que ya había reparado antes, lo había dejado más tranquilo, pues la idea de que quizá tuviera un animal dentro lo había puesto nervioso.

10

—No se preocupe por mí —dijo la mujer que me encontré sentada en el sofá de Clelia cuando salí de mi habitación a las siete en punto de la mañana.

Estaba comiendo miel directamente del tarro con una cuchara. A su lado tenía dos maletas grandes. Era una persona de unos cuarenta años, consumida y pálida, con el pelo muy rizado, el cuello extrañamente largo y la cabeza algo pequeña, como de ganso. El sonido de su voz, muy peculiar, recordaba a un graznido, lo que ratificaba mi impresión inicial. Me fijé en el color verde pálido de unos ojos sin pestañas, pequeños e imperturbables, bajo un par de cejas negras muy pobladas; mantenía los párpados ligeramente arrugados en una especie de mueca, como si quisiera protegerse de la luz. En el piso hacía un calor sofocante. Su ropa —una chaqueta color granate, camisa, pantalones y un par de botas de piel que parecían pesadas— debía de serle bastante incómoda.

—Acabo de llegar de Manchester —explicó—. Llovía.

Sentía haber llegado tan temprano, añadió, pero con el horario de su vuelo, la única alternativa que le quedaba era ir a sentarse a un café con las maletas. El taxista la había ayudado a subir todo su equipaje, y qué menos, dijo: como ella había cometido el error de contarle que iba a dictar un curso de escritura en Atenas, él había dedicado la media hora de trayecto desde el aeropuerto a contarle con todo lujo de detalles el argumento del libro de ciencia ficción que estaba escribiendo. El inglés del tipo era bastante bueno, aunque hablaba con un marcado acento escocés: había trabajado durante diez años de taxista en Aberdeen, y una vez hasta llevó a

Iain Banks, que lo había animado mucho en sus proyectos. Cuando ella trató de explicarle al taxista que era dramaturga, él le respondió que se estaba poniendo muy técnica. A propósito, me llamo Anne, añadió.

La mujer se puso de pie para saludarme y luego se sentó de nuevo. Nos imaginé a las dos vistas a través de las grandes ventanas de Clelia, dos mujeres estrechándose la mano en un apartamento de Atenas a las siete en punto de la mañana. Tenía las manos pálidas y huesudas, y su apretón era firme y ansioso.

—El apartamento es muy bonito —dijo mirando a su alrededor —. No sabía qué esperar, uno nunca sabe qué esperar en estas situaciones, ¿verdad? Pensé que sería más impersonal —añadió Anne—. De camino hasta aquí me he dicho que convenía esperar lo peor, y el truco ha funcionado, obviamente.

Había imaginado, no sabía por qué, que la meterían en un cubículo de un ignoto y polvoriento bloque de pisos donde los perros ladraban, los niños lloraban y los vecinos colgaban la ropa en cuerdas sujetas a los alféizares de las ventanas, a cientos de metros del suelo; también había imaginado que al lado discurriría una autopista, aunque es posible que todo se debiera a que había pasado por muchos lugares de ese estilo mientras venía en el taxi y los había guardado en su memoria sin observarlos realmente. Pero contaba con que, de uno u otro modo, la tratarían mal. No sabía muy bien por qué. Llevarse una sorpresa agradable estaba muy bien, dijo mientras echaba otro vistazo a su alrededor.

Volvió a meter la cuchara en el tarro de miel y, goteando, se la llevó a la boca.

—Disculpa —dijo—. Es el azúcar. En cuanto empiezo ya no paro.

Le dije que había comida en la cocina, si quería, pero negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme con la duda —dijo—. No voy a tardar en dejarme caer por ahí, seguro. En cada sitio es diferente. Pero muy pocas veces es mejor.

Fui a la cocina a preparar café. Como hacía calor y el ambiente estaba cargado, abrí la ventana. El sonido distante del tráfico se coló desde el exterior. La vista ciega de las traseras de los edificios, pintadas de blanco, quedaba a la sombra. Allí donde se habían

añadido estructuras y extensiones nuevas proliferaban unas extrañas formas rectilíneas que sobresalían en los vacíos entre dos paredes, y en algunos lugares casi se tocaban, como las dos mitades de algo atravesado por una grieta. El suelo estaba tan abajo que se perdía de vista, escondido en las profundidades sombrías de ese estrecho barranco blanco de bloques y rectángulos donde nada crecía ni se movía. El sol parecía una cimitarra al borde de las azoteas.

—Esa mujer del pasillo me ha dado un susto de muerte —dijo Anne cuando regresé—. Cuando he entrado por primera vez he pensado que eras tú. —Su voz volvió a sonar como una especie de graznido, y se apoyó la mano en el largo cuello—. Las ilusiones no me gustan. Siempre olvido que están ahí.

La figura también me había asustado varias veces, dije.

—Soy un poco nerviosa —dijo Anne—. Ya lo habrás notado.

Me preguntó cuánto tiempo llevaba allí, cómo eran los estudiantes y si ya había estado en Atenas. No estaba muy segura de cómo iría lo de la barrera lingüística: escribir en un idioma que no era el tuyo se le hacía extraño. Ver a la gente obligada a utilizar el inglés casi te hacía sentir culpable, pensar en esa parte de ellos que perdían con la traducción, como quien, expulsado de su hogar, debe llevarse solo lo imprescindible. Sin embargo, en esa imagen, llena como estaba de posibilidades de reinvención, también había cierta pureza que la atraía. Liberarse del desorden, mental y verbal, es, en cierto modo, una idea atractiva; hasta que te acuerdas de que necesitas algo que ya no tienes. Ella, por ejemplo, era incapaz de hacer chistes cuando hablaba en otro idioma: en inglés era una persona bastante graciosa, pero en español, por ejemplo —idioma que había llegado a hablar muy bien—, no lo era en absoluto. Conque no era, imaginaba ella, una cuestión tanto de traducción como de adaptación. La personalidad debía adaptarse a las nuevas circunstancias lingüísticas para crearse de nuevo: esta era una reflexión interesante. Había un poema de Beckett, continuó, que lo escribió dos veces, una en francés y otra en inglés, como para demostrar que su bilingüismo lo había convertido en dos personas y la barrera del idioma era, en última instancia, infranqueable.

Le pregunté si vivía en Manchester y me dijo que no, que había estado dando un curso y que había tenido que volar directamente desde allí. Era un poco agotador, pero el dinero le hacía falta. No

escribía mucho últimamente, aunque no es que fueras a hacerte rica escribiendo obras de teatro, al menos no con el tipo de obras que ella escribía. Pero algo le había pasado a su escritura. Había habido… un incidente, podríamos decir, y como dramaturga sabía que el problema con los incidentes era que se los culpa de todo: se convierten en una premisa que arrastra todo lo demás hacia sí, como buscando una explicación de sí misma. Podría ser también que este… problema hubiera ocurrido de todas maneras; no lo sabía.

Le pregunté cuál era el problema.

—Yo lo llamo «resumir» —dijo Anne con un animado graznido.

Cada vez que se le ocurría una obra nueva, antes incluso de haber avanzado ya la estaba resumiendo. A menudo bastaba una sola palabra: «tensión», por ejemplo, o «suegra». En cuanto algo se resumía quedaba, a todos los efectos, muerto, convertido en una presa facilísima, en algo con lo que ella ya no podía continuar. ¿Por qué tomarse la molestia de escribir una obra extensa y magnífica sobre los celos cuando la palabra «celos» lo resumía todo? Y no era solo su trabajo, también había empezado a resumir el de los demás, y había descubierto que incluso las más grandes obras, las obras que ella siempre había reverenciado, eran susceptibles de resumirse. Incluso Beckett, su dios, había sido derrotado por «absurdo». En cuanto la palabra empezaba a asomar, ella se daba cuenta y trataba de detenerla, pero seguía ascendiendo y ascendiendo hasta que, irremediablemente, aparecía en su cabeza. Y no eran solo los libros, también empezaba a pasarle con la gente: el otro día, tomando una copa con un amigo, al observarlo desde el otro lado de la mesa pensó «amigo», lo que la llevó a sospechar que su amistad había terminado.

Rebañó con la cuchara el fondo del tarro de miel. Ese comportamiento era una enfermedad cultural, y ella lo sabía, pero había invadido su mundo interior hasta tal punto que ella misma se sentía resumida, y había comenzado a cuestionarse si vivir un día tras otro tendría algún sentido cuando *La vida de Anne* lo resumía todo.

Le pregunté por el incidente —si es que la palabra que ella había usado era esa—, por cuál había sido el incidente que había mencionado antes. Se sacó la cuchara de la boca.

—Sufrí una agresión —graznó—. Hace seis meses. Alguien intentó matarme.

Le dije que eso era terrible.

—Eso es lo que siempre dice la gente.

Ya se había terminado la miel y estaba lamiendo hasta la última traza que quedaba en la cuchara. Le pregunté si de verdad no quería comer nada, porque se la veía muy hambrienta.

—Mejor que no —respondió—. Como ya te he dicho, en cuanto empiezo no puedo parar.

Le sugerí que tal vez le iría bien que le diera algo concreto, algo que se acabara.

—Puede —dijo poco convencida—. No lo sé.

Abrí la caja rosada de Rosa, que reposaba en la mesita que teníamos entre las dos, y le ofrecí el pastelito que quedaba. Ella lo cogió y lo sostuvo en la mano.

—Gracias —dijo.

Entre otras cosas, continuó Anne, el incidente le había hecho perder la capacidad de comer de manera normal, fuera cual fuese el significado de la expresión. Y esa capacidad había llegado a tenerla, suponía ella, porque hasta entonces nunca se había parado a pensar en la comida, pero por mucho que lo intentaba, no lograba recordar cómo o qué había comido durante todos esos años. Había estado casada con un hombre que era un muy buen cocinero y cuyo sentido del orden, por lo que a la comida respectaba, rozaba el fanatismo. La última vez que lo había visto, de eso hacía ya muchos meses, él le había propuesto que fueran a comer. Había escogido un restaurante elegante, de esos que ella había dejado de frecuentar tanto por ahorrar como por la sensación de no estar a la altura, pues creía que había perdido el derecho de volver a ese tipo de lugares. Se había sentado y lo había visto pedir y luego comer muy despacio el entrante, el primer plato y el postre. Cada plato era moderado y perfecto a su manera. De entrante habían servido un plato de ostras, y de postre, si mal no recordaba, unas fresas con un poco de nata; había seguido un expreso corto, que él se había tomado de un sorbo. Ella había pedido ensalada. Después de comer, cuando cada cual tomó su camino, ella entró en una tienda de donuts y compró cuatro, que se comió uno tras otro, de pie en la calle.

—Nunca le había contado esto a nadie —me dijo mientras cogía el pastel de Rosa y le daba un pequeño mordisco.

Al ver comer a su exmarido, continuó, había experimentado dos sensaciones que parecían contradecirse. La primera, añoranza, y la segunda, náuseas. Quería y, a la vez, no quería lo que esa visión —su exmarido comiendo— evocaba. La añoranza era bastante fácil de entender: era lo que los griegos habían llamado *nóstos*, de donde venía «nostalgia», aunque a ella esa palabra nunca le había gustado. Lo de tratar de encubrir una emoción con la descripción de un dolor le parecía demasiado racional. Pero ese día se había dado cuenta de que «nostalgia» era una palabra que resumía sus sentimientos a la perfección.

Después del incidente, su exmarido no le fue de mucha ayuda. Ya no estaban casados, conque tampoco tenía que haber esperado su ayuda, pero aun así ella se había llevado una sorpresa. Cuando pasó todo, él había sido la primera persona a quien se le había ocurrido llamar; por la costumbre, podría parecer, pero, para ser franca, ella todavía los veía a los dos unidos por un vínculo indisoluble. Cuando ese día hablaron por teléfono, sin embargo, él le hizo ver bastante a las claras que no compartía esa idea. Se mostró amable, seco y distante, mientras que ella estuvo enfurecida, llorosa e histérica: «polos opuestos» fue la frase que, durante esos momentos difíciles, había brotado en su mente.

Tuvieron que ser otras personas, algunas de ellas desconocidas, las que aclararan el incidente: policías, consejeros, uno o dos buenos amigos. Pero había sido un descenso al caos, un vertiginoso universo del absurdo en el que la ausencia de su marido le había parecido la ausencia de un centro magnético sin el cual ya nada tenía el menor sentido. La polarización de un hombre y una mujer era una estructura, una forma: ella solo la había sentido cuando ya no estaba allí, y se diría que el desplome de esa estructura, de ese contrapeso, tuvo la culpa de los extremos que llegaron a continuación. El abandono que había sufrido a manos de un hombre, en otras palabras, había dado paso al ataque de otro, hasta que las dos cosas —la presencia del incidente y la ausencia de su marido— llegaron a parecerle una sola. Ella había imaginado el final de un matrimonio, continuó, como un lento desenredar de motivos, una larga y penosa reinterpretación, pero en su caso las

cosas no habían ido así en absoluto. Él se había librado de ella de manera tan eficiente y apacible que incluso el momento del abandono le había parecido a ella reconfortante. Vestido de traje, se había sentado a su lado en el sofá del abogado durante las sesiones obligatorias, echando ojeadas discretas al reloj y, de vez en cuando, asegurándole a todo el mundo que él solo quería lo que era justo, aunque, ya puestos, también habría podido enviar una figura suya recortada en cartón, porque era evidente que su mente no estaba allí, sino galopando hacia nuevos pastos. Lejos de ser una reinterpretación, su final había sido prácticamente mudo. Poco después, él ya vivía con la hija de un aristócrata —el conde de no sé dónde— que ahora esperaba su primer hijo.

En cierto modo, ella acabó aceptando que la dejaba como se la había encontrado diez años antes, una dramaturga sin blanca con algunos amigos actores y una enorme colección de libros de segunda mano sin ningún valor. Pero no; como no tardó en descubrir, ella ya no era eso: a través de él, se había convertido en otra persona. De alguna manera, él la había creado, y cuando ella lo llamó el día del incidente, le pareció estar refiriéndose a sí misma como creación de su exmarido. Los lazos que la unían a la vida que había llevado antes de conocerlo se habían cortado: y como esa persona ya no existía, el incidente había supuesto para ella dos tipos de crisis, una de las cuales era una crisis de identidad. Ella ya no sabía, en otras palabras, quién había sufrido el incidente. Podría decirse que la cuestión de la adaptación, por lo tanto, la tenía muy presente. Se sentía como alguien que hubiera olvidado su lengua materna, idea que también la fascinaba desde siempre. Después del incidente descubrió que le faltaba lo que podríamos llamar un vocabulario, una lengua materna de sí misma; por primera vez en su vida se quedaba sin palabras, como quien dice. No podía describirse lo que le había sucedido ni tampoco describírselo a otras personas. Hablaba de ello, eso es verdad, hablaba de ello sin parar… pero en su conversación el incidente quedaba sin tocar, oculto y misterioso, inaccesible.

En el vuelo a Atenas había estado hablando con el hombre que tenía sentado al lado, continuó, y había sido precisamente esa conversación la que le había recordado esos asuntos. Era un diplomático recién destinado a la embajada de Atenas, pero su

carrera lo había obligado a vivir en todo del mundo y, por tanto, a aprender muchos idiomas. Como había crecido en Sudamérica, su lengua materna era el castellano, pero su mujer era francesa. En familia —con su mujer y sus tres hijos— hablaba en inglés, el idioma universal, pero como habían vivido en Canadá muchos años, sus hijos hablaban un inglés americanizado mientras que él había aprendido el suyo durante una larga estancia en Londres. Tenía un buen dominio del alemán, el italiano y el mandarín, hablaba algo de sueco después de haber pasado un año en Estocolmo, manejaba el ruso a nivel laboral y podía expresarse muy bien y sin esfuerzo en portugués.

A ella le daba miedo volar, continuó Anne, y la charla la había empezado como una distracción. Pero lo cierto es que la historia del hombre, su vida y los diferentes idiomas en los que la había vivido, le resultaba cada vez más fascinante, y había empezado a hacerle más y más preguntas, tratando de recabar tantos detalles como le fuera posible. Se interesó por su infancia, por sus padres, por su educación, por el desarrollo de su carrera, por cómo había conocido a su esposa, por su matrimonio y por la familia que había formado, por sus experiencias en los países donde había trabajado; y cuanto más escuchaba sus respuestas, más le parecía que algo iba perfilándose, algo que no trataba de él, sino de ella. Lo que él describía, descubrió ella, era una diferencia que iba volviéndose más nítida según hablaba, una diferencia a uno de cuyos lados se situaba él, dejándola a ella, eso era evidente, al otro. En otras palabras, él estaba describiendo lo que ella no era: en su propia naturaleza, ella descubría un negativo de todo lo que él le contaba de sí mismo. Mediante una especie de exposición inversa, esa antidescripción, a falta de una definición más precisa, le había permitido descubrir algo: mientras él hablaba, ella había comenzado a verse a sí misma como una figura, una silueta, con todos los detalles flotando a su alrededor mientras la figura en sí permanecía vacía. Pero esa figura, aun sin conocer ella todavía su contenido, le dio por primera vez desde el incidente una idea de quién era ahora.

Me preguntó si me importaba que se quitara las botas: empezaba a tener calor. Se sacó también la chaqueta de terciopelo. Estos últimos meses siempre tenía frío, me dijo. Había perdido mucho

peso, así que la explicación residía ahí, suponía ella. Ese hombre, su vecino de avión, era muy bajito, menudo, podría decirse. A su lado, y por primera vez en mucho tiempo, se había sentido alta. El hombre era pequeñito y pulcro, con manos y pies de niño, y estar a su lado en un espacio tan reducido la había hecho muy consciente de su cuerpo y de cuánto había cambiado. Nunca había sido particularmente gorda, pero después del incidente se había encogido, y ahora ya no sabía qué era. Lo que había advertido era que, muy probablemente, su vecino, tan limpio y compacto, siempre habría sido igual: sentada a su lado, esta diferencia se le había hecho evidente. En su vida de mujer, el amorfismo —la falta de una forma definida— había sido una realidad física: su esposo había sido, en cierto modo, su espejo, pero últimamente le faltaba ese reflejo. Después del incidente perdió más de un cuarto de su peso; una vez, recordaba, se había encontrado por la calle con un conocido que, después de mirarla, le dijo: ya no queda nada de ti. Durante una temporada, la gente no paraba de decirle cosas así, le decían que se estaba apagando, desapareciendo, la describían como una ausencia inminente. Para la mayoría de la gente que ella conocía, gente que rondaba los cuarenta, esa era una edad de suavizarse y expandirse, de expectativas cada vez más borrosas, de apurar un poco para sembrar o para engordar tras el agotamiento de la búsqueda: ella veía que todos empezaban a relajarse y a acomodarse en sus vidas. Pero para ella, que regresaba al mundo, las líneas seguían siendo muy angulosas, las expectativas seguían intactas: a veces tenía la impresión de llegar a la fiesta justo cuando todos estaban a punto de marcharse, de irse juntos a casa a dormir. Ella no dormía mucho, por cierto; era toda una suerte que yo regresara hoy de vuelta a mi casa, porque el apartamento era bastante pequeño, por lo que podía ver, y me habría despertado rondando por la casa a las tres de la madrugada.

Pero como me estaba diciendo, sentada al lado de su vecino le había asaltado la urgencia repentina de conocerse a sí misma de nuevo, de saber cómo era. Se descubrió preguntándose qué tal sería el sexo con él, si ser tan distintos les produciría un rechazo mutuo. Y cuanto más hablaba él, más se preguntaba ella si sus diferencias, llegados a ese punto, los llevarían a un estado de mutua aversión. Porque esa diferencia, esa distinción, ya se había formulado, había

dejado de ser cuestión de forma y tamaño y actitud, y se resumía en una única cuestión que en esos momentos se le aparecía con total claridad. Y la cuestión era esa: la vida de él se regía por la disciplina, mientras que la de ella se regía por las emociones.

Cuando le preguntó a su vecino cómo había logrado dominar tantos idiomas, él le describió su método: lo que hacía era construir mentalmente una ciudad para cada idioma, construirla con tanta firmeza y solidez que siempre se mantuviera de pie, sin importar las circunstancias de su vida o cuánto tiempo pasara lejos de la ciudad en cuestión.

—Me imaginé todas esas ciudades hechas de palabras y lo vi a él deambulando por ellas —dijo Anne—, primero por una y luego por la otra, una figurita en medio de esas imponentes estructuras. Le dije que esa imagen suya me recordaba a la escritura, aunque una obra de teatro era más una casa que una ciudad; y recordé lo fuerte que me sentía cuando escribía esa casa y la abandonaba y, después, me volvía a mirar y veía que aún estaba allí. Y al recordar esa sensación —continuó—, tuve la certeza absoluta de que nunca más escribiría otra obra de teatro, y no fui capaz de recordar cómo había podido escribir alguna, para empezar, ni cuáles eran los pasos que había seguido, ni qué materiales había utilizado. Pero sabía que, ahora, escribir una obra me sería tan imposible como construir una casa sobre el agua, flotando en el mar.

»Mi vecino dijo entonces algo que me sorprendió —continuó—. Confesó que desde su llegada a Atenas, y de eso hacía seis meses, había sido completamente incapaz de hacer progreso alguno con el griego. Lo había probado todo, hasta había contratado a un profesor particular que iba a la embajada dos horas al día, pero no lograba retener ni una sola palabra. En cuanto el profesor se marchaba, todo lo que mi vecino había aprendido se desvanecía: se descubría abriendo la boca en reuniones sociales, en citas, en tiendas y en supermercados, ante un gran vacío, una pradera que parecía extenderse desde sus labios hasta la parte posterior de su cabeza. Y como era la primera vez en la vida que le pasaba algo así, se encontraba perdido sin saber si la culpa era suya o, de algún modo, podría atribuirse al idioma mismo. Podía reírse cuanto quisiera, le había dicho su vecino de vuelo, pero por la fe que tenía en su propia experiencia, no podía descartar la idea del todo.

»Me interesé por cómo les había ido a su esposa y sus hijos con ese idioma —continuó ella—, por si habían experimentado las mismas dificultades. Entonces confesó que sus hijos y su esposa se habían quedado en Canadá, donde, a esas alturas, estaban tan establecidos que no habría podido arrancarlos del país. Su esposa tenía allí su trabajo y sus amigos; sus hijos no querían dejar ni el colegio ni su vida social. Pero esa era la primera vez que la familia se separaba. Ahora se daba cuenta de que eso no me lo había comentado, me dijo mi vecino; no sabía bien por qué no lo había hecho. No había sospechado que pudiera tener importancia.

»Le pregunté —añadió Anne— si no había pensado que su incapacidad para aprender griego podría estar relacionada con la ausencia de su familia. Y no por sentimentalismo; tal vez, simplemente, las condiciones en las que él siempre había logrado su propósito ya no eran las mismas. Mi vecino se quedó pensando un momento y luego dijo que, hasta cierto punto, estaba en lo cierto. En el fondo, sin embargo, él creía que todo se debía a que el griego no le parecía un idioma útil. No era un idioma internacional; en el mundo diplomático todo el mundo se comunicaba en inglés; al fin y al cabo, habría sido una pérdida de tiempo.

»Esa afirmación tenía algo tan definitivo —dijo Anne— que entendí que nuestra conversación había llegado a su fin. Y, en efecto, aunque al vuelo le quedaba otra media hora, no volvimos a cruzar palabra. Al lado de ese hombre, sentí el poder de su silencio. Me sentía castigada, casi. En realidad, lo que había pasado era que él no había querido aceptar la culpa de su fracaso y había rechazado mi intento de asignarle algún significado, un significado que, advirtió él, yo estaba muy dispuesta a articular. Aquello era una guerra de voluntades, prácticamente, su disciplina contra mi emoción, con nada más que un reposabrazos entre los dos. Esperé a que me hiciera una pregunta, lo que, a fin de cuentas, habría sido de rigor, pero, a pesar de todas las preguntas sobre él que yo le había hecho, no me hizo ninguna. Se encerró en su propia visión de la vida, aun a riesgo de ofender, porque sabía que su visión del mundo estaba amenazada.

Ella se quedó sentada en el avión, continuó Anne, dándole vueltas a esa costumbre suya de toda la vida, la de explicarse a sí misma, y pensó en lo poderoso que era el silencio, que nos ponía

fuera del alcance de los demás. Últimamente, desde el incidente —ahora que las cosas se habían puesto difíciles de explicar y que las explicaciones eran más duras y desoladoras—, hasta sus amigos más íntimos le habían pedido que dejara de hablar de ello, como si al seguir recordándolo lo mantuviera con vida. Pero si la gente se callaba las cosas que les sucedían, ¿no estarían traicionando algo, ni que fuera esa versión de ellos mismos que las había padecido? De la historia nunca se decía, por ejemplo, que no convenía hablar de ella; cuando de la historia se trataba, muy al contrario, el silencio era el olvido, y eso era lo que la gente más temía, que fuera su propia historia la que pudiera olvidarse. Y la historia, de hecho, era invisible, por mucho que sus monumentos siguieran en pie. Levantar los monumentos no era sino una parte del asunto, el resto era interpretación. Y, sin embargo, había algo peor que el olvido: la tergiversación, la parcialidad, la presentación selectiva de los hechos. La verdad teníamos que representarla, no podíamos dejar que se representara ella sola, como había hecho ella, que al dejar que fuera la policía quien determinara la verdad después del incidente se vio, entonces, más o menos marginada.

Le pregunté si le importaría hablarme del incidente, ante lo cual en su rostro se dibujó un gesto de alarma. Se llevó las manos a la garganta, donde dos venas azules se marcaban prominentes.

—Un tío saltó de detrás de un arbusto —graznó—. Quiso estrangularme.

Confiaba en que la entendería, añadió, pero a pesar de lo que me había dicho antes, se había propuesto no hablar más del asunto. Estaba esforzándose para resumirlo. Dejémoslo en que, ese día, el drama se convirtió para mí en algo muy real, dijo. Dejó de ser una teoría, de ser esa estructura en cuyo interior ella podía esconderse para, desde allí, observar el mundo. En cierto sentido, su trabajo había salido de detrás de un arbusto y la había atacado.

Le dije que me parecía que, hasta cierto punto, mucha gente sentía lo mismo, no sobre su trabajo, sino sobre la vida misma.

Ella, en el sofá, se quedó un rato en silencio asintiendo con la cabeza, con las manos cruzadas sobre el estómago. Transcurrido ese momento, me preguntó a qué hora salía mi vuelo. Dentro de unas horas, le respondí.

—Qué lástima —dijo—. ¿Tienes muchas ganas de volver a casa?

En cierto modo, le dije.

Me preguntó si había algo en particular que, en mi opinión, tuviera que visitar durante su estancia en la ciudad. Sabía que estaba llena de lugares fundamentales para la cultura mundial, pero, no sabía por qué, esa idea la abrumaba. Si se me ocurría algo menos imponente, algo que personalmente me gustara, le encantaría saberlo.

Le dije que podía ir al Ágora para ver las estatuas sin cabeza de las diosas de la columnata. Era un lugar fresco y apacible, y las enormes figuras de mármol, con sus túnicas ligeras, eran tan anónimas y mudas que resultaban extrañamente reconfortantes. En una ocasión pasé tres semanas en la ciudad sola con mis hijos, le dije, nos habíamos quedado atrapados porque habían cancelado todos los vuelos. Aunque no se podía ver, decían que había una nube de ceniza en el cielo; se temía que pequeñas partículas de arenilla pudieran quedar atrapadas en los motores. Aquello me recordaba a las visiones apocalípticas de los místicos medievales, continué, esa nube tan imperceptible y, con todo, tan sujeta a la fe. Conque nos quedamos aquí tres semanas, y como se suponía que debíamos estar en otra parte, yo tenía la impresión de que, en cierto modo, nos habíamos vuelto invisibles. Durante todo ese tiempo no vimos a nadie ni hablamos con nadie más que entre nosotros tres, aunque yo tenía amigos en Atenas a los que hubiese podido llamar. Pero no los llamé: la sensación de invisibilidad era demasiado poderosa. Pasamos mucho tiempo en el Ágora, continué, un lugar que había sido invadido, destruido y reconstruido muchísimas veces en su historia, hasta que por fin, en la era moderna, había sido rescatado y preservado. Llegamos a conocerlo bastante bien, añadí.

Vaya, dijo ella. Si me apetecía volver a ver el Ágora y tenía tiempo, a lo mejor podíamos ir juntas. No sabía si iba a ser capaz de encontrar el lugar ella sola. Y le vendría bien caminar un poco, le ayudaría a no pensar en comida.

Le dije que podía probar el *souvlaki*: nunca más volvería a tener hambre.

Souvlaki, dijo. Sí, algo he oído, creo. Me sonó el teléfono, y la alegre e imperturbable voz de mi vecino de vuelo repiqueteó en la línea.

Esperaba que me encontrara bien esa mañana, dijo. Confiaba en

que no me hubiera sucedido ningún otro percance molesto. Al ver que no contestaba a sus mensajes, había preferido llamarme directamente. Había estado pensando en mí; se preguntaba si tendría tiempo para hacer otra salida al mar antes de mi vuelo.

Me temía que no, le respondí, esperaba verlo la próxima vez que él viajara a Londres, pero ahora tenía una cita con alguien, íbamos a hacer un poco de turismo.

En ese caso, dijo él, me dejas muy infligido.

Querrás decir afligido, lo corregí.

Mis disculpas. Quería decir afligido, por supuesto.

RACHEL CUSK (Canadá 1967). Desde 1974 vive en Inglaterra. Es autora de nueve novelas y tres libros de memorias. Entre su obra destacan las novelas *La salvación de Agnes* (1993, ganadora del Premio Whitbread a la primera novela), *The Country Life* (1997, ganadora del premio Somerset Maugham), *Arlington Park* (2006) y *A contraluz* (2014, finalista de los premios Folio, Goldsmiths, Baileys, Giller Prize y del Canadian Governor
General's
Award,) y los libros autobiográficos *A Work*
Life's
(2001) sobre la maternidad y *Aftermath: On Marriage and Separation* (2012). *A contraluz* es la primera de una serie de tres novelas con la misma protagonista, la segunda, *Transit*, se publicará a finales de 2016.